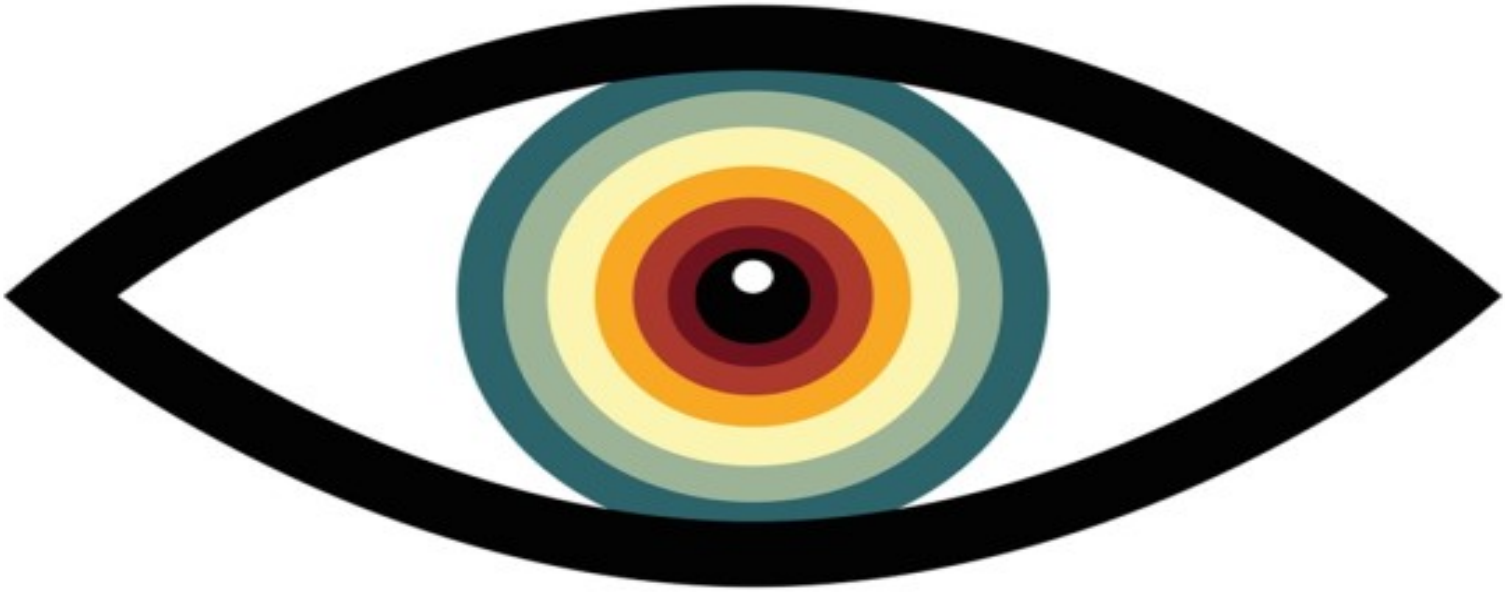
LAS OTRAS



Alia
Trabucco
Zerán

Lumen

A mi mamá,
que desplegó el paisaje
tras las letras

¿Podría acaso el lenguaje herirnos si no fuéramos seres que necesitan del lenguaje para existir?

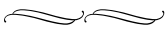
Judith Butler,
Palabras que hieren

I

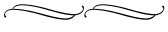
Pero estoy aquí

La imagen negada

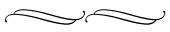
Cada mañana, un chincol me visita en el balcón. Quiero creer que es siempre el mismo, pero no estoy segura. Es gris y café y tiene una cresta plomiza y parada, un ojo redondo y opaco, y una pluma desordenada en la cola. Gira su cabeza de un lado a otro, da saltitos acá y allá y mira hacia dentro, curioso, como si estuviese a punto de largar una pregunta importantísima. No la hace, creo, no estoy realmente segura. A lo mejor soy yo quien no la sabe o no la puede descifrar.



Rara vez escribo sobre mí misma. Prefiero la ficción, los personajes, la libertad de otra mirada o los trazos temblorosos del pensamiento al contacto con el papel. Durante la pandemia, sin embargo, sí lo hice. Me contagié del virus en el extranjero y en cuanto pude recurrí a la escritura en busca de un antídoto. Pero esa no era yo, me digo. Mi cuerpo no era el de antes. Tampoco mi voz y mucho menos esa escritura afiebrada. Necesité esa expulsión, esa extrañeza, para atreverme a decir «yo».



En la literatura contemporánea, en cambio, prima una fe casi ciega en esas letras. Hoy más que nunca confiamos en que escribir sobre la propia experiencia será más sencillo o más verdadero que narrar la de los demás. Que es preferible este cuerpo, estas manos, estos ojos antes que el cuerpo de un desconocido. El de un chincol, por ejemplo. O el de una araña. Como si decir «yo» no fuese lo más extravagante del mundo. Como si en el corazón de esas dos letras no anidara la más completa ajenidad.



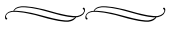
La imaginación literaria, sin embargo, siempre ha ido más allá. Ha sido atrevida, inesperada, genuinamente transgresora. El «yo» se ha transfigurado hasta volverse muchas veces irreconocible y rebasar incluso los límites de eso que llamamos cuerpo. La novela *Falla humana*, de Diamela Eltit, está en parte narrada por una búha. Es la visión de un perro la que estremece en *Vidas secas*, de Graciliano Ramos. Y en *La bestia ser*, de Susana Villalba, monologan un árbol, un perro y una piedra. «Soy intrínseca», dice la piedra, «el arte de estar / quieta / es dar el corazón / al movimiento». En los libros hemos sido coro e instrumento, estruendo e hilo de voz, obrero, rey, empleada, espectro, escarabajo, ave, niño, hombre y mujer. En la novela gráfica *Aquí*, de Richard McGuire, la historia de cientos de miles de años de un lejano rincón del planeta es narrada, sin palabras, por ese mismo rincón. Podemos ser rincón, mota de polvo, viento, llovizna, ruina. Podemos desvanecernos hasta la mismísima blancura del papel.

«Me situé voluntaria y alegremente en los personajes de todo», escribe la poeta Mary Oliver. «Otras personas, árboles, nubes. Y esto es lo que aprendí: que la otredad del mundo es un antídoto contra la confusión; que permanecer dentro de esta otredad —la belleza y el misterio del mundo, en los campos o en las profundidades de los libros— puede dignificar el corazón más herido».

El lenguaje es la forma y el fondo de esa imaginación literaria. Su greda, su materia prima, su secreto andamiaje. Una lengua que para decir «yo» muchas veces se enmascara. Que se reblandece para así moldear aquello que no existe. Que se transgrede a sí misma. Que se cercena si es necesario. Si la imaginación avanza es porque el lenguaje irrumpe a la par. Imaginamos con la palabra. Los ojos poco tienen que ver.

Con frecuencia, sin embargo, me detengo en los ojos. En los míos frente al espejo, pero también en el ojo del colibrí. Es almendrado, brillante, negrísimo en su centro. Podría confundirse con un ojo humano, pero ve mucho más allá. Colores que somos incapaces de distinguir, que ni siquiera tienen un nombre. Un rojo más compacto y

fulgurante que el de una gota de sangre. Un matiz del verde que haría dudar a cada hoja de un bosque. ¿Qué es aquello que no vemos y que también habita el mundo? ¿Qué asoma en la visión alucinada del colibrí? ¿Qué tiembla junto a él en su vuelo enardecido? La realidad es ancha y ajena más allá del «yo».



No tengo la visión del colibrí pero de niña sí alucinaba por un problema de la vista. Mi ojo izquierdo, ingobernable, se desviaba ante cualquier distracción. Y cuando al fin lograba centrarse, era el derecho el que escapaba. En los niños con estrabismo bilateral, el cerebro suele corregir ese extravío: suprime la imagen del ojo más débil y niega tajantemente lo mirado. El ojo fugado captura y transporta, pero el cerebro dice no. En mi caso, por alguna falla, decía sí, sí, sí, y acogía la imagen del ojo centrado pero también la imagen negada: ahí estaba mi hermano y de su pecho brotaba la flor de un jazmín; allá mi mamá que atravesaba una puerta cerrada; y mi papá, algo más lejos, con una ventana abierta en su frente. Un mundo dislocado, improbable, secretamente mío. Un paisaje que se desmoronaba con el parche que me ponían cada mañana y que yo, a escondidas, me sacaba a poco andar.



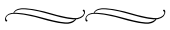
Con el tiempo y ese parche, mi estrabismo mejoró. Solo en ocasiones reaparece: cuando lloro, cuando estoy cansada y, sobre todo, cuando me siento a escribir. El ojo izquierdo, entonces, retoma

su huida. Hurga, escudriña, emprende su búsqueda desesperada. De eso se trata la escritura. En eso consiste imaginar: en recobrar porfiadamente la imagen negada.

Cuesta creer lo que contiene esa palabra: imaginar. Encandila y con su brillo disimula su revés. «Ser imaginado es la primera etapa de la existencia», dice la escritora polaca Olga Tokarczuk, y qué duda cabe. Hemos imaginado nacimientos, hogares, ciudades, cosechas. Rebeliones, pinturas, novelas, palabras. Jardines y amores. Cuerpos, poemas, canciones. Pero el término imaginar, que en su origen apunta a una imagen, *imago*, es decir, a un reflejo, devuelve en su espejo una oscuridad insospechada. Masacres, torturas, sofisticadas formas de crueldad. Hambrunas, traiciones, bombas que esparcen sus esquirlas. «Hay que tener venganzas pendientes para imaginar el infierno», recuerda el filósofo Gaston Bachelard. Pesadillas alojadas en una imaginación que muchas veces se ha vuelto realidad.

Pienso en el espanto tan bien narrado en la literatura latinoamericana. En *Temporada de huracanes*, de Fernanda Melchor, o en *2666*, de Roberto Bolaño. Pero este lento descalabro al que asistimos día a día, hablo del fuego que nos cerca, del avance del desierto y de cada mirada que se apaga junto a la palabra *extinción* —la del sapo dorado, por ejemplo, o la del carpintero pico de marfil

—, no lo hemos imaginado. No es una visión, no es un plan, mucho menos un deseo. Se debe, al menos en parte, a un acto de desidia: hemos abandonado la imaginación de otro futuro. Agobiadas por vidas sin respiro, aturdidos por tanta destrucción, atrapados por la nostalgia de un pasado donde sí alojamos un futuro, hemos desistido de la búsqueda más primaria, más esencial: la de la imagen negada.



El chincol, en cambio, no claudica en su tarea. Sus ojos, anclados a un lado y otro de la cabeza, apuntan en direcciones opuestas, como solía ocurrir con los míos. No se oculta, no aparenta, simplemente ve. La luz penetra en su cuerpo, recóndita y ligera, y lo eleva del suelo. Su vuelo es leve, se acerca a la ventana y sin estrellarse toca con su pico el vidrio que nos separa. Tac, tac. Se detiene. Tac, tac. Otra vez. Su golpeteo es rítmico. Mueve su cabeza. Lo noto agitado. Para no espantarlo me acerco cautelosa a nuestra frontera. Me acuclillo, lo observo. Los bordes del mundo se difuminan. Sus huesos, bajo las plumas, están pulidos por el viento. No parpadea, de pronto está inmóvil. No sé si se ve a sí mismo en el reflejo o si la silueta que asoma en ese ojo es la del animal desconocido que habita aquí dentro y que solo un puñado de veces me he atrevido a llamar «yo». Vamos, parece decirme. Hasta cuándo, ¿acaso no ves? Párate, ven: el cielo es tu raíz.

Algo que decir

Para M.,
y su porfía

De golpe, me detengo. La mirada de un extraño —¿una extraña?— me captura con una fuerza arrolladora. Estoy en la exhibición *Queer British Art*, la primera sobre arte *queer* en la Tate Britain, y de todas las esculturas, tapices y pinturas que han sido objeto de esta reinterpretación, es un rostro —ese rostro, tu rostro— el que me atrapa: el perfil anguloso, el borde casi rasurado del pelo, los labios tensos en su clausura, el mentón apenas elevado, y algo desafiante, altanero y rabioso en la mirada, no me permiten apartar la vista. *Gluck 1942*, leo en el borde inferior de la tela. *Gluck*, releo perpleja, y noto en mi propio rostro la confusión. El retrato, de escala humana, está colgado unos centímetros más arriba de mis ojos y esa verticalidad, esa jerarquía que impide un cara-a-cara, me revela en la interrogante que intento eludir y que, sin embargo, me persigue: ¿un extraño o una extraña?

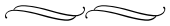
¿Qué se oculta en esa pregunta? ¿Por qué se empeña en aparecer? ¿Qué importa?, me digo, ante el brillo acusador de esas pupilas. «Día/Noche, Padre/Madre, Cabeza/Sentimiento, Inteligible/Sensible, Logos/Pathos, Hombre/Mujer. El pensamiento ha

trabajado siempre por oposiciones: Palabra/Escritura, Arriba/Abajo. Por oposiciones duales, jerarquizadas», escribió hace décadas la filósofa francesa Hélène Cixous. Diminuta y, sobre todo, incómoda ante esa pregunta que rehúyo y que tercamente habita mis ojos y mi lengua, intento responder por fuera de la trampa, más allá de él o ella, hombre o mujer. Y fracaso, cómo no. ¿Es que en realidad miramos con las palabras? ¿Y es posible mirar sin ellas?

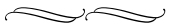


De vuelta en mi casa investigo ansiosamente sobre Gluck. Su obra, su técnica, su obsesión con los retratos. También su ropa, su perfil público y, sobre todo, su nombre. Hannah Gluckstein de nacimiento.

Hig para su familia. Tim para Nesta Obermer, el amor de su vida. Grub para la crítica y periodista Edith Shackleton. Peter en el retrato de autoría de Romain Brooks. Y Gluck al pie de sus cuadros. Gluck, a secas, cada mañana en el reflejo.

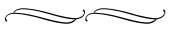


Años después, de regreso en Santiago, estoy en mi departamento junto a M. Se sienta en el sofá frente a mí como tantas otras veces pero enseguida noto algo inusual en su mirada. Comenta el clima y las hojas quebradizas del helecho, me pide agua, hielo, pero en ningún momento me mira a los ojos. Yo espero, sin preguntar. En veinte años de amistad he aprendido a escuchar sus silencios. «Tengo algo que decirte», es la frase que finalmente confirma mis sospechas y mi ceño fruncido es la respuesta. También yo he tenido «algo que decir». También mi rostro se ha poblado de temor como ahora el suyo.

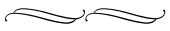


Me veo esa noche, a oscuras, escogiendo las palabras que usaré por la mañana. Son imprecisas y espinosas, pero las únicas que tengo. Al despertar, casi sin haber dormido, bajo las escaleras dilatando las pausas en cada peldaño, como si paso a paso quisiera alejarme de lo que yo misma diré. Mi mamá está vistiéndose frente a un espejo de cuerpo entero, dentro del closet. Y yo, sin reparar en la ironía, cruzo la puerta y me paro a su lado. Ahí estamos, en el armario, la madre y la hija. Ahí, en el reflejo, dos repentinas desconocidas. La madre

se pone una blusa roja por encima de la cabeza y al asomar su pelo y sus ojos negros, mira a la hija y se detiene. Sabe, claro que sí. Tal vez siempre ha sabido. Qué pasa, dice. Dime, dice. Hija. Y la hija observa a la madre duplicada en el reflejo y ve también su propio rostro súbitamente extraño. Entonces busca las palabras que escogió con tanto esmero y una a una, resbaladizas, se le escurren y caen a sus pies.

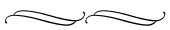


Meses antes, amanece y veo surgir del centro de la noche el recuadro de luz de mi ventana y, poco a poco, cada objeto de la pieza de mi infancia. La misma arpillera, otra cama, otro escritorio, los mismos muros, otros libros, muchos códigos y un cuerpo — yo— que es el mismo y también otro. Pestañeo muy lentamente, como si eso pudiese apaciguar mi conmoción. Las imágenes de la noche anterior no acaban de ocurrir, se proyectan a ambos lados de mis párpados como una visión que no culmina. Entonces, la certeza: no podré escapar de este deseo. Es una orden de la desconocida que aparecerá en el espejo poco tiempo después.



Cien años antes, la escritora y fotógrafa Annemarie Schwarzenbach recibió esa misma orden. Tras cruzar miradas con una mujer en un elegante hotel de Saint Moritz, escribió: «Nos encontramos un segundo y yo siento el impulso irresistible de acercármele y, más

amargo y doloroso aún, el impulso de seguir a la impresionante desconocida que nace en mí como un anhelo y un mandato».



Al reflexionar sobre cómo nombrar a esa desconocida, la escritora argentina Sylvia Molloy recuerda con ternura e ironía a su madre. «Yo jamás le oí decir la palabra lesbiana», confiesa en una entrevista. «Decía "mujeres raras o amores raros"». Y yo intento recordar el momento exacto en que oí esa palabra por primera vez y si acaso me sentí descubierta, súbitamente nombrada, o si ni siquiera pude verme en el misterio de esas letras.

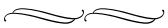


«Somos tortilleras», dice a su vez un personaje de *La insumisa*, el libro autobiográfico de la poeta y narradora Cristina Peri Rossi. «Somos homosexuales, por eso no nos quieren... Porque no somos normales. Somos monstruos».

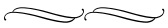


Pero no fue lesbiana lo que dije esa mañana ante el espejo. Tampoco rara ni tortillera. Mucho menos lela, ni *queer*. Ni camiona, ni torta, ni gay, ni homosexual. No dije *butch* ni *femme*. Ni marica ni maraca. Tampoco fleta, ni marimacha. Menos bollera ni bi, monstruo

ni anormal. No dije soy. No dije estoy. Pero tampoco recuerdo lo que dije.



«No sé a lo que vine», dice Paul Preciado que le dijo Pedro Lemebel, «pero estoy aquí».



Y tal vez eso debí decir enfrentada a mi reflejo. Un «pero» que desliza una porfía, un «estoy» que reafirma la existencia y un «aquí» que reivindica un espacio y un tiempo históricamente negados. Con la insolencia de quien reclama para sí nada menos que la vida, una vida gozosa y plena, Lemebel, como Gluck, lanza una orden con fiereza: mírame, pese a todo sigo aquí.



Cuando G. también tuvo «algo que decir» era de noche cerrada. Entró a la pieza de su madre, la miró y se quedó mudo. Entonces se le ocurrió una idea: caminó hacia el interruptor y apagó la luz. La madre y el hijo, a oscuras. Las palabras como antorchas.

P., cuando fue su turno, mandó un correo electrónico y semanas más tarde escuchó por teléfono una pregunta de la que nos reímos durante años: «¿te cortaste el pelo cortito-cortito?».

Y S., que colgó de su puerta un afiche con un hombre desnudo y la frase «no se lo digas a nadie» rozando sus pies. Y después se sorprendió de que precisamente nadie se asombrara con tamaña revelación.

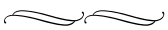
Y N., que tras decirle a su madre que tenía una novia y era feliz, recibió la siguiente respuesta: «¿qué quieres almorzar?».

Y E., cuyo padre no dijo una sola frase entonces ni en los veinte años que siguieron.

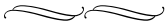
Y F., que cerró la puerta de la casa de su infancia y nunca más volvió a entrar.

Y C., que no pudo, no le salieron las palabras.

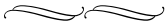
Y J., L., A., y tantas letras, todas esas letras de tantos alfabetos, borradas por decir: «pero estoy aquí».



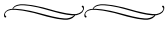
Y miro fijamente a M., frente a mí, en el sofá: las palabras atoradas en su boca.



¿Qué esconde mi olvido? ¿Qué dije? ¿Qué no? ¿Y por qué ese recuerdo ha quedado mudo? Tal vez sin palabras la memoria de esa mañana se deshilacha o acaso el problema fueron y seguirán siendo las palabras. Un lenguaje que borra o cercena, que apunta y yerra, que tarja y miente. Un lenguaje expirado, exiguo, que nunca ha sido suficiente.



«¿Pero cómo pueden ser insuficientes las palabras?», se pregunta Maggie Nelson en *Los argonautas*. «Una vez que nombramos algo no podemos volver a verlo del mismo modo», le responde Harry, su pareja. «Aquello que es innombrable se resbala, se pierde, es asesinado».



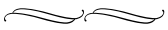
Y tal vez para darle espacio a las palabras, me concentro en las manos de M. Sus dedos largos, sus falanges marcadas, las uñas pulidas y perfectas. Sus labios en un gesto rígido y, en la comisura, un leve temblor. No recuerdo la frase exacta porque esta vez no hubo una frase exacta. Ni siquiera una palabra. Media, le bastó.

Transatlántico. Transnacional. Transitorio. Tránsito. Transistor. Transar. Transitar. Transformar. Transbordo. Transfronterizo. Transformación. Translúcida. Transparente.

«¿Con qué voz podemos hablar?», se pregunta Preciado en el registro de su propia transición. ¿Y con qué palabras?, le respondo yo en el borde de la página.

Ansiosa y desconcertada, le pregunto a M. por las palabras: su nuevo nombre y pronombre, qué deberé decir y qué no. Aún no sabe, me explica. Por ahora solo rechaza el viejo nombre, el que conozco y quiero, el que cómodamente habita mi boca pero que ha perdido su poder. Ya no nombra o acaso eso que nombra es parte del pasado o ese nombre que yo creía propio —suyo, mío, nuestro o tal vez impuesto por sus padres en ese bautizo ahora impugnado—

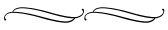
era impropio e inexacto. Otra vez muda, asiento. Pienso que el tránsito, para quienes no lo vivimos, suele ser exhibido en su final. Se transita *hacia*, se llega *a*, y solo entonces se nos enseña qué palabras son justas o injustas, apropiadas o inapropiadas. No es este el caso. No hay una meta, no hay un prospecto, no hay instrucciones ni certezas. Su cuerpo tiembla y tiemblo con él. Y más aún tiembla el lenguaje.



«Lo más difícil», confirmará una amiga semanas más tarde, «es que no sé cómo decirle».

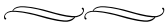


A otro amigo, en cambio, le inquieta saber si lo trans existe antes de ser nombrado o si solo asoma con la palabra que apunta y dice por primera vez. «Porque el tránsito de M. ya sucedía hace mucho», murmura y le da un sorbo a su cerveza. «Solo que se manifestaba en otros gestos, en otras búsquedas que no quisimos o no supimos ver».

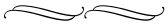


¿Pero pueden tanto las palabras?, me pregunto con cierto recelo. «Cada palabra que escribo me aleja un poco más de lo que yo quisiera expresar», anota Marguerite Yourcenar en esa larga carta

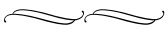
sobre el decir sin decir, esa fuga de y hacia sí mismo que es el *Alexis o el tratado del inútil combate*.



Shakespeare, a su vez, se pregunta en su obra más conocida: «¿Qué hay en un nombre?». «Lo que conocemos como rosa», afirma Julieta, «aunque tuviese otro nombre mantendría su perfume». ¿Pero es realmente así? Porque ante un cuerpo —tu cuerpo— no es lo mismo decir él o ella. Decir Hannah, decir Peter o decir Gluck.

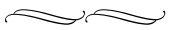


Y es un nombre el que aparece tarjado en la reedición de la novela *Las olas son las mismas*: Juan José Richards. La línea que atraviesa las letras es rosada y causa que el fondo, también rosado, parezca estar inundando cada consonante y cada vocal. Como si esas palabras, las del pasado, se ahogaran poco a poco, y apareciera a flote y en luminoso blanco el nombre nuevo: Ariel Florencia Richards.

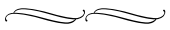


Años después de leer esa novela, participamos en un diálogo de escritoras organizado por la Universidad de Chile. Conversamos sobre feminismos y artes visuales, y todo va por un rumbo sereno hasta que otra de las invitadas no solo tropieza con la impertinente

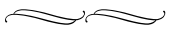
«o», sino con el otro nombre, el tarjado. «Juan José», dice no una sino varias veces, y pareciera que esas dos palabras quedaran suspendidas sobre nosotras, buscando fallidamente sobre quién caer, porque ese cuerpo, el anterior, no está sobre el escenario. Nos miramos, Ariel y yo. Veo su dolor, también su rabia, pero ni ella ni yo corregimos el error.



Y aunque no tropiezo con la «o», sí se me atraviesa la inoportuna «a». Y digo «nosotras» y digo «amiga» y quiero retroceder y disculparme, pero no puedo devolver las palabras a mi boca ni borrar el gesto triste de M. ante mi torpeza, mi propio error.

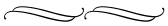


Más tarde me preocupará si ese tropiezo, el mío, M. lo siente en su cuerpo como se siente en la piel un viento muy frío o la quemadura del sol. Porque una palabra es mucho más que aliento intangible. Se clava, corta, acaricia, roza. Duele, marca, borra y, sobre todo, ve.

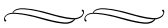


Cirugía de párpados, de cuello, de nariz, de mentón. Implantes de senos, de pelo, de glúteos, de dientes. Inyecciones de bótox. Sustracción de costillas. Orquiectomía. Mastectomía. Genitoplastia. Liposucción. Lifting. Peeling. Intervención maxilofacial. Todo en el

cuerpo puede ser transformado, cada parte perfeccionada, pero hay una más difícil, la más chúcara, acaso indomable: nuestra lengua.



Desde luego, existe la «e», pero cuando la uso chirría en mi oído y siento una amargura en la boca: «amigue», «compañere». La ensayo como quien se entrena en un nuevo deporte con poco ímpetu y deseo. Por escrito eludo el problema. Busco rutas que eviten la dicotomía y si se vuelve forzosa transito al femenino o recurro a una «x» que solo sirve en el papel. La boca es otra cosa. Nombrar es un acto del cuerpo y es el cuerpo, el mío, el que se resiste y no quiere decir.

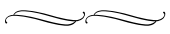


El lingüista José del Valle explica el porqué de esa resistencia. «Las normas de la gramática están inscritas en el cuerpo y por ello su alteración nos suena mal». Y luego reflexiona acerca de la incomodidad que causa el hecho de que exista una opción distinta del masculino o del femenino. «La incomodidad de tener que decidir», dice. De que haya una alternativa.



Así que uso y no uso la «e», la pruebo y la escupo, la excluyo y defiendo. Sé que nombra aquello que caía en las grietas de la lengua

y que apunta con precisión a la zona que habita M.: ese lugar inasible que dice no-A, no-O, no-hombre, no-mujer. Para otres, en cambio, la «e» es el nuevo genérico que incluye e integra. Sigo el debate con interés. Me asombra que en torno a una letra emerja una identidad insubordinada y que los guardianes del lenguaje se apresuren a vigilar y castigar. ¿Es que esa vocal contiene otra manera de ver el mundo que permite no solo nombrar sino imaginar más allá de lo conocido? ¿O su uso oculta una pose, una mera frivolidad que mantiene al mundo igualmente mudo ante la diferencia?



«El lenguaje es mío...», responde Camila Sosa Villada en su novela *Las malas*. «Voy a destruirlo, a enfermarlo, a confundirlo, a incomodarlo, voy a desplazarlo y a hacerlo renacer tantas veces como sean necesarias, un renacimiento por cada cosa bien hecha en este mundo».



En el otro extremo está Mario Montalbetti: «No solo no *tenemos* una lengua / No poseemos una lengua / —y por lo tanto / Si no es nuestra, no podemos / Hablar con "propiedad"».



Pienso entonces en M., esa inicial, y en tantas otras letras sueltas, liberadas del género como jaula, como cicatriz, y que en conjunto urden, tal vez, un nuevo alfabeto que sí puede nombrar.

Y aunque frunza el ceño, celebro la «e». Una canción de cuna titulada «Qué ve le bebé» me parece graciosa y decidora. Porque no se trata de una mera letra. Negar-tachar-borrar-golpear-matar son verbos trágicamente encadenados. Y una vocal que nombra —que *ve*— tal vez puede quebrar esa cadena. Pero no aplaudo cualquier conquista ni creo que esa letra sea un avance si quien la usa celebra integrar las filas de un ejército asesino o aplaude la bandera multicolor izada sobre las ruinas de una ciudad palestina. «I'm not the kind of faggot who wants to put a rainbow sticker on a machine gun», dice el poeta CAConrad. «El fusil se lo dejo a usted / que tiene la sangre fría», remata Lemebel.

Pero no siempre existió «e» como salida, así que el vaivén sirvió históricamente como estrategia. Gluck, por ejemplo, se refería en ocasiones a sí mismo en femenino. Pero cuando hablaba sobre Nesta, su pareja, se nombraba como su marido o su novio. Y en el remitente de muchas cartas aclaraba que, por favor, respondieran a Gluck: «sin prefijo, sin sufijo, sin comillas».

Mistral, tiempo después, recorrería el mismo camino. En sus cartas a Doris Dana, su última compañera, su firma oscila entre el masculino y el femenino. A veces es «tu Gabriela» y en la siguiente misiva un «necio» o un «poseído» que se despide con un escurridizo: «Tuyo, Gabriela».

Y también Gertrude Stein fue «ella» y a la vez el «marido» de Alice B. Toklas.

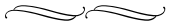
Pero ni Mistral ni Gluck ni Stein tuvieron ante sí la disyuntiva. Ni de la «e», ni de una cirugía, ni siquiera de una pregunta. El académico estadounidense Jack Halberstam reflexiona sobre este punto con Judith Butler, a quien le pregunta si de haber tenido acceso a la transexualidad, hubiese hecho la transición cuando era adolescente. Butler responde que sí y le devuelve la interrogante. Jack también contesta que sí. «Pero la realidad no fue así», dice. «No teníamos el lenguaje».

Tampoco lo tuvo M., pienso. Y no sé si lo tuve yo.

«Tengo la inquietante sensación», escribe a su vez Ariel Florencia Richards, «de que un lenguaje enterrado a mucha profundidad me recorre». ¿Pero qué es ese lenguaje enterrado?, garabateo en un margen de *Inacabada*, su segunda novela. La lengua encarnada como una espina. La que intentamos extirpar o desaprender. Desviar o redescubrir. O tal vez se trate de «inventar la lengua del cruce», como dice Preciado. «De proyectar la voz en un viaje interestelar».

Y acaso la voz, no solo el lenguaje, albergue otras respuestas. La voz profunda y áspera de M., que en un mensaje me dice que teme a la transformación que las hormonas podrían causar en la suya. Trabaja en locuciones y si finalmente decidiera usar testosterona la metamorfosis es incierta. Antes de responder, pienso en cuánto de esa voz se vería afectado. Porque una voz es mucho más que el tono grave o agudo, rasposo o ligero. Es una cadencia, una forma de juntar los labios, de rozar con la lengua el paladar, de respirar entre sílabas, de pausar y seguir adelante. Y es, sobre todo, las palabras y los silencios donde esas palabras se agazapan o proyectan. Es, por lo tanto, una manera de estar en el mundo, una forma de pensar.

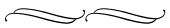
Mientras tanto, en un tono demasiado taxativo, Preciado afirma: «El cambio de voz es experimentado por el viajero de género como una posesión». Y yo me pregunto, algo inquieta, si acaso poseemos una voz o si es la voz la que, con firmeza, nos posee.



¿Y las otras voces?, anoto al margen. ¿Las de mis personajes, mis ficciones? ¿Las poseo o me han poseído? Porque ni siquiera sé de qué están hechas. Si de palabras o de ritmo, si de tono o melodía, si de tinta o de saliva, si de aliento, si de cuerpo, si de lo que nombran o lo que dejan de nombrar.



«Cuando lees eres poseído por la voz de un otro», afirma Siri Hustvedt, y yo vuelvo a pensar en M. Si acaso por años se sintió narrado por una voz ajena, subtitulada por frases equívocas, poseído por otra vocal.



Y esto que para mí es algo confuso no lo es para Virginia Woolf. «El estilo es un asunto bastante simple», dice, y en la palabra estilo se oculta la voz. «Todo tiene que ver con el ritmo. Una vez que consigues eso no puedes equivocarte de palabra». Y añade, al reflexionar sobre la creación de sus personajes: «No es que sean

personas, es lo que uno imagina con una palabra. Luego, cuando ya se ha imaginado esa palabra, aparecen las personas».

Trans. Esa palabra. Y aparece una persona.

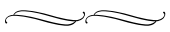
O tarjar esa palabra y hacerla desaparecer.

Decir amigas, no pololas. Raras, no lesbianas. Primas, no pareja. Hombre, no mujer. Mujer, no hombre. Hermanas, no esposas. Parientes, no maridos. Para no ver, para borrar, para volver innombrable e inimaginable: la política del no decir.

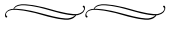
«A las travestis no nos nombra nadie, salvo nosotras», confirma otra vez Sosa Villada.

«O tal vez nadie ve lo que no es, aunque de algún modo sea», añade Cabezón Cámara en *Las niñas del naranjel*, su relectura de la

vida de Catalina de Erauso, la monja-monje que inaugura una tradición trans borrada y reescrita una y otra vez.

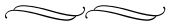


Y entre el decir y el no decir, una voz me causa otro tropiezo. Maggie Nelson dialoga con Jack Halberstam en una conferencia sobre lo *queer* y cuando Jack interviene, intrigada, aprieto pausa al video. De un cuerpo que mis ojos catalogan como masculino brota una voz que no coincide. «Prefiero no aclarar lo que debe permanecer categóricamente turbio», afirma Jack, anticipándose a mi reacción. «Prefiero no ayudar a las personas en sus dilemas de género... Todavía uso los baños de mujeres y evito cualquier contacto visual al entrar o salir. Si alguien se ve asustada al verme digo "disculpe" con mi voz "aflautada", que me asigna un género». En un borrador de este ensayo, anoto: «un cuerpo, otra voz». Luego tarjo y escribo: «un cuerpo, un coro». Y recuerdo esa despedida de Mistral, «Tuyo, Gabriela», y entonces asoma otra respuesta: la contradicción como identidad. M. y un cuerpo que no resiste clasificación, que se escabulle, se va.

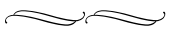


Anne Garretá, a diferencia de Mistral, no recurre al vaivén de las vocales, sino que escribe la historia de amor entre dos personajes a quienes en ningún momento define como hombre o mujer. En su novela *Sphinx*, la integrante del grupo Oulipo tensa el francés hasta quebrarlo. Si no nombrar, durante décadas, fue un modo de negar o

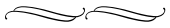
borrar, Garretá resignifica esa omisión. En un juego original y desenfadado, no dice hombre, no dice mujer. Ni «a», ni «o». Ni homosexual ni heterosexual. No nombra y, sin embargo: alumbra y ve.



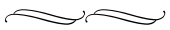
Décadas antes, Yourcenar escribía ciento veinte páginas de un no decir más elocuente que cualquier afirmación. «Hay muchas cosas que se pueden dar a entender muy bien sin contarlas», dice Alexis en la carta a su esposa donde jamás escribe la palabra homosexual.



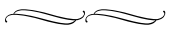
Juan Gabriel, el cantante, parece asentir desde el presente. «Dicen que lo que se ve no se pregunta, mijo», le responde a un periodista que insistía en sacarlo del clóset en televisión.



Y del no decir qué mejor anécdota que lo sucedido en el primer lanzamiento de las cartas entre Mistral y Doris Dana. Ante las piruetas discursivas de los presentadores, que intentaban eludir su sexualidad, Francisco Casas, integrante del colectivo Las Yeguas del Apocalipsis, se paró y gritó: «¡Digan que era lesbiana! ¡Son cartas de amor!». Y se fue del lugar.



Y esta fue la respuesta que le envió la Fundación Gabriela Mistral al escritor Juan Pablo Sutherland cuando quiso incluir tres poemas de la Premio Nobel en su antología *A corazón abierto, una recopilación de la literatura homoerótica chilena*, y que el propio autor consignó en su prólogo: «Dicho trabajo antológico puede contribuir a interpretaciones tendenciosas, antojadizas y especulativas contrarias a la siempre significativa y relevante obra de nuestra autora».



Porque no decir era el mandato y su ruptura una insubordinación. Y precisamente eso hizo Virginia Woolf en una de sus obras fundamentales. «Orlando se había transformado en una mujer, inútil negarlo», escribe en el lejano 1928. «Pero, en todo lo demás, Orlando era el mismo. El cambio de sexo no modificaba su porvenir, ni su identidad. Su cara, como lo pueden demostrar sus retratos, era la misma». Enseguida, en este fragmento, sucede algo cuando menos sospechoso. Borges, su traductor, opta por omitir una frase donde Woolf explicita qué hacer con los pronombres, es decir, donde aclara que Orlando, pese a ser «el mismo», debía ser nombrado en femenino: «but in the future we must, for convention's sake, say "her" for "his", and "she" for "he"». Una oración que bien puede ser traducida al castellano —«pero en el futuro deberemos, por convención, decir "ella" en lugar de "él"»— y que, curiosamente, desaparece en la edición castellana, borrando con ella la inscripción de esa porfía en el lenguaje.

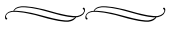
Unos meses antes que Woolf, la escritora Radclyffe Hall le decía a su editor que no permitiría que cambiaran una sola coma de su nuevo libro: *El pozo de la soledad.* Publicado el mismo 1928, una ambivalente protagonista de nombre Stephen, ante la fuerza avasalladora de su deseo hacia otra mujer, clama: «¡Dios, reconócenos ante todo el mundo!». Un deseo que conduciría a su inmediata censura en la Inglaterra de inicios del siglo pasado.

Pero quién necesita las palabras, parece contestar Gluck quince años después dando las últimas pinceladas al autorretrato que me dejaría perpleja y muda.

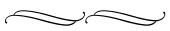
Y como tampoco yo tengo palabras me paro del sillón, camino al librero y le muestro a M. ese retrato. «Es Gluck», le digo, apuntando a la portada de su biografía. «Es Gluck», repito, como si eso le ofreciera algún cobijo.

En paralelo a esas pinceladas y desde París, estaría escribiendo Violette Leduc, que en esa disputa por el decir tituló *Térèse e*

Isabelle al libro autobiográfico donde narra la historia de amor entre dos pupilas de un internado. Un texto explícito en el deseo sexual entre sus protagonistas y que seguiría el destino de sus predecesoras: la censura y posterior olvido hasta su rescate décadas después.



En América Latina no fue distinta la trayectoria de esas *otras* escrituras. María Carolina Geel hablaría de «una respiración algo anhelante» al describir su propia reacción cuando vio a dos presas acariciándose en el patio del recinto donde cumplía condena por homicidio. Pero debieron pasar décadas, hasta la oleada feminista de los ochenta, para que ese aspecto de *Cárcel de mujeres*, publicada en los años cincuenta, pudiese ser nombrado como tal.



Y esto escribe María Moreno en *El affair Skeffington*, el «libro talismán» publicado en los noventa que tributa esa tradición de aparición y desaparición de lo *queer* (o de lo cuir o lo kuir). Incluyendo a un personaje ficcional en un París-Lesbos también ficticio pero poblado por lesbianas bastante reales, Moreno escribe: «En la vida de Skeffington el dos insiste: nació en 1892, llegó a París en 1922, tiene dos nombres, dos objetos de orientación sexual...». Y en una entrevista, agrega: «Yo quería hacer [...] el libro de las chicas que aman a las chicas y de los muchachos que aman a los

muchachos, un álbum-contraseña que consolara e hiciera reír, dejando fuera todo lo demás».

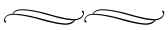
Unas semanas después es el cumpleaños de M. y me paso horas en una librería en busca de algún libro-talismán que le sirva de consuelo y, sobre todo, que lo haga reír.

Y antes de terminar este inventario agujereado, vuelvo a Sylvia Molloy, precursora entre precursoras latinoamericanas. *En breve cárcel*, publicada en los años ochenta, narra la historia de una pareja de mujeres sin que se tematice su lesbianismo. Y cómo se ríe Molloy de un crítico que intenta encasillarla. «Otra reseña», cuenta, «me agradecía que no cayera en detalles, no decía pornográficos, pero casi. Apreciaba la discreción con la que trataba el tema; discreción que era problema del crítico y no mío, obviamente».

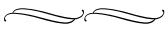
Porque la discreción fue la moneda de cambio para vivir o sobrevivir.

Que no se note.

Que no se sepa.
Que no se vea.
No.



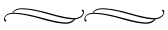
«Yo recuerdo que, de pequeña, me habían prohibido silbar», cuenta Peri Rossi recordando otros modos de disciplinar el género que poblaron su infancia y también la mía. «Con las ganas que tenía yo de silbarme un valsecito o un carnavalito. ¿Por qué me habían prohibido silbar?», se pregunta. «Porque no era femenino».



Y de esa misma prohibición, una noche, nace el temor. A los gestos de agravio, a las miradas hostiles, a los golpes que otros cuerpos como el de M. reciben en estos tiempos de renovada crueldad. Así que le digo a M. que tenga cuidado, que me avise cuando llegue, por favor, porque se nos hizo tarde y decidió volver a su casa en bicicleta. Y son nombres los que me rondan, nombres de cuerpos que ya no están: Mónica Briones, Sam Nordquist, Daniel Zamudio, Pamela Cobas, Roxana Figueroa, Nicole Saavedra, un listado sin fin. Miro el brillo de la pantalla a la espera de su mensaje. Y reprimo mi impulso de decir: mejor no salgas, que no se note, que no se vea, no.



Así que no digo nada. Porque decirlo sería la más triste derrota y mi deseo es el contrario: el desparpajo, las carcajadas ruidosas, el valsecito silbado a todo pulmón, y que cada mañana M. se mire —que nos miremos— al espejo de ese verso que es un mandato de la poeta estadounidense Mary Oliver: «Dime», dice el poema, y yo se lo digo a M. en esta carta: «Dime: ¿Qué piensas hacer con tu única, salvaje y preciosa vida?».

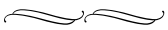


Y es la vida la que se despliega en la forma quebradiza de un futuro. Y yo, en ese futuro, me detengo en cada aspecto del cuerpo de M.: en sus manos, en su mirada, en sus modos, en su ropa, en su voz y, sobre todo, en cada una de sus palabras. Y aunque no sé exactamente qué ni dónde, aunque no puedo apuntar y decir *aquí*, noto que algo definitivo se ha transformado. Algo que, tiempo después, dejo de ver, de buscar, de notar y anotar. Algo que pierde importancia ante el presente de un cuerpo —tu cuerpo— que se levanta y dice: «Pero estoy aquí».

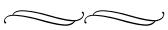
Anfitrionas

A Marcela Contreras,
refugio en el diluvio

No es nada, me repito. Debo dejar de leer las noticias. Me estoy volviendo loca, paranoica o peor aún, hipocondríaca. Loca o no, me tomo la temperatura. Fiebre. No puede ser. Deben ser los nervios o el calor o la pura sugestión. Y los ojos rojos, irritados, qué duda cabe: alergia. Y el cansancio: estrés. Y el dolor de espalda: la silla. Mejor me voy a dormir. Mejor me olvido de mi cuerpo.



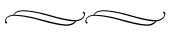
No está vivo, eso dicen.
Pero tampoco está muerto.
Para existir, el virus necesita una casa.
Solo si la encuentra y empuja la puerta, irrumpe y se multiplica.



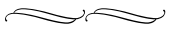
Nuestros cuerpos son su casa. Ya no tengo dudas. El cansancio da paso a la fatiga y a una sensación extraña en los pulmones. Como si

vibraran en la espalda. Como si repentinamente ardieran. Estamos lejos, en Inglaterra. El país de la «inmunidad de rebaño», el que durante semanas se negó a la cuarentena y cuyo primer ministro, tras jactarse de estrechar la mano de los enfermos, se contagió poco antes que nosotras. Aquí solo testean a los que ingresan al hospital. Las instrucciones para el resto son claras: aislarse, monitorear los síntomas y llamar al 111 solo si fuera necesario.

La familia de P. está en Argentina y la mía en Chile. Les hemos dicho que se cuiden, rogado que no salgan. Allá, el riesgo aún parece lejano aunque eso está por cambiar. Aquí, de un día a otro, todo ha cambiado. Sonrío nerviosa a la cámara y les confieso a mis padres y a mi hermano que creo tener el virus. Digo «creo» y me encojo de hombros, pero estoy totalmente segura. Somos anfitrionas involuntarias, rehenes de un huésped que nadie invitó.



Unos días antes de enfermarnos, salimos a trotar por Victoria Park, en el este de Londres. Como siempre, yo voy atrás, más lenta y perezosa, mientras P., cada vez más lejos, esquiva a los corredores para guardar la distancia obligatoria. Zigzaguea, acelera, los demás corren distraídos. Si ella se enferma, me enfermo yo; si yo me enfermo, se enferma ella. Finalmente, seré yo. En el supermercado, en la caja contigua, una mujer tose sin parar. El guardia la mira, espantado. La cajera retrocede. Luego sus ojos se fijan en mí. El hilo que nos conecta, de pronto, se hace visible.



Cuando la epidemia también me parecía lejana, leí una entrevista a Judith Butler. Allí no habla sobre este virus sino sobre otro, el VIH, el vínculo entre el cuerpo y el cuidado, qué cuerpos lo merecen y cuáles no. Se pregunta entonces, como al pasar, por la relación entre el cuidado y la violencia y por qué en los tribunales solo algunos, por lo general hombres y blancos, pueden esgrimir con éxito el argumento de la autodefensa. Siempre atenta a las palabras, Butler se detiene en el término, «self-defence», y se pregunta: ¿qué «self», qué «yo», tendría derecho a esa defensa?

Sus palabras resuenan dolorosamente en el epicentro de esta crisis:

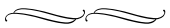
Qué cuerpos se defienden, cuáles no.

Qué vidas se salvan, cuáles no.

Qué vidas se lloran, cuáles no.

Qué gobiernos han acelerado su impulso de muerte y cuáles han optado por el cuidado.

Y a quiénes han decidido cuidar. A qué seres humanos.



La última vez que salimos, justo antes de los primeros síntomas, revisé el buzón y en el interior encontré un folleto amarillo. *#ViralKindness*, decía, bondad viral. «Si estás en autoaislamiento te puedo ayudar con las compras, el correo o paseando a tu mascota». Luego, escrito a mano, un nombre, Georgina, y su número de teléfono. Me alivió ese papel en una ciudad tan solitaria. Pero como si se tratara de un mal augurio, no lo saqué del buzón.

Butler, en la misma entrevista, critica la idea liberal de que el individuo existe de manera autónoma. «En cierto sentido, ese modelo de individuo es cómico pero también letal», afirma. «El objetivo es superar las etapas formativas y dependientes de la vida, para emerger separados e individuales, convertidos en individuos autónomos, *selbstständig*, una traducción del alemán que significa estar parado por sí solo». Luego lanza la pregunta que recordaré semanas después: «¿Pero quién puede realmente ponerse de pie solo?».

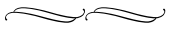
Desde la cama, algo asustada, le mando un mensaje a Deborah, nuestra vecina. «Nos enfermamos», le digo, «me temo que es el virus». Unos segundos más tarde, recibo su respuesta: «Si necesitan cualquier cosa, día o noche, me llaman, no lo duden».

Sin avisar, Tristan nos trae chocolates y paracetamol.

Deborah deja aspirinas en el felpudo.

Los hombres del supermercado, sin nombre, sus caras sin mascarillas, dejan pan y verduras en la puerta de nuestra casa.

Por cierto, no pienso en Butler cuando ya estamos en cama, afiebradas, los brazos y piernas adoloridas, con jaqueca y el pecho aplastado por un peso que no se ve. En realidad, no pienso en nada durante horas, días. Soy garganta, cabeza, pecho, costillas, pulmones, ojos. Soy sed, sudor, frío, confusión, cansancio, miedo. Afuera, incesantes, suenan las sirenas de las ambulancias, las aspas de los helicópteros de emergencia, mientras cuento en secreto nuestras respiraciones, aterrorizada.

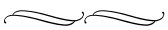


Con esa idea de individuo en mente hemos construido una forma de habitar el mundo, un modo de relacionarnos con la naturaleza y una estructura de sociedad. En el derecho, esa idea dio origen a constituciones y pactos de derechos humanos. Más tarde se hablaría de derechos de primera y segunda generación. Yo los estudiaría así, jerarquizados: los esenciales y los secundarios. Como si existiera la integridad física sin el derecho a la salud. Como si se pudiera tener libertad sin seguridad social. Como si pudiéramos ser, estar de pie, sin agua, sin comida, sin el oxígeno que producen los bosques que nos empeñamos en desmontar.

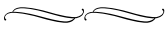


Suena el teléfono al mediodía. Es mi mamá desde Santiago. Si tenemos fiebre, pregunta. Si es mucha la tos. Noto la angustia en su voz y le digo tranquila, vamos bien. No le cuento del incendio en mi

pecho ni de esta fatiga tan extraña. «El agua a pequeños sorbos», escribe Chantal Maillard. «El miedo a grandes dentelladas».



Cada noche, en las noticias, los países comparan sus muertos. Cuentan, suman, restan las cifras de este año y el promedio de un año normal. Informan de excedentes, de poblaciones de riesgo, de decesos por millón. Las cifras son devastadoras. Las palabras, sin embargo, nombran otra realidad. Se habla de una «guerra silenciosa», un «enemigo invisible», «batallas», «combates», «víctimas», «bajas». Como si no existiera un lenguaje para nombrar este momento, las palabras se vuelven imprecisas y proyectan bombas y enemigos donde no hay más que cuerpos frágiles y enfermos. Aniquilar es el verbo predilecto de la guerra. Nadie se sanó con ese verbo. Nadie se salvó con ese verbo. Me pregunto en qué momento se volvió tan difícil pronunciar la palabra «cuidar».



Es la primera vez que P. y yo nos enfermamos juntas. En ocho años nuestros cuerpos siempre habían enfermado a destiempo: o ella o yo, a veces una y luego la otra. Ahora la que se para al baño debe rellenar las aguas y las manzanillas. Ahora debemos vigilar las mutuas señales de alerta. Alimentarnos, hidratarnos, distraernos, descansar. Los síntomas van y vienen y también nosotras, aturdidas: de la cama al sillón, del sillón a la cama. Nos escriben los amigos, la familia, pero no retengo mis respuestas. Esto no se parece a una

gripe. No se parece a la influenza. Semanas después aún me cuesta rememorar esos días. Una enfermedad vaporosa, irreal, hecha del material algodonado de los recuerdos más lejanos.

Debíamos venir a Londres unos pocos meses. Poner nuestros libros en cajas y dejar la ciudad donde habíamos vivido los últimos años. La dueña había vendido el departamento, yo había terminado mi doctorado, una nueva etapa se abriría. Entonces se desató la pandemia. Las fronteras se cerraron. Nuestros países prohibieron la entrada a los extranjeros. Yo soy extranjera en Argentina. En Chile, la extranjera es P. Le escribimos a la dueña del departamento para explicarle las circunstancias. Tiempo, eso necesitamos, hasta que estemos mejor. La respuesta no tarda: «Lo siento, no. Temo espantar al comprador y no conseguir un buen precio en el futuro cercano».

Sophie nos manda un ramo de astromelias y margaritas.

Gwen reenvía un video con ejercicios de respiración.

Marcelo me dice, desde su consulta en Chile, «atenta si empeora el cansancio».

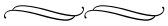
Nunca los habían llamado así. Les decían empleadas y obreros, asalariados e independientes, «low skilled», «low paid», poco calificados, mal pagados. Ahora su nombre es «trabajadores esenciales»: cajeros de supermercado, recolectores de basura, empleados de limpieza, conductores del transporte público, motoristas de delivery, empaquetadores, reponedores.

Cuanto más esencial, mayor es el riesgo.

Cuanto mayor el riesgo, menor el pago.

Cuanto menor el pago, más invisible el trabajo.

Hasta llegar al más bajo, el doméstico, el más invisible de todos: limpiar, cocinar, ordenar y cuidar.



En cama, casi sin movernos, pasan los tres peores días. Lo curioso es que solo después repararemos en que fueron tres. Uno de ellos desapareció. O nosotras, fuera del tiempo, en el presente absoluto del cuerpo, perdimos la cuenta. Uno de esos días fue jueves. Lo sé porque cada jueves, a las ocho, se aplaude a los trabajadores de la salud. «Clap for carers», es el lema, «aplaudir a los que cuidan». Los mismos que no tienen suficientes guantes ni mascarillas ni delantales. Los mismos que hace años exigen un alza en sus salarios. Es irreal, la escena: hace apenas unos meses P. y yo caceroleábamos en Santiago y ahora el mismo tintineo resuena desde los edificios contiguos. Nos miramos, los ojos vidriosos, el sonido atravesando las ventanas hasta alcanzar su cuerpo y el mío. No podemos aplaudirlos. No tenemos energía para salir al jardín.

Lejos, en Chile, muere una mujer muy joven a causa del virus. El ministro de Salud aclara entonces, en un tono soberbio y frío, que la muchacha probablemente no habría salido adelante de todos modos. Tenía leucemia, dice, para que nosotras, las que no tenemos leucemia, suspiremos aliviadas. Ya estaba enferma o era una anciana, tenía cáncer o hipertensión, era débil, obesa, diabética, diferente. No era un «self», eso es, no era un «yo».

Más tarde, cuando los muertos pierdan sus nombres, los ministros, aquí y allá, irán por tramos etarios. Lamentarán más algunas muertes, menos las otras. Como si la vida perdiera letras a medida que pasan los años. Como si se volviera menos urgente, menos intensa, menos valiosa. Recuerdo un libro de Giorgio Agamben anterior a sus desaciertos pandémicos: «Se dice que a los viejos solo les queda una cuerda para tocar», anota. «Y es, tal vez, una cuerda desafinada, que produce lo que Stefano llamaba "la nota del lobo". Sin embargo, esa nota desafinada suena más larga y profunda que el instrumento intacto de la juventud».

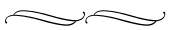
La presión en mi pecho no cede. Le pregunto a P. y siente lo mismo. Tiene, además, un dolor de cabeza enloquecedor. A escondidas hago

exactamente lo que me prometí no hacer. Busco los síntomas en internet. Un artículo del *New York Times* me provoca más escalofríos de los que ya tenía. Me paro a cargar los celulares por si hubiese que ir al hospital.

Se busca al culpable. En eso pierden el tiempo algunos presidentes. Apuntan a China, a un laboratorio, al murciélago o al pangolín. Es curioso que no hayan encontrado la respuesta. Es tan obvia, tan conocida: son los mismos responsables de la extinción del guacamayo azul. O del rinoceronte negro. O del sapo dorado. Intento recobrar a ese último ejemplar, esa última muerte. ¿Cómo volver a nombrar ese mundo incompleto? ¿Dónde encontrar un lenguaje capaz de ver lo borrado? Olga Tokarczuk propone crear un nuevo narrador. Más allá de las limitaciones del «yo» o del «tú», muy alejado de la omnisciencia. Lo llama «the tender narrator», el narrador tierno. Que vea más allá de lo humano. Que atraviese y se deje atravesar. Y para eso, dice Tokarczuk, es fundamental la ternura. «La ternura», afirma, «es la forma más modesta del amor».

Afuera, el viento dobla suavemente las ramas y un mirlo busca gusanos entre la tierra humedecida. P. tiene las mejillas rosadas, los ojos irritados y cansados. Lolita, la gata del vecino, maúlla desde el jardín. No entiende por qué, como otros días, no la dejamos entrar. Cómo explicarle que estamos enfermas, que tal vez contagiaríamos

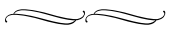
a los demás. Cómo rebasar la propia lengua; cómo ver un poco más allá.



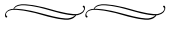
Federica, amiga de mi hermano, nos recomienda gotas para los ojos.

Mi prima Belén reenvía mensajes de sus colegas del hospital.

Lina habla con su mamá. Es doctora y nos explica cuánto demora en sanar una posible neumonía.



He tenido gripes e intoxicaciones, un buen número de amigdalitis y me operaron hace unos años de una sinusitis inusual. Esto, sin embargo, no se parece a nada que haya vivido. Y no me refiero solo al sinfín de síntomas extraños. La experiencia, supuestamente individual, en realidad no lo es. Es muy distinto enfermar sola que en el medio de una pandemia. «No era mi cuerpo», escribe Anne Carson, «no el cuerpo de una mujer, era el cuerpo de todos nosotros».



Cada día, a las cinco, ambas empeoramos. Como en una pesadilla, el virus arremete al atardecer. Entonces, cuando se cierra el pecho y la jaqueca late en la sien, me paro de la cama, desesperada, a encender cada lámpara de la casa: las de la pieza, el living, la

cocina, el baño. Nos cobijamos dentro de la luz, mientras afuera, lentamente, la oscuridad apaga el jardín.

En mi sueño, P. y yo visitamos una casa. Es más bien un galpón, rodeado de grandes ventanales que dan a una ciudad desconocida. Es y no es Santiago, es y no es Buenos Aires. Las paredes están descascaradas, el piso de madera carcomido. Busco la cocina y al abrir la puerta no hay más que una llave de agua. Me acerco y la giro, pero no cae una sola gota. Despierto sobresaltada, sedienta, cubierta en sudor.

Por la mañana, los cuervos atraviesan un cielo celeste y despejado. No hay aviones, casi no hay autos, ya no oímos el rumor de la ciudad. Nuevos sonidos, habitualmente mudos, amplifican otros mundos. Una plegaria islámica, el graznido de una gaviota, las campanadas de una iglesia. Abrimos las ventanas para ventilar. Lavamos sábanas, toallas, toda la ropa que hemos tocado. Desde la ventana del living, miramos el jardín. Afuera florece el manzano y los capullos de un arbusto que plantamos hace un año se abren por primera vez. Se llama *bleeding heart*, corazón sangrante, como si a esta historia le faltara una pizca de dramatismo. Nos reímos, estamos mejor, inventamos palabras para nuestros síntomas: ojos covídicos, toses covídicas, carcajadas que nos dejan sin aliento.

Selma quiere romper la cuarentena y traernos comida y remedios.

Paulina nos ofrece su turno prioritario en el delivery.

Vuelven los hombres del supermercado, aún no les entregan mascarillas.

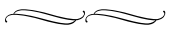
Envueltas en chalecos y bufandas, nos aventuramos al jardín. El aire frío nos hace toser pero caminamos lento, como sonámbulas, sobre el pasto largo y lacio. Me siento mejor, aunque inexplicablemente adormecida. Como si este acontecimiento no pudiera entrar del todo a la realidad. Avanzo por el jardín, extrañada, cuando noto el efecto de mis pies. Aunque normalmente podría dar siete, tal vez ocho pasos hasta llegar al muro, ahora doy treinta sin siquiera acercarme al final. Ya no veo los ladrillos, no hay un adentro ni un afuera. Hay flores sin nombre coronadas de pétalos lilas y amarillos. Una araña diminuta se eleva hacia el cielo en su hilo invisible. Una plaga de pulgones se acomoda en las ramas nuevas del manzano y las hormigas los acorralan en el reverso de las hojas recién nacidas. Las abejas vuelan de una flor a otra y las moscas brillan tornasoladas mientras refriegan sus patas quebradizas sobre el esqueleto de una flor. Cada planta habita un verde: el romero, el geranio, el ruibarbo, el rosal, el trébol, la lavanda. Estoy muy lejos del mundo, muy lejos de mí. Hasta que escucho, allá, un sonido de alarma. Entre el trinar de los gorriones, una vibración aguda y desesperada. P. también la escucha, debe ser real. Nos acercamos juntas al arbusto, el espino

de fuego. Nos acuclillamos y esperamos hasta escucharlo otra vez. Ahí está, en lo alto, esa nota metálica. Entre las ramas, rodeado de espinas, un nido de paja y pasto seco decorado con dos guantes de látex. Asoman del borde tres cabezas, los picos abiertos de par en par, los ojos vidriosos como los nuestros.

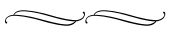
Esa noche recaemos y la enfermedad toma rumbos distintos en nuestros cuerpos. Siento los pulmones irritados, las costillas delicadas y adoloridas. A P. le sube la temperatura, se siente ahogada, el pecho cerrado. Esas, creo, son las señales de alarma. Llamo al 111, el número destinado al virus. La voz, serena, emprende el interrogatorio de rigor. Yo, nerviosa, confirmo que la lengua de mi cuerpo y el de P. siempre ha sido el castellano. Tartamudeo y tardo en encontrar las palabras en inglés. Ella escucha, anota, no cree necesario ir al hospital. «Manténganse alertas», dice, «seguramente han tenido neumonía y tardará semanas en sanar». Es el *peak* en Inglaterra, así lo advierten su urgencia por cortar y también las ambulancias. Quiero que nos vea un médico. Que nos cuiden los que cuidan. Quiero que nos saquen radiografías y, como a Hans Castorp en *La montaña mágica*, que alguien me mire y diga: «Estoy viendo tu corazón».

Pasan los días, monótonos. Empieza el horario de primavera. Vemos las cinco temporadas de *Better Call Saul*. Me quedo dormida, me

despierto, tengo un poco más de energía. A P. le baja la fiebre pero otros síntomas persisten. Caminamos de la puerta al jardín, del jardín a la puerta. Germinan las albahacas que sembré varias semanas atrás. Florece el rosal y se caen todos los pétalos del manzano. Comemos sándwiches cada noche, sin excepción. Ya no sabemos qué más poner entre dos rebanadas de pan.



Por momentos me convenzo de que nada de esto pasó. Cómo es posible una realidad donde conviven la enfermedad y la primavera. Podría decir que estoy abismada. Podría decir conmovida. Mientras traduzco la entrevista a Butler pienso que mi mirada cambió. Hay un hilo que va desde mi pecho al de P., del suyo al pecho de ese mirlo, del mirlo a la copa del manzano y desde ahí a tantos cuerpos queridos y tantos otros, desconocidos. Creo que mi cuerpo ya no termina donde termino yo. O que «yo», tal vez, no era exactamente lo que creía.



Durante veintiún días casi no leeremos noticias. No saldremos del departamento en poco más de un mes. Veremos al mirlo alimentar laboriosamente a sus pichones, sus alas cada vez más gruesas, la pelusa desplazada por unas plumas moteadas y suaves. Una mañana saltarán de su nido a una rama. Al día siguiente, desaparecerán. Me asustará, una y otra vez, la insistencia de algunos síntomas. «Aquel cuerpo convertido doblemente en

cuerpo», escribió Tomas Mann. Faltará cada vez menos para irnos de esta casa. Otros la habitarán, enfermarán y sanarán aquí. Un domingo, finalmente, nos animaremos a salir a la calle. Será como caminar después de haber estado profundamente dormida. Sentiré que desconozco el barrio, el parque, mis pies. Como una extrañeza, eso es. O como dijo Max Blecher desde su propio cuerpo enfermo: «como si yo hubiese vivido en un mundo conocido mucho tiempo atrás».

Descaro

Para A.
o para mí

«Permanencia del objeto». Ese es el nombre que la psicología otorga al hito cognitivo que se produce aproximadamente a los ocho meses de vida: la criatura, de un momento a otro, comprende que aquello que deja de ver, en este caso su madre, sigue existiendo más allá de lo que capturan sus ojos. Me escondo detrás de la puerta y con esa voz que nació junto a ella —más tersa, más blanda—, pregunto: «¿Dónde está la mamá?». Y las carcajadas me reciben nerviosas cuando aparezco de un salto: «¡Aquí está!».

La escena ocurre en el norte de Londres, a pocas horas de aterrizar. He obtenido una beca de la Biblioteca Británica y el Hay Festival para indagar en algunos libros raros y otros menos raros que me podrían servir para un nuevo proyecto sobre la cara y sus máscaras —mi cara: la que perdí hace veinte años en una cirugía y las máscaras que he recolectado desde entonces—, y llego precisamente con la cara de entusiasmo de quien no sabe aún qué tesoros va a encontrar.

Me bajo en Euston Station con un listado de cincuenta títulos en el bolsillo y tras cruzar la resbaladiza explanada de cemento, me reciben con igual intensidad el aire acondicionado de la biblioteca y la calidez de Polly y Lawrence, los encargados de la beca y la

colección. Caminamos juntos a la cafetería, me ofrecen té y pastelitos, me regalan un libro ilustrado para mi hija y luego de comentar la llovizna perpetua en pleno verano inglés, noto un silencio que anticipa algo más preocupante que el mal clima. «Estás al tanto de la situación, ¿verdad?», es la pregunta que asoma de un rostro que no logra contener el rubor —que pierde su máscara: se abre y exhibe su interior— y a la que respondo con un incauto y temeroso: «¿De qué?».

Varios años antes esa biblioteca había sido mi lugar de trabajo. En el salón Humanities II, el menos gélido del edificio, nos dábamos cita las más tercas y friolentas usuarias. Allí, con un solo clic, pedía decenas de libros que llegaban a mi escritorio en apenas cuarenta y cinco minutos. Iba con un plan, en esa ocasión: investigar sobre literatura escrita en las cárceles de América Latina, así que allí releí *El apando*, de José Revueltas, descubrí *El río*, de Alfredo Gómez Morel, y después di con *Cárcel de mujeres*, de María Carolina Geel, el libro que causaría el descalabro. Cambiar de rumbo, cambiar de tema, dejarse llevar y que la mano palpe, a ciegas, el lomo del ejemplar contiguo al buscado. «El azar puede entrar dentro de una biblioteca», advierte Beatriz Sarlo, y de esa lectura salté al vacío y abandoné mis certezas. Desconcertada, me sumergí entonces en las páginas de Judith Butler y Josefina Ludmer, de Michel Foucault y Jean Genet, hasta terminar esa tesis devenida libro sobre mujeres homicidas. Esta vez, con una hija pequeña, poco tiempo y un tema inabarcable —«en el rostro está todo», anticipó Cicerón— me aferro apenas a un deseo: capturar material en el hemisferio norte para devolverlo en la forma de cientos de fotografías a su lugar, el sur.

Lawrence deja de mirarme, alza su taza de té, se cubre con ella la mitad de la cara —«la cara es para recibir a los otros», anota el argentino Jorge Barón Biza, «todo lo que recibe está en la cara»—, y lo que queda visible de ese rostro se rehúsa a hablar de «la situación». Es Polly quien entonces se aclara la garganta, endereza el cuello y lanza las tres palabras que repican estruendosas en la cafetería. «Te cyberattack», dice, y es como si ella misma dibujara los tres puntos suspensivos que contienen mi silencio.

La Biblioteca Británica fue objeto de uno de los ciberataques más graves que ha sufrido el Reino Unido. En octubre del 2023, casi un año antes de mi viaje, una organización de origen ruso exigió el pago de seiscientas mil libras esterlinas bajo la amenaza de divulgar en la *dark web* información privada de los funcionarios de la biblioteca y, aquí lo peor: dinamitar el catálogo de la institución. Según varias fuentes, no se trataba de un grupo con fines políticos sino de ciber-piratas en busca de dinero fácil y que se tomaron muy en serio la negativa de las autoridades inglesas. La recompensa no llegó y el ultimátum se hizo real: de un instante a otro los datos privados de muchos de sus trabajadores y usuarios quedaron a la intemperie, pero lo más grave fue lo que aconteció unos segundos después, cuando el catálogo de la segunda biblioteca más grande del mundo desapareció de la faz de la ciber-Tierra y nadie supo dónde buscarlo.

Trastabillo, mi inglés me abandona y a falta de palabras le doy varios sorbos a mi botella de agua mineral. ¿Piratas?, pienso, y la imagen de un hombre con un parche en el ojo me ronda como un pésimo chiste cuando lo más preciso sería la de un rostro velado por el brillo de una pantalla —esa nueva forma de capucha—. Ante mi

silencio, la explicación es veloz, como si Polly quisiera deshacerse de las palabras que le llenan la boca de amargura: solo es posible encontrar un pequeño porcentaje de los libros, literalmente aquellos cuya ubicación aún recuerdan los bibliotecarios más antiguos, ya no se puede solicitar material a través del sitio web y además tarda días en llegar, si es que llega, claro, cuestión que no es posible saber de antemano. Los libros raros no están disponibles, agrega Lawrence con genuina congoja. Tampoco los manuscritos, aclara Polly, y ahora hay un límite diario de préstamos de apenas seis volúmenes.

Con el ceño fruncido —el rostro cerrado— multiplico los días de mi estadía y los libros imprescindibles para mi proyecto y las cifras no coinciden. Pero mantengo la calma y con una ingenuidad que me valdrá dos miradas condescendientes, les explico que, por fortuna, antes de viajar me aseguré de que esos títulos sí estuvieran disponibles y que la página web de la biblioteca lo confirmaba: «the item *should* be available». Polly, entonces, acaricia el borde de su taza de té y mira a su alrededor como si otro pirata la acechara tras alguna silla. «Qué palabra inglesa», le dice a Lawrence con una complicidad que me excluye y noto que sus rostros se tiñen de un rojo que los vuelve extrañamente parecidos. Ese «should», ese «*debieran* estar disponibles», significa puede que sí, puede que no, «en realidad no lo sabemos», confiesa Polly, que da por concluida la conversación.

La última vez que pisé esa biblioteca, en marzo del 2020, la sala de lectura parecía un hospicio de tuberculosos. Carteles de «please wash your hands» empapelaban puertas y ascensores y las primeras mascarillas cubrían los aterrados rostros de sus usuarios. No hubo despedida, en esa ocasión, la pandemia cerró sus puertas y las de

Inglaterra, los libros que estaba leyendo quedaron desamparados sobre mi escritorio y me uní de inmediato a la larga fila de enfermos pandémicos. Unos meses más tarde, todavía pálida y con ataques de tos, abandoné ese país rumbo al mío, y cuando las ruedas del avión se despegaron del asfalto inglés, pedí un deseo para prevenir posibles arranques de nostalgia: regresar algún día para así sellar mi vida londinense con una despedida menos dramática que esa verdadera fuga.

Esa tarde vuelvo a la casa de Marcela, la tía que nos ha recibido con cariño y paciencia, y les cuento a ella y a mi madre —también a mi hija, que parece ser la más interesada de las tres— del acto pirata que boicotea mi investigación sobre los rostros. Ambas intentan ser optimistas —«al mal tiempo, buena cara», dice Marcela celebrando su ocurrencia con un guiño— y me animan a madrugar al día siguiente esperanzadas en que alguno de los libros esté allí, que tan solo un párrafo puede ser el motor que necesito, que quién sabe, puede que no sea tan grave como dicen, pero un reprimido pesimismo será la intuición correcta.

De vuelta en la biblioteca, por la mañana, cualquier resabio de voluntarismo choca estrepitosamente con la realidad. El edificio está semivacío y noto que su público ha cambiado. En Rare Books, ese salón capaz de albergar a varios cientos de investigadores, hay apenas veinte. «Pero aún más rostros», pienso evocando la frase de Rilke, «porque cada uno tiene varios»: el de una mujer musulmana cuyo velo enmarca su cara y que al alzar la vista exhibe un inesperado arito en la nariz; el de una anciana de piel muy pálida que me recuerda que las personas suelen vivir mucho más que sus lunares y que a ella ya no le queda ninguno sobre la piel; y otro más

joven cuya sonrisa endurecida me hace anotar la palabra «orbicular», el músculo en el ojo que solo se activa con la verdadera sonrisa. Y finalmente el rostro de una mujer joven, sentada frente a mí, tan delgada que me hace pensar en la muerte. Porque «con la muerte», dice Hans Belting, «el rostro huye del cráneo» y el suyo ya dibuja la marca de su futuro esqueleto.

Para respetar el pacto que determina el tiempo en que una mirada está permitida sobre la cara de los demás, bajo la vista y me concentro entonces en el otro retrato: el que ofrecen los títulos sobre sus mesas. Noto así que al menos quince usan el salón para escribir en sus computadores sin un solo libro sobre sus escritorios y que los otros cinco tienen suerte o han hecho de la resignación su material de trabajo. Más viejos y menos ruidosos, esos usuarios parecen ser los mismos que en el pasado pedían libros con tarjetitas de papel. Y son justamente tarjetitas, sobrepuestas en papel de calco, las que debo rellenar a mano y entregar a la funcionaria de Rare Books.

Como tampoco yo soy tan joven no tardo en adaptarme al sistema que usé en mi adolescencia y en la universidad y transcribo con impaciencia los títulos y códigos de los seis ejemplares que pediré ese día. El primero, el *Atlas fotográfico* de August Sander, ese libro que los nazis arrojaron al fuego por incluir en su definición de lo humano —es decir, en el rostro— a locos, migrantes, homosexuales y otros excluidos; y el último, un catálogo de la artista Mónica Castillo donde aparece una cara tan quebrada como la mía en el manuscrito del libro que prometí escribir. En el medio, una revista médica sobre rostros arrasados por malformaciones genéticas, otra sobre trasplantes de cara, y dos novelas sobre el doble y el espejo

donde pretendo hallar alguna pista para recobrar el reflejo que perdí. «La palabra cumple a menudo la obra de resurrección de un rostro desaparecido», advierte David Le Breton y yo releo esa frase en el epígrafe de mi propio borrador, temiendo precisamente conjurar la resurrección de ese rostro que un día fue mío.

Dos décadas antes, cuando acababa de cumplir veinte años, la que era mi cara desapareció. Un problema en la quijada no encontró otra solución que el quirófano y tras seis horas bajo el bisturí, el que era mi rostro —con sus dobleces, sus tersuras, sus vergüenzas— se volvió parte de mi pasado. No llevé un diario, en esa ocasión, no saqué fotos, no registré. Muda, adolorida, asustada y sola, cerré los ojos convencida de que eso bastaría. «El problema», anotó Sartre y yo traduje su frase entre mis notas, «es que llevo mi cara como un secreto del que no tengo consciencia y son, por el contrario, las caras de los otros las que me hablan de mí mismo». Y ahí estaban esas caras, inclementes. La de mi padre, que al entrar a la pieza de la clínica apuntaba inmediatamente la suya en dirección a la ventana. La del doctor que observaba su obra —mi nueva cara— en busca de un mineral valioso bajo los hematomas y la hinchazón. Y la de un primo menor que yo, de cuya frase «qué es esto, qué te hicieron» huiría durante años. Atónita, decidí olvidar. Pero cuando vi en esa destrucción algo más que una herida, un hito extraño y cifrado, un desvío hacia otra vida que jamás anticipé, quise hurgar en otros rostros para llenar con sus palabras mi propia boca. «El rostro es un llamado a resolver un enigma», leí. «Cambiar de rostro implica cambiar de existencia». «El rostro no puede perderse un instante sin perderse para siempre». Tras ocho semanas que pasé encerrada, con el rostro tumefacto y verdoso, sin poder masticar ni

sonreír ni bostezar ni incriminar, sin sentir mi propia piel y sin reconocerme en el espejo, volví a la universidad, me senté como siempre en la última fila de la sala de clases y pensé: la vida sigue. Entonces oí las palabras de un compañero que apuntaba disimuladamente en mi dirección. «Mira», le dijo a la estudiante sentada a su lado. «Mira», repitió, y yo misma hubiese mirado. «Es igual a la Alia pero no es la Alia». Y tenía razón.

Lawrence pasa a saludarme al salón de lectura y tras comentar otra vez el clima inglés me pide disculpas por tamaño papelón. Los libros «debieran» llegar, dice, sin reparar en el traspié de ese *should* que nos condena. Él y yo sabemos que es improbable que aparezcan los libros que necesito, y él y yo secretamente pensamos que la beca se debió suspender. Pero al menos da la cara, me digo, arrinconada por las metáforas del rostro que parecen ser el único hallazgo en mi horizonte de escritura. No habrá libros ese día, tampoco los siguientes, pero en lugar de sentirme derrotada en esta «honda biblioteca ciega», como la llamó Borges, comienzo a tomar notas para este texto que se inmiscuye y amenaza con desplazar a esa cara huidiza que prometí algún día encontrar.

Cómo no recordar a Mario Levrero, pienso al final de esa jornada, que en vez de abocarse a terminar *La novela luminosa*, para lo cual había obtenido la Beca Guggenheim, se pasó el año entero haciendo anotaciones sobre las palomas vivas y moribundas que habitaban el tejado frente a su escritorio, dando origen a cientos de páginas de un excéntrico diario que antecede al borrador de esa novela sin final. Así, envalentonada por los ciber-piratas y lo que algunos llaman serendipia, hago conmigo un cara-a-cara y por cada libro que está «unavailable, we are very sorry, dear», tomo más y más notas de lo

que a pasos agigantados se transforma en esta crónica sobre mi descaro y cientos de bibliotecas destruidas.

Concluye ese segundo día y ya en el metro, desorientada y con jet-lag, atisbo la gravedad de lo que ha sucedido: el único mapa que permitía acceder a los libros ya no existe. No hay copias. No hay respaldo. No hay nube. No hay memoria. Y no se trata de decenas ni cientos, ni siquiera de miles de libros perdidos. Son millones en sus estanterías bajo tierra, quietos y mudos. «Cuando se proclamó que la Biblioteca abarcaba todos los libros», escribe Borges en su utopía de biblioteca total, «la primera impresión fue de extravagante felicidad. Todos los hombres se sintieron señores de un tesoro intacto y secreto». Pero este tesoro no se deja encontrar. Ha desaparecido de un modo aún más extravagante que la felicidad mencionada por Borges: está y no está, como mi vieja cara enterrada en la nueva, o ese juego infantil y sus nerviosas carcajadas.

Esa noche, con insomnio y una hija que también se rehúsa a dormir, se suceden bajo mis párpados las imágenes de otras bibliotecas destruidas. El incendio de la biblioteca de Alejandría, cuyas causas jamás se dilucidaron, y donde se habrían quemado miles de manuscritos originales. El millón de libros hechos polvo en la Biblioteca Nacional de Irak, a causa de la invasión estadounidense que desmanteló todo a su paso. Cada una de las bibliotecas de Gaza devastadas por el ejército israelí, con su corolario de miles de mapas, libros y fotografías desaparecidos. El bombardeo a la Biblioteca Nacional de Sarajevo, ordenado por las fuerzas nacionalistas serbias dirigidas por un profesor de literatura y donde se salvaron unos pocos volúmenes gracias a que sus trabajadores

los arrojaron por las ventanas. El incendio que barrió con la Biblioteca Nacional de Perú, no una sino varias veces a lo largo del siglo xx. Y también en Perú, la biblioteca saqueada por el ejército chileno durante la Guerra del Pacífico y cuyos ejemplares robados fueron solo parcialmente devueltos 125 años después. Los diez mil ejemplares incinerados en el café literario de Bustamante, en Santiago de Chile, durante las protestas del 2019, y donde fui en más de una ocasión a ojear viejas y nuevas novelas. Y la resistencia de una biblioteca en Siria, cuyos casi once mil ejemplares fueron recolectados de casas y librerías y se encuentran hoy resguardados en un búnker subterráneo. «Los volúmenes están marcados con el nombre del propietario si se conoce o el sitio donde fueron encontrados, para devolverlos si algún día regresan sus dueños». Y yo pienso —y me giro en la cama sin poder dormir—, en la imprecisión de esa palabra: dueños. Porque tal vez los libros jamás se poseen sino que nos poseen a nosotros. O quizás sí, repienso, y me giro de espaldas al recordar a esos otros dueños o lectores o poseídos que nunca regresaron porque debieron huir exiliados de Chile o de Argentina, de España o de Brasil. Millones de libros dejados atrás en esas casas abandonadas de un momento a otro, la cena aún tibia sobre las mesas, la novela a medio leer sobre el velador que luego sería usurpada o revendida o destruida junto a otros cientos de ejemplares. Y la pira de libros quemados ese 11 de septiembre de 1973 y en los meses y años siguientes, esa pira que ardió en las plazas de todo Chile, recuerdo, y con el fuego de esa memoria en la retina doy otra voltereta en la cama. Y finalmente la historia de esa mujer que se resistiría a entregar los ejemplares exigidos por dos militares altisonantes que le mostraban un papel

con la orden de quemar literatura marxista. Su nombre: Mercedes Bejarano. Su rostro: desconocido. La encargada de la Biblioteca Pública N.°14 de Puerto Natales, cuya resistencia fue castigada con su detención y tortura.

Cobardes, murmuro cuando al fin amanece en el norte de Londres y veo los ojos de mi hija asomarse por el borde de la cuna —«los ojos hacen al rostro», escribió Le Breton y los suyos contienen los míos: la única parte de ese viejo rostro que no sucumbió bajo el bisturí—. Porque destruir una biblioteca, me digo confundida entre rostros y libros, reventar sus ventanales con un bombazo, hacer volar las páginas en el aire inflamado o desaparecer su catálogo de la faz de la tierra, implica barrer con mucho más que trazos de tinta sobre un papel. Las bibliotecas son lugares fuera del tiempo, sobre todo, de estos tiempos. Sin oferta ni demanda, sin plusvalía ni intereses, lo transado en una biblioteca sigue siendo misterioso e intangible. Palabras, saberes, preguntas, respuestas y, desde luego, desazón. Porque en una biblioteca se hurga hasta hallar lo buscado o cambiar de rumbo hacia lo desconocido. Y acaso por eso es un lugar peligroso y tantas bibliotecas han sido destruidas. Si un solo libro puede ser el germen de una idea, la pieza faltante de un puzle o el *eureka* ante un dilema, cada devastación anula la posibilidad de entender un eslabón de nosotros mismos —y también de los demás —. Y eso incluye este ataque a la Biblioteca Británica, a su brújula interna, a cada archivo digital, y también a mi propio trabajo. Así que me levanto con algo de furia y muchísima determinación y ya de regreso en el salón hago otro cara-a-cara con Lawrence, que se encoge de hombros y dice: «Lo siento, nada».

Mientras tanto, cada vez más preocupada por el abandono del rostro —el mío— en un archivo que contiene más tachaduras que palabras, preguntándome si acaso ocurre con la escritura lo que dice Celia Paul que sucede con la pintura —«los cuadros que no se pintan le hacen mal al corazón»—, sigo avanzando en los apuntes de esta cada vez más desfachatada crónica que desplaza al libro que debía escribir y que se niega a ser escrito. Con la cara enterrada en mi pantalla, mecida por el traqueteo lejano de las teclas, siento entonces una inquietud. Como si alguien a lo lejos me mirara. Como si esa persona se pusiera de pie y caminara hacia mí. Como si su aliento vagamente familiar me rozara la nuca. Me giro. Estoy sola. Pero la sensación se niega a partir.

Me distraigo entonces recordando otros periplos bibliotecarios y me dispongo a hacer inventario para llenar los minutos en este salón y así sacudirme el nerviosismo. Y descubro algo que no había notado y que me causa orgullo y alegría: casi todo lo que he publicado ha sido escrito o ideado en una biblioteca. La biblioteca de la Facultad de Derecho, cuyo mayor atributo era ser el somnífero de decenas de estudiantes que cabeceaban sobre los códigos azul marino y donde pensé, frente a un libro de derecho comercial: esto es un enorme error. La de Providencia, donde otras decenas de egresados de esa misma facultad se congregaban con sus fotocopias a memorizar definiciones de «posesión» y «prescripción» y donde yo escribí un poema muy malo que por fortuna perdí. La del Parque Bustamante, donde sacaba esas mismas fotocopias de una mochila pero en lugar de leerlas escribía en los márgenes las notas de mis primeros cuentos. La Biblioteca Municipal de La Reina, que tenía las novedades literarias expuestas en una pequeña estantería que

ganaba a diario el mano a mano con esas fotocopias cada vez más arrugadas. La de la Barceloneta, en España, en la que pedí prestados, uno a uno, todos los libros de José Saramago y donde me dije: «¿será esto lo que buscaba?». La de Bethnal Green, en el este de Londres, donde se congregaba cada mañana una mujer delgadísima, sin casa y casi sin cuerpo, que pedía los diarios para leerlos de día y cubrirse los huesos de noche. El último piso de la Biblioteca Pública de Buenos Aires, con su vista onírica al Río de la Plata y donde escribí el final de *La resta*, mi primera novela. La biblioteca del Instituto Latinoamericano de Berlín, a la que llegaba empapada en sudor y donde leí *La señorita Lara*, de Carlos Droguett, y escribí el primer párrafo de lo que años después sería *Limpia*. Y la Biblioteca Nacional de Chile, de la que salí con una nueva prescripción de anteojos tras pasarme meses en la sala de microfilms investigando para *Las homicidas*.

Cientos de libros, pienso —y me lamento ante este escritorio vacío —, los que leí en otros salones y que tienen para mí un estatus único: son míos —los poseo porque me poseyeron a mí— y, sin embargo, no lo son. Libros que me mantuvieron absorta, como ocurrió con *El sonido y la furia*, de William Faulkner, en cuyas páginas enterré la cara para luego alzar la vista, vuelta otra. «Escribir es mostrar la cara, leer es ocultarla», afirma categórico Alejandro Zambra y yo me pregunto si un verbo más preciso sería «transformarla». Porque así como ponemos una cara muy peculiar frente al espejo —esa que creemos la mejor, la más bella o seductora—, tenemos otra que se dibuja ante las páginas de un libro. Un rostro ido, o acaso yéndose, los músculos tensos, la boca rígida, los labios siguiendo la lectura muda y los párpados, esa piel

tan fina —la más fina del cuerpo—, recogidos para permitir el frenesí de imágenes que se ven sin ser vistas. «Un estudioso descubrió que los mejores lectores mantienen los ojos abiertos durante la lectura de toda una página», cuenta David McNeill, «y que al darle la vuelta sueltan una descarga de parpadeos». El silencio de las bibliotecas, anoto: ese alboroto de párpados; ese aleteo que se confunde con el rumor de las hojas al pasar.

Y siguiendo con el inventario —siempre incompleto, como el propio rostro, sobre todo el mío— recuerdo las bibliotecas privadas de cuyo orden o desorden soy la única culpable. «Si tuviera que señalar el hecho capital de mi vida, diría la biblioteca de mi padre», afirmó Borges, mientras que yo diría: la de mi madre. Esa misma madre que me acompaña en este viaje, que me leía a Rubén Darío cuando yo era niña y que le canta canciones inventadas a su única nieta. La misma que hace ya décadas me pidió que catalogara sus libros a cambio de un pago que no recuerdo y que en realidad fue la propia labor. No había leído yo entonces, a mis quince años, a Poniatowska ni a Fuentes, no tenía idea de quién era Anaïs Nin o Raúl Zurita, pero me divertía juntando o separándolos, abriendo y cerrando ejemplares polvorientos, leyendo frasecitas aquí y allá, y buscando como quien busca un tesoro —el secreto tesoro de la madre— esa línea verde y misteriosa con la que ella subrayaba sus lecturas. No se trataba de una línea horizontal bajo las palabras o las frases que mi madre quería recordar, sino de una fina raya vertical al costado de toda la página. Como si no pudiese escoger una sola oración o no fuese posible separar las letras de las palabras de las oraciones de los párrafos y tuviera que marcar hojas enteras, donde yo, como Narciso sobre el agua, buscaba el reflejo de mi cara en la

suya. La cara de esa madre —la mía—, que incumple el mandato de Le Breton: «envejecer es retirarse lentamente del propio rostro». Y el de mi madre, con los años, solo se ha vuelto más suyo: habitado a su vez por su propia madre y también por mí. Porque el rostro no es, como pretendemos, la marca incuestionable del individuo sino lo contrario. «El propio rostro contiene el rostro del otro», anotó E. H. Gombrich, porque cada gesto imitado a lo largo de las incontables cenas y almuerzos esculpe nuestros rasgos presentes y futuros. «Existo en la expresión facial del otro», precisa Merleau-Ponty. Y yo me pregunto entonces si de tanto reír con mi vieja risa y llorar con mi viejo llanto, un día no tan remoto retornaré a mi vieja cara. O acaso será la cara de mi madre la que haga su esperada aparición bajo mi piel.

Por mi buena fama en esa labor de improvisada bibliotecaria, que hasta incluyó un catálogo en riguroso orden alfabético, siguió otro trabajo similar, esta vez en las estanterías del escritor Antonio Skármeta. Nora, su esposa, confiando en mi sospechosa buena fama, me pagó un monto que sí recuerdo por ordenar los libros apilados en el suelo de un antiguo departamento en el centro de Santiago. Todo un verano me pasé desordenando y ordenando, espiando glosas y subrayados, para después cobrar mi inmerecido salario y comprarme un pasaje a Guatemala. Mi primer viaje sola —o acompañada por el único diario que he llevado en mi vida—, y donde arrancó, a partir del deseo o tal vez la urgencia de escribir, el guion de la que sí sería mi vida.

Pero vuelvo a la Biblioteca Británica, biblioteca entre bibliotecas, con más de 170 millones de elementos de consulta reales y virtuales, incluidos 15 millones de libros, más de 300 mil

manuscritos, el escritorio de Jane Austen y al menos tres curiosidades al interior de su edificio. La primera: un hospital de libros donde llegan de urgencia los accidentados a buscar una cura. La segunda: siete gigantescos depósitos de hielo que esperan su turno en el subterráneo en caso de fallar el aire acondicionado para así evitar que materiales tan frágiles como un monolito egipcio de tres mil años —y que, por cierto, debería estar en El Cairo— se puedan dañar. La tercera: la casi total ausencia de libros en sus paredes.

Ese: su gran defecto. Esconder sus tesoros bajo tierra, en sus cinco subterráneos londinenses y en el lejano depósito de Yorkshire. A simple vista: una biblioteca sin libros, con guardias que auscultan a sus usuarios al entrar o salir de las salas, y bolsitas transparentes para evitar el ingreso de sospechosas mochilas. Y es que ladrones de libros abundan en el hemisferio norte y en el sur. Esos especímenes que motivados por la necesidad de completar su propia colección —«siempre incompleta», dirá Benjamin—, o por la codicia de querer hacer suyo ese ejemplar irrepetible, o porque necesitan poseer o despojar, o por amor o por despecho, sacan oculto entre las páginas de un diario o dentro del táper del almuerzo o directamente en la mano, como la carta robada de Poe, ese libro que desde entonces otros cientos de lectores no podrán consultar. Y sí, mi tono es de juicio: nunca he robado un libro de una biblioteca y me parece especialmente descarado. Pero dos veces he comprado ejemplares robados de bibliotecas públicas. «Ladrón que roba a ladrón...», me dije al guardar *Ways of seeing*, de John Berger, y *La mirada del retrato*, de Jean-Luc Nancy, en esa colección sobre el rostro que promete ser el único retrato fidedigno de la cara que perdí.

Y así como hay bibliotecas cuyos libros se guardan tras puertas cerradas, otras hacen de la estantería abierta su política o poética ante el mundo. La Biblioteca de la Universidad de Nueva York, por ejemplo, en cuyo octavo piso, con vista a las copas de los árboles de Washington Square, nos dábamos cita las lectoras de literatura latinoamericana y una que otra aspirante a escritora. Recuerdo muy bien una noche: la nieve se sostenía apenas sobre esas ramas y comenzaba a llover. Yo recorría el pasillo de narrativa, mi dedo rozaba nombres y apellidos conocidos y desconocidos, cuando me topé de golpe, cara-a-cara, con mi amigo Giuseppe Caputo. Y cómo nos miramos él y yo: con cierta extrañeza, perplejos, como si nos hubiésemos encontrado en un recoveco de su cabeza o de la mía o despertáramos de golpe de un sueño hondo y compartido. Porque una biblioteca es también un laberinto del propio cerebro. Con caminos recorridos y vueltos a recorrer en busca de la palabra perdida. Un laberinto como el del suelo de ese mismo edificio, de formas geométricas blancas y negras, y que generaba un efecto narcótico en algunos estudiantes. Porque así como en Santiago la desesperación encontraba su sitio predilecto en un centro comercial del que se lanzaban hombres y mujeres en primavera, esa biblioteca neoyorkina se transformó en el lugar escogido por esos suicidas de precoz desolación, que no encontraban su reflejo en las estanterías ni conseguían distinguir si esos recuadros blanquinegros de la planta baja eran escalones que subían o se hundían en el fondo de sus propias cabezas.

Morir en una biblioteca, pienso y me parece una muerte excesivamente pública y demasiado estruendosa en un lugar dominado por el silencio. Aunque el silencio de una biblioteca, me

corrijo, es un tejido de otros sonidos: el contacto de las yemas de los dedos al pasar cada página, los suspiros de asombro o de cansancio, los bostezos, las carcajadas, los murmullos y hasta ronquidos que acompañan el golpeteo de las teclas. Entonces, el estruendo. El final de una vida. «La muerte es la máscara absoluta», dice Gaston Bachelard, aunque tal vez sea lo contrario: quitarse la máscara que nos cubría. Y tras ese estruendo, el estupor. Y tras el estupor, una pregunta: si acaso esos estudiantes, ahora espectros —rostro puro—, rondarán para siempre en los salones de esa biblioteca y ojearán por las noches los ejemplares de los libros más polvorientos para devolverles la vida. Porque, ¿qué es un libro sin lectores? ¿Está vivo? ¿Es? ¿O pasa a ser un objeto más: un jarrón, una piedra?

Y no hablo de los libros que acumulan polvo en la estantería de mi casa, porque sabido es que la propia biblioteca es apenas un deseo: el retrato improbable de quien quisiéramos ser algún día. Hablo de libros realmente perdidos, trasladados por error de lugar u olvidados por este tiempo a la espera del suyo. Un estatus extraño —el del libro que está pero no está—, y que me hace recordar mi antiguo rostro —ese que temo encontrar algunas noches cuando me asomo al espejo—, los libros de esta biblioteca boicoteada, y también mi pánico a perder los míos cuando me fui de Inglaterra.

Empacábamos nuestros libros en cajas de cartón, cuando de pronto P. y yo nos miramos aterrorizadas. Viajarían por mar, en un carguero. Navegarían de Inglaterra a Chile. Atravesarían el Atlántico, el golfo de Penas, bordearían medio continente hasta recalar en el puerto de San Antonio. O tal vez no lo lograrían. Un tsunami, un tornado, un nuevo Triángulo de las Bermudas. Decenas de cajas de

libros sumergidas en el fondo del mar. Los corales, los peces, los caballitos de mar: sus nuevos lectores. O tal vez verdaderos piratas, no como los del ciberataque, asaltarían el buque para armar una insólita biblioteca en esa carabela que también acabaría hundida. No. Por ningún motivo. No lo podíamos permitir. Desempacamos y empezamos de nuevo. Dentro de las cajas, una bolsa. Dentro de la bolsa, otra. Solo entonces, envueltos en sus ridículos salvavidas, nuestros cientos de libros prestos para la aventura. O más bien los suyos y los míos, debidamente separados. «Austria. A». «Alemania. P». Porque a diferencia de otras parejas que unen sus libros en una promesa de infinito algo aterradora, nunca juntamos los nuestros. P. leyó los míos y yo los suyos, muchos fueron de las dos, con dos subrayados que a veces se encontraban en algo parecido a un abrazo. Pero nunca el orden de nuestra estantería implicó entrelazar sus argentinas y mis argentinas, sus poemas y mis poemas, su espejo y el mío. Juntas pero no revueltas, y cada una con su orden. Los míos divididos por género —poesía, ficción, no ficción y una zona inmensa de inclasificables—, luego por nacionalidad y con bastantes errores. Los suyos más prolijos y ordenados por país, por época y dentro de la época, por afinidad: Jane Bowles y Jean Rhys, Vita Sackville-West y Virginia Woolf. Un orden más comprensible que el de la Biblioteca Británica, cuyo catálogo perdido no recurría ni al alfabeto ni a la nacionalidad ni al idioma ni al género ni a la afinidad ni al famoso Sistema Decimal de Dewey, sino a una combinación excéntrica del tamaño del ejemplar, su idioma y si se trataba de un libro de nicho o era solicitado con frecuencia. Por este (des)criterio es que los ciber-piratas dieron en su punto más débil: al lado de un libro de fútbol americano podía estar otro de los pájaros de Mongolia

y un poco más allá el libro de las caras de Rilke, enseguida una rareza escrita en arameo y un poemario de Mistral.

Pero me he desviado una vez más, no solo de ese rostro tan esquivo —el *original*, anoto, incómoda ante la idea de mi propio rostro adulterado—, sino hacia colecciones propias y ajenas, acaso con la esperanza de que el destino de la mía sea integrar otra biblioteca. Que los libros que conforman esa pared —donde está escondido mi futuro rostro— sigan vivos cuando yo muera. Y que tal vez le cambien la vida a alguna mujer —mi hija— que vea en ellos la posibilidad de un reflejo amable, un hogar. La antítesis de la historia de Cristina Peri Rossi, cuyo tío, machista y gran lector, le preguntó si acaso ya había leído todos los ejemplares de su inmensa biblioteca. «Sí», dijo Peri Rossi probablemente con orgullo. «¿Y cuántas mujeres hay?», interrogó el tío con ironía. Ella respondió que tres: la antología poética de Alfonsina Storni, otra de Sylvia Plath y un libro de Virginia Woolf. «¿Y leíste cómo murieron esas tres mujeres?», remató. «Las mujeres no escriben y cuando escriben se suicidan», le dijo. Pero Cristina Peri Rossi desafió la admonición.

Y de pronto, más entusiasmada con esta crónica que con los rostros que debían poblar mi manuscrito, pierdo la cuenta. De los días que llevo investigando —o perdiendo el tiempo— en la Biblioteca Británica, del número de negativas de la funcionaria de Rare Books y de las veces que he pensado de mí misma: caradura. Porque ya intuía yo, mucho antes de viajar a Inglaterra, que desviaría el rumbo de ese libro. Algo había cambiado en mi escritura, en mi propia cara y en mi deseo. Porque aunque se puede elegir lo que se escribe, el material debe aceptar y mi viejo rostro —ese que tal vez siguió su rumbo sin mí, que quizás huyó en plena cirugía y

vive una vida paralela a la mía— se niega a doblegarse en la escritura. O porque tengo más miedo que deseo y sé que si lo encuentro, si nos volvemos a ver, ella o yo nos quedaremos sin reflejo. Y entonces una de nosotras deberá morir. Ella, es decir: yo. O admitiré al fin esa verdad enterrada en su cuerpo y el mío: que solo una es real y la otra es espectro. «No quiero más fotografías de esa cara / Que no es la misma cara que estaba adentro de una cuchara / Ni en el vidrio, ni en el cuchillo, ni en el aljibe / Ni siquiera en el espejo», escribe Silvina Ocampo sobre la cara apócrifa. Y pienso entonces que el único vestigio de mi arqueología de los gestos, de esa recolección de arrugas y miradas, de esa búsqueda fallida, será un centenar de libros subrayados, este texto sobre el camino fallido y un rostro impropio y varios años más viejo.

En mi último día en la biblioteca, sin un solo hallazgo para mi proyecto y con el retorno a Chile a la vuelta de la esquina, hago un intento final. Relleno la tarjetita blanca con el código, el nombre y el apellido de la autora que busco y se la paso al funcionario de turno. «You are lucky», me dice unos minutos después: el libro acaba de ser devuelto por una usuaria. Luego alza la vista, me mira fijo y dice: «muy parecida a ti». Sonrío o más bien mi cara rememora la mueca de una sonrisa mientras una inquietud subterránea se esparce bajo mi piel y borronea el gesto. La expresión del bibliotecario, su repentina suspicacia, me causan un escalofrío. «¿Segura de que no acabas de devolver este mismo libro?», dice y me parece que la palabra «mismo» resonara en el salón como un campanazo que desplaza mis latidos.

Frunzo el ceño, trago saliva y agito la cabeza. «No».

Él, entonces, arquea las cejas, se encoje de hombros y se convence a sí mismo de que debe ser un error. «En realidad no era tan parecida», murmura. «Algo mayor», dice, mientras otra frase de Jorge Barón Biza retorna como una amenaza: «¿Cuántas veces vuelve una cara? ¿Cuántas veces vuelven muchas caras? ¿Cuántos niveles de cara soporta la memoria?».

El muchacho toma ese libro, el que acaba de ser devuelto, y se fija en el nombre y el apellido de la usuaria anterior. Luego revisa mi tarjeta: mi propio nombre y mi apellido, y lo veo tragar saliva como quien se traga un puñado de tierra. «No es gracioso», susurra al cotejar esa letra y la mía, y a falta de otras palabras, repite: «no es gracioso, no es gracioso». Y tiene razón.

El libro queda abandonado sobre el mesón. No alcanzo a arrancárselo de las manos ni a comprobar yo misma la caligrafía. Asustada y nerviosa, me giro. Y unos metros más allá la veo. El mismo pelo corto, los mismos hombros levemente alzados, el mismo modo de caminar: algo torpe y apurada, como si alguien la persiguiera desde el futuro.

Doy unos pasos para interceptarla mientras me digo: no puede ser. Y estoy por rozarle el hombro cuando me detengo a sus espaldas. También ella se detiene. La boca seca, su boca, mi boca: un desierto. La sangre enloquecida bajo la piel. Está a punto de girarse. De verme cara a cara. He dejado de respirar. Ella respira por mí. El giro entonces es abrupto, algo violento, inesperado. Me encara. Ahí está. O ahí estoy. No lo sé. De eso nunca estaré segura.

La última palabra

El juego empieza cuando el círculo se cierra. Cuando cada uno escoge una silla y la arrastra a su nuevo lugar. Algunas se caen, las patas chirrían contra el piso, la profesora exige silencio. Los niños tienen siete años y esas sillas son demasiado grandes para ellos. En un tiempo sí llenarán la horma, pero sus pies, esta mañana, apenas rozan el suelo.

Con un aplauso la profesora anuncia que está por comenzar. Las voces se apagan, la esperan ansiosos. Son treinta niños en un círculo perfecto. Treinta niños que oyen las reglas con atención. La primera: escuchar. La segunda: repetir. Es un juego muy sencillo.

Los niños asienten, están preparados. La profesora también está lista. Carraspea, se humedece los labios y alza la mirada al techo. Parece buscar la palabra allá arriba, entre muchas, entre todas, y cuando finalmente la encuentra, sonríe. El juego se inicia una vez más.

La profesora inclina su cabeza para acercarse al niño que está a su derecha. Él será el primero en escuchar la palabra. El primero en

repetirla. Le seguirá otro y otro y otro más, hasta llegar al final.

Los círculos, supuestamente, no tienen un final. Son infinitos, excepto este. Este círculo tiene un principio, un medio y al final hay una niña. Está a la izquierda de la profesora. Se muerde constantemente las uñas. Ha decidido dejar de hablar. Pero ella, no otra, será la encargada de pronunciar la palabra secreta. Es la última niña. Y esa niña soy yo.

Se mueve hacia delante para ver el espacio entre la profesora y el primero. Esos pocos centímetros entre la boca y el oído, esa zona vacía que las letras colmarán en un momento. El recorrido es simple, circular: boca, oído, boca. Un murmullo crece en la sala. Todos quieren oír la palabra, conocerla de una vez. La niña intenta leer en los labios alguna letra que le dé una pista. A veces cree verla en el vapor que brota del interior de las bocas. Esta mañana hubo otra helada. El pasto amaneció blanco y crujiente y las sillas muy frías. La profesora intentó encender la estufa pero no lo consiguió. Dijo que estaba mala, que pronto la arreglarían. Pero Pablo, que se sienta al lado de la niña, dice que es mentira. Que muy pronto se les congelarán los dedos y se desprenderán de sus manos.

Pablo tiene la camisa sucia, las uñas negras, el pelo al ras y comparte su mesa con la última niña. A ella no le gusta ese lugar, no le gusta el polvo de la tiza, tampoco Pablo, ni los gritos, ni el frío que

asoma blanco por las bocas. El juego, en cambio, sí le gusta. Escuchar y repetir. Hablar. Qué tan difícil puede ser.

La profesora la forzó a sentarse junto a Pablo el primer día de clases. Ella estaba al fondo de la sala cuando escuchó su apellido. La voz le ordenó que juntara sus cosas, que caminara rápido al frente. Y la niña acogió ese castigo como si en verdad lo mereciera. Abandonó su puesto en silencio y se sentó en primera fila. Allí recibió los puntapiés en las canillas, los tirones de pelo cada mañana. Una niña tranquila será una buena influencia, decretó la voz. Aquietará a ese niño distraído, al niño problema.

Pero nada tranquilizará a ese niño. El tiempo lo volverá aún más robusto, su voz más grave y estridente. Cada año ocupará un poco más de espacio en el mundo. A los diez será mucho más fuerte que a los nueve. A los once mucho más alto que a los diez. A los quince entenderá que puede romper de un puñetazo una nariz. A los veinte comprobará que puede romper mucho más que eso. Y a los treinta, finalmente, se romperá a sí mismo. El choque dejará sin luz a tres cuadras completas. Pero al fin, esa noche, Pablo se calmará.

La niña tiene esos pensamientos con frecuencia. Narices rotas. Largas agonías. Futuros donde cada persona recibe exactamente lo que merece. Pablo, por ejemplo, merece crecer, chocar y que su cuerpo se quiebre como una rama. Y también ella merece morir.

Pablo se lo repite todo el tiempo. Que vaya pensando en su causa de muerte. Congelada, sugiere él. Ahogada en el fondo del mar. De un pelotazo en la cabeza. Le dice que lo decida cuanto antes: es muy importante cómo morir.

La palabra sigue su recorrido. Ya ha pasado por diez bocas y falta menos, mucho menos, para que alcance la suya. Siente su saliva espesarse, volverse ácida y tibia. Pablo, mientras tanto, se mueve sin parar. La profesora le ordena que se calme pero sabe que es inútil. También es inútil la pastilla que le dan por las mañanas. Se llama Ritalín y adormece las yemas de los dedos. Pablo finge tragársela pero después se la pasa, humedecida, por debajo de la mesa. No digas nada, le advierte, mientras la niña la introduce en su boca. La pastilla se desvanece sobre su lengua y ella espera desaparecer, pero solo siente un hormigueo y una tristeza que se esparce. Y con la tristeza la asaltan esas ideas extrañas. Ideas como que Pablo, en el futuro, estrellará sus dientes contra un parabrisas. O que el cuerpo, por dentro, no tiene sombra ni luz. O que un día despertará y todos habrán enmudecido.

Es curioso este juego. Sin ganadores ni perdedores. El único objetivo es mantener la palabra intacta. Comprobar que las letras no se desgastan, que su paso por las bocas no las transforma. Cada mañana el curso escoge un juego diferente. Para que nos conozcamos, dice la profesora. Para que nos hagamos amigos. Ya han jugado a las escondidas y a la silla musical. Y la niña está

convencida de que han elegido ese juego para ella. La profesora insistió en que fuera la última, en que ella se sentara a su izquierda. Y ahí está, la última niña, paralizada por la sola idea de hablar.

Quisiera irse lejos, afuera. Salir de esa sala, de sí misma. Le gusta jugar, pero detesta que los otros se pasen la palabra por la boca. Se pregunta cuál de todas puede ser: lámpara, humedad, cemento. Algo que la profesora vio allá arriba, cuando alzó la vista y sonrió. O quizá la palabra secreta sea escarcha, eso debe ser. Mal que mal se tiñe de blanco cada vez que sale de una boca. Oído, boca, oído, boca. Ya ha recorrido la mitad de la sala.

A su lado, Pablo se rasca la cabeza, silba y se sacude en pequeños espasmos. Es tartamudo por la misma razón. La agitación de sus brazos y piernas causa el respingo de las letras. Go-go-gorda, le dice. Pu-pu-puta. Todos los cuadernos de la niña tienen borrones por su culpa. Mensajes que Pablo le envía sin necesidad de tocar el lápiz. Zarandea su pierna y causa un temblor en el pupitre que comparten. El niño y la niña. El tonto y la lista. El bruto y la muda. Así le dicen a ella, la muda. Pero en su mente, en silencio, habla todo el tiempo. A veces, incluso, mueve los labios sin querer. Contesta, pregunta, es un diálogo sin fin. Entonces Pablo se acerca, le da un golpe con el codo y dice: con quién hablas, to-to-tonta. Con quién peleas, ra-ra-rara. Ella no contesta en voz alta, prefiere no escuchar su propia voz.

Ya van veinte niños. Falta cada vez menos y Pablo se agita más y más. Está a su izquierda en el círculo y se balancea hasta casi perder el equilibrio. A la niña le asusta ese vaivén. Imagina que la silla colapsa y se oye un golpe. Paf. Entonces, sobre el suelo, se dibuja un charco de sangre que crece y crece hasta rozar las puntas de sus zapatos. La palabra, mientras tanto, avanza como si hubiera perdido letras y ahora fuese mucho más corta: techo, nube, niña, muda. Los que ya la escucharon no aguantan más. Conversan, se distraen, pero Pablo es el peor. Pablo larga gritos y gruñidos para que nadie pueda oír la palabra verdadera. Para así arruinar el juego.

Faltan siete, seis. El murmullo se transforma en ruido y luego en estruendo. La profesora pierde la paciencia. Se gira, se dirige a Pablo y le advierte que si no se calla de inmediato lo va a castigar. Sin recreo, dice. Sin almuerzo. Sin amigos. Sin pastilla. Sin. Todavía no entiende que Pablo no puede parar. No sabe parar. La niña, en tanto, sabe que morirá. Se lo anunció Pablo al oído. Que una de estas noches, de tanto estar callada, ya no podrá salir de ahí. Se quedará encerrada en una tumba oscura para siempre. Y para prepararse, porque es preciso estar preparada, la niña juega el juego de morirse. En el medio del alboroto cierra los ojos, aprieta los dientes y aguanta la respiración. Lo que no suena no existe, se repite entonces. Lo que no suena no está. Pero luego oye su propio latido y vuelve a respirar.

La palabra continúa su rumbo, ya falta muy poco. Cinco bocas, cuatro, tres. Se oyen grititos ahogados, impacientes. La niña sabe que no hay vuelta atrás. Faltan solo dos y Pablo ya no puede contenerse. Reclina su cuerpo sobre la silla, la alza hasta apoyarse sobre las patas traseras y se deja caer hacia delante. La palabra lo alcanza en ese momento. Entra por su oído y se queda atascada. Él frunce el ceño, se muerde el labio, piensa. Este no es un juego de pensar. Escuchar y repetir, eso es todo lo que Pablo debe hacer y no lo hace. Los otros niños lo apuran. Incluso la profesora lo apura. Le gritan que siga, que la diga de una vez. La niña también quiere gritar. Gritar más fuerte que nadie. Lo intenta, por qué no. Hincha su pecho, separa los labios pero las otras voces se le meten dentro y ese grito ajeno la estremece.

Pablo tiene la palabra y sonríe. Una mueca falsa, que a la niña le causa estupor. El miedo le seca la boca, la sobresalta. Se siente más alerta que nunca. Viva, eso es. Tal vez ese juego es una excusa. Para que no sientan el frío endureciendo sus manos. Las uñas azules, los dedos mutilados. Ese pensamiento la distrae. Siente todavía más terror. Y Pablo, como si supiera, aprovecha esa distracción. Inclina su cabeza a la derecha, forma un túnel con sus manos y se acerca a su oído. La palabra se desprende de sus labios y al fin alcanza a la niña. Ella la entiende con absoluta, con total claridad. Un golpe de calor trepa desde su pecho hasta su cara. Como si esa palabra se volviera fuego en su cuerpo. Como si en el medio de esa sala, la niña ardiera.

A su alrededor escucha gritos. Que la diga, que la diga. Ella es una niña obediente. Conoce las reglas del juego. La primera: escuchar. La segunda: repetir. Sus labios se mueven, no puede evitarlo. Pronuncian sin sonido la palabra que ha escuchado: . Y la repite dos veces, como si ensayara: , . Entonces siente un golpe en la nuca. Es Pablo, los ojos le brillan, la vuelve a golpear. Sabe que solo él y ella comparten la palabra. Esa palabra vergonzosa que ella debe revelar. El juego lo ordena. Los gritos lo ordenan. Y ella es una niña que hace lo que se le ordena.

Sin pensarlo, se pone de pie, da dos pasos y se detiene en el centro del círculo. Siente la garganta agarrotada, las palmas húmedas, la boca amarga. Los niños a su alrededor guardan silencio. No recordaban a esa niña, pero de pronto todos la ven. Tiene las manos empuñadas, el pelo atado en dos trenzas, los zapatos sin lustrar y el corazón enloquecido. Y tiene, además, los párpados cerrados. No ver para no ser vista; si tan solo fuera así de simple. Nadie se atreve a interrumpirla. Todos quieren oír la palabra que esa niña ha escuchado, la que ahora debe repetir. Ella traga, toma aire, y se fuerza a abrir los ojos. Ve que la estufa está apagada. Afuera cae una llovizna. No sabe qué hacer así que alza la vista. El techo es blanco, vacío, y ese vacío le da su respuesta. Es tan sencillo, tan simple mentir. Basta cambiar un nombre, una sola palabra.

La niña duda, lo piensa, pero en cuanto separa los labios ya no puede atajar su voz. Es como los cuerpos en el agua. Cuando se dan

impulso, cuando se zambullen, ya no es posible detenerlos. Y ya no es posible recobrar la palabra que ha salido de su boca. Suena como si no fuera suya, como si naciera otra voz. Los niños la escuchan atentos y tras un titubeo estalla la risa. Las carcajadas parecen aullidos. Ya nadie la mira. Todos, también ella, clavan sus ojos en Pablo. Y todos, en un coro, repiten la última palabra: Ritalín. La niña respira. Lo ve. La pastilla al fin surte efecto.

II

Detonar el silencio

Entrar al ruido

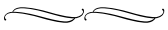
A mi abuela,
Alia Chelech Brac

El mar oxida la lengua de los que viajan. Primero una vocal, dos o tres sílabas desintegradas. Después palabras, oraciones, párrafos completos. Así se destruyó la lengua materna de mi abuela. Fue culpa del mar. De haber estado en el vientre de su propia madre mientras cruzaba el océano desde Damasco. Los imagino en un estrecho camarote. Ali y Fodda, mis bisabuelos, los dos últimos de la familia en hablar árabe. Están sentados sobre una litera, nerviosos, quizás mareados por el continuo vaivén. Intentan memorizar las nuevas palabras, las que parecen más sencillas. El parecido es asombroso. Como el de dos parientes lejanos que se reconocen y se abrazan: *kamis*, *gitara*, *móseka*. Camisa. Guitarra. Música. Fantasmas que anidan en la lengua nueva y la habitan con sus ecos: alarido, ojalá, alevosía.

No nos quedan más que restos, ahora. Palabras llenas de espinas que nos arrojamos a la cara en la sobremesa, después de comer hojitas de parra y berenjenas: *sharmutah*, *la*, *habibti*, *jara*, *massari*, *oscot*. Puta. No. Cariño. Mierda. Dinero. Cállate.

Fodda y Ali abrieron un negocio en Puerto Montt. Minúsculo, humedecido y tapizado de cosas: papeles, cigarros, dedales, calzones. La tienda vecina pertenecía a un matrimonio de chilenos. He olvidado sus nombres. Mirta y Eusebio, tal vez. Dos nombres viejos, en extinción. Pero ellos no son viejos todavía. Mirta tiene cuarenta años, la cara afilada y unos labios tan delgados que parecen hundirse en su propia cara. Su marido, Eusebio, usa bigote, sombrero y bastón. Con los turcos se intercambian miradas y sencillo, nada más. Porque les decían turcos, a mis bisabuelos. Aunque fueran sirios. Aunque repitieran hasta el hartazgo que los turcos no son árabes. Ellos eran y serían para siempre los turcos de la calle Varas.

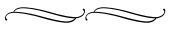
Nosotros, los que quedamos, conocemos bien esa palabra: su gatillo. Si alguna vez un niño me decía turca, turquita, si alguien me empujaba y me gritaba turca de mierda, debía defenderme como pudiera. Piedras, arañazos, combos, patadas. Todo valía. No sé de dónde brotaba la rabia. Tanta rabia ahí dentro. O tal vez lo sepa. El resentimiento, casi siempre, se salta una generación. A veces dos.



A Fodda, mi bisabuela, no la conocí. De ella no he visto más que una fotografía en blanco y negro: lleva un traje de dos piezas, falda y chaqueta, una pequeña cartera colgada de su hombro y el ceño severo y fruncido. Mira directamente hacia la cámara, como una extraña aparición. A veces me pregunto si habrá sido feliz esa mujer y no tengo respuesta. Sé que usaba el turbante que lleva puesto en esa foto y poco más. Que al levantarse por la mañana tardaba en

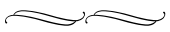
salir de su habitación porque debía recoger su pelo, atarlo en la cima y desplegar el género desde su frente hasta su nuca, una y otra vez, hasta envolver su melena a la usanza siria de aquellos años. La tela eleva su cara en esa imagen. La suspende bajo una corona sedosa y plateada. Los dobleces perfectos, tensos, una aureola luminosa dentro de ese recuadro que amenaza con desaparecer.

Una pareja de musulmanes en Puerto Montt hace casi un siglo. Él: alto, callado y barbudo. O no. Bajo y risueño, sin rasgos definidos. Mi bisabuelo no aparece en esa fotografía, así que toda mi atención converge en ella, en su expresión desafiante, en sus ojos casi negros, entrenados para encontrar lo que se esconde. La deben haber asediado en la calle. Los transeúntes, esclavos de sus propios ojos, incapaces de mirar al suelo y callarse ante semejante aparición. La persigue un ruido infernal, idéntico al del día de su llegada. Ese griterío que explotó cuando recalaron en el puerto y descendieron incrédulos por la rampa de madera. Un alboroto de erres y olas y jotas entremezcladas con graznidos. Esto es llegar, debe haber pensado mi bisabuela esa primera tarde: entrar al ruido. Aprender de nuevo a oír. A hablar. A contar. *Barco. Damasco. 1927*. Y el mismo sonido, un idéntico rumor, estalla a cada paso de esa mujer morena, de turbante, la que vende bagatelas en Puerto Montt.



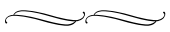
Mi abuela, en cambio, vendía trajes de fiesta. Yo la visitaba por las tardes, en verano, después de ir al colegio. Siempre es verano en mi recuerdo. Se amontonan las gotitas de sudor sobre sus labios y ella las seca con un pañuelo de papel. Un pañuelo arrugado, teñido de

rouge, que luego esconde entre los dobleces de su ropa. Mi día favorito. Espiar por debajo del probador los pies descalzos de sus clientas. Calcular los vueltos, contar monedas y lentejuelas. Ella podía quedarse ahí toda la tarde, todas las tardes de su vida. Mi abuela Alia, atrincherada tras el mostrador. La alfombra desteñida bajo sus zapatos y ella inclinada hacia delante para sostener el peso de su cuerpo, el peso de su madre, el de su abuela, todas juntas apoyadas en su antebrazo. Lo llamaba «codo de mostrador» o «brazo de mostrador», he olvidado el nombre exacto. Una mancha oscura y áspera que trepaba desde su muñeca hasta su codo. A veces pienso en esa sombra con la forma misteriosa de una isla. Y siento el deseo de quedarme de pie durante semanas y apoyar mi brazo sobre esta mesa hasta que nazca, por fin, la marca de mi abuela sobre mi piel.



Nunca me habló de su madre. Mi abuela Alia no me habló de esa llegada a Chile, ni del primer negocio, ni del idioma en el que hablaban cuando se sentaban a cenar. Tampoco me contó la historia del turbante. No describió su textura ni su color. Ignoro si rezaban juntas por las noches. Qué comían. Cómo llamaban a eso que comían. Si acaso almorzaban los domingos con otros paisanos del sur. No sé por qué no le enseñaron árabe o por qué ella se negó a aprenderlo, aunque tengo mis sospechas. Pero una noche, en las noticias, empezó un reportaje sobre la guerra en Damasco. Y mi abuela Alia cerró los ojos, se llevó las manos a la cara y del interior de su cuerpo brotó un ruido, un quejido muy remoto. No dijo

absolutamente nada. Tampoco yo. Nuestro silencio, entendí, era un retazo del silencio de sus padres.

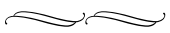


«El que vuelve a Siria vuelve a morir».

Son palabras de mi bisabuela, repetidas por mi abuela y por mi madre. Una promesa, tal vez. O una amenaza. Morir dos veces. Volver y morir.

Quizás Fodda lo dijo para herir a la nostalgia. Para poder rendirse a la lluvia del sur, a esa comida sin sabor, al castellano que la apartaba irremediablemente de su hija nacida en Chile. Acaso lo dijo en defensa propia.

Cincuenta años después, llena de dudas, mi abuela viajó desde Chile hasta el Líbano. En un bus se trasladó hasta la frontera con Siria y desde ahí, en altura, contempló la tierra de su madre. Forzó los ojos, se inclinó hacia delante y pestañeó varias veces, como si eso le permitiera ver más allá de su temor. No se movió de ahí. Nunca cruzó esa línea imaginaria. Sin pensarlo demasiado, movida por esa vieja advertencia, mi abuela Alia retrocedió un paso y nunca, jamás, volvió.



Recibo un mensaje de voz en el teléfono. Mi madre, dieciséis segundos y una instrucción: «escucha».

Play. Una voz vagamente familiar pero más grave. Un murmullo que parece torcerse para pronunciar esas letras que se raspan entre

sí, que laboriosamente se enlazan y se sueltan. No puede ser, pienso. Y repito la grabación. No habla castellano, esa voz. Es el tono incierto, apenas quebrado, de una mujer que conozco y está triste. Aunque no entienda las palabras, reconozco la tristeza al fondo de esa voz.

Recibo otro mensaje: «¿Te parece que puede ser tu abuela?». Entonces escucho de nuevo, más atenta, y asoma un recuerdo. Vuelvo a Puerto Montt, al rugido del temporal en una noche interminable. Bajo las frazadas de lana, con mi cuerpo pegado al camisón tibio de mi abuela, la escucho rezar. Palabras que caen entre las gotas: salve, mujeres, amén, y otras que no puedo, que nunca pude descifrar.

Aprieto *play* una última vez. Es una plegaria, en árabe. Mi abuela Alia en la lengua derruida. La imagino espiando a su madre desde la puerta entreabierta. Una niña de ojos grandes que contempla, embelesada, a esa mujer severa y hermosa que murmura palabras en árabe mientras envuelve su cabeza en un pañuelo. Madre e hija se encuentran al fin en la misma lengua. Es una cita secreta, largamente anhelada. «Es ella», contesto. Mi abuela desentierra su otra voz dos semanas antes de morir.

Se turnaban para atender el nuevo negocio. Fodda trabajaba por las mañanas, cuando atracaban los barcos de los marinos extranjeros. Ellos preferían a las mujeres y por eso Fodda vendía mucho más. En

las tardes, en cambio, iban los pescadores chilenos a buscar vino y cigarrillos. Y elegían al turco de la calle Varas porque algunas veces les fiaba. En ocasiones, repetía él, un sacrificio es necesario.

Ali estaba solo esa tarde, esperando la subida del mar. Y llovía. Porque siempre llueve en Puerto Montt, también esa tarde llovía. Es entonces cuando aparece Mirta, la chilena, bajo el umbral de la puerta del negocio. Y desde ahí, sin moverse, sonríe. Se esconde tras una sonrisa mientras acomoda las palabras que soltará después. Oraciones fáciles, cortas, para que el turco entienda. Porque todavía no habla bien el castellano, imagínate, cómo puede ser, le ha dicho a Eusebio.

Mirta se queda como una estatua examinando al turco de arriba abajo. Su ropa demasiado oscura, su barba larga y tupida. No llega a mirarlo a los ojos. Antes, mucho antes, dispara. Le dice a Ali que la Valentina, su niña linda, la mayor, se casa por fin. Un ma-tri-mo-nio, exclama, separando las sílabas mientras indica con un gesto su propio dedo anular. Será el evento social del año, viajará gente desde Santiago, el novio es capitalino, dice, apuntando hacia arriba, hacia el norte, y lleva meses preparando la gran fiesta.

Ali no se mueve del mostrador. Desde ahí la escucha con impaciencia, con tedio, con desconfianza. Y tarda en encontrar las palabras adecuadas. Las considera, duda, las ensaya en su mente. Al cabo de un rato respira hondo y le ofrece a Mirta sus bendiciones. Que sea un matrimonio fecundo y feliz, debe haber dicho, lleno de amargura.

Sabía de esa fiesta hacía semanas. Los vecinos rumoreaban que la familia había arrendado el club naval, nada menos que el salón de honor, y que to-do-el-mun-do estaba invitado. Los croatas del

mercado ya habían escogido sus trajes y vestidos. También los italianos de la calle Prat. Pero no. A ellos, seguramente, no los invitarían. Ali había intercambiado uno que otro saludo con Eusebio, y Mirta reconocía a Fodda con un breve ademán cuando se cruzaban caminando por la calle. Pero Mirta la observaba demasiado tiempo, demasiado fijo. Esa mirada que Ali había descubierto tantas veces sin decir nada. No los invitarían. Imposible, improbable, debe haber pensado aunque aún no conociera esas palabras. Una invitación en persona era absurda.

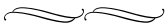
Se acercó a la puerta, malhumorado, y le preguntó a Mirta si acaso se le ofrecía algo del negocio, si la señora necesitaba comprar alguna cosa, cigarrillos, vino, dedales, o si solo pasaba a saludar.

Mirta avanzó hasta encontrarse a un solo paso de mi bisabuelo. Esta vez, sí lo miró. Contempló ese rostro que yo no puedo recordar, esa cara sin cara, sin registro, y extendió su mano hacia él. Un sobre blanquísimo descansaba sobre su palma. Están invitados, dijo entonces frunciendo la boca y escondiendo unos dientes pequeños y separados.

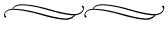
Ali arqueó las cejas o la miró con sospecha o tragó una bocanada de aire frío o hizo algún otro gesto que me permite a mí, ahora, evitar la palabra desconcierto. Sin embargo, debe haber sido desconcierto. Combinado con alegría. Y una pizca de incredulidad. Su primera invitación de unos chilenos. Era importante. Decisiva.

Ali asintió, feliz. O dijo: iremos encantados. O: el placer será nuestro. Ignoro cómo habrá sido su castellano para entonces. Tal vez dijo *shukran*, hizo una breve reverencia y se imaginó a sí mismo regresando a su casa y contándole a Fodda la novedad: adivina quién entró al negocio, *habibti*, hay que comprar un lindo vestido, un

regalo inolvidable, esta es una buena señal. Pero Mirta, calculando sus pausas, le sonrió una vez más. Y detrás de esos dientes blancos, desde el barranco de esa boca, asomaron sus palabras. Por supuesto, usted está invitado con su esposa, dijo acomodando los silencios. Pero háganos un favor, ¿quiere? Dígale que se saque el trapo ese de la cabeza.



La historia pasa de mi bisabuela a mi abuela, a mi madre, a mí. Y pierde nombres, colores, apellidos, hasta dejarme no más que unas pocas palabras, un turbante y esa foto: Fodda, en blanco y negro, como una lejana admonición. No es la primera vez que escucho el relato. Mi madre me lo repite cada cierto tiempo, para asegurarse. Para impedir que nos perdamos en el ruido. Mi madre, jamás mi abuela. Esta historia, para ella, se extinguió con la lengua muerta. Yo me esfuerzo en retener el orden y algunos datos esenciales. Si acaso llovía, cuánto llovía, la textura exacta de la tela, qué vendían en el negocio. Sé cuál es mi tarea. Recolectar las sílabas oxidadas. Y un día, tal vez hoy, abrir el último cajón.



Ali no dijo nada esa tarde al llegar a su casa. No supo qué decir. Tal vez pensó en empujar el sobre por la ranura de la puerta. O dejarlo en el negocio, casualmente apoyado sobre el mostrador. Sorprenderla, eso es. O quizás no. Mejor no decir nada.

Por la noche, él y Fodda comieron juntos, frente a frente. Siempre comentaban quién había entrado al negocio en cada turno, qué habían vendido, qué tocaba reponer. Pero esta vez, un poco inquietos, vagamente tristes, solo hablaron de la interminable lluvia contra el ventanal.

Se acostaron pasadas las diez, sin novedades. Y se abrazaron de lado, como cada noche, para dormir. Él fingió que dormía. Ella fingió creerle. Mirta había entrado al negocio muy temprano esa mañana. Ya había escudriñado a Fodda de arriba abajo. Ya le había extendido personalmente la invitación.

Las frazadas de lana le pesan sobre las piernas. Huelen a encierro, a humedad. Huelen a lluvia. Fodda no consigue dormir. Ni siquiera distingue si tiene los párpados abiertos o cerrados. La oscuridad es menos real que la insistencia de las gotas sobre el techo, que la respiración serena de Ali, que el borde filoso de esas palabras.

Cuando cruzaron la rampa de madera y estuvieron al fin en tierra firme, a Fodda le pareció que el barco era un trocito de una ciudad naufragada. El último vestigio de un hogar. Ali realmente quería ir a esa fiesta. Ahora vivimos acá, acá, le dijo una noche apuntando con su dedo índice hacia abajo, hacia el vacío. Esta es nuestra nueva casa, *habibti*. Ojalá nos inviten, había dicho, usando esa palabra tan precisa, tan preciosa: *Inshallah*.

Fodda se levantó justo antes del amanecer, pero el trajín en la cocina le advirtió que no había sido la primera. Cerró con cuidado la puerta de la pieza, se vistió en silencio y se sentó frente al tocador. Se contempló entonces en el reflejo y, por un segundo, tuvo dudas. El pañuelo estaba apoyado sobre el mueble, frente a ella. Lo recogió y lo extendió sobre sus rodillas. No. Mejor no pensarlo demasiado.

Lo aplastó con las palmas de sus manos y lo dobló prolijamente sobre sí mismo. De dos en dos en dos en dos. Un turbante plateado. Un pañuelo plomizo. Un pedazo de tela. Fodda terminó de plegarlo, abrió el último cajón y lo guardó ahí, al fondo.

Se puso de pie y entró a la cocina. No hervía el agua todavía. Ni estaba puesta la mesa. Le dijo a Ali que no tenía hambre, no quería desayunar. Él, por una vez, no dijo nada. No pudo. Y tampoco pudo quitarle los ojos de encima. Fodda caminó hacia la puerta de salida y la abrió de par en par. Solo entonces volvió muy lentamente la cabeza. Ahí estaba su pelo crespo, negro y brillante, largo hasta los hombros, descubierto por primera vez. Y sus ojos grandes, furiosos, apuntando para siempre hacia Ali, hacia Mirta, hacia nosotras, hacia mí. No irían al matrimonio. Ni contestarían la invitación. Fodda salió esa mañana de la casa, cerró la puerta a sus espaldas y entró, sola, a ese ruido feroz.

Go home

Mientras que el cuerpo está y está y está
y no tiene dónde meterse.
Wisława Szymborska



Una playa. Podría ser cualquier playa del planeta. Arena, quitasoles, baldes, toallas. Hombres y mujeres desplomados sobre esas toallas. Sus caras apuntan hacia el mar, en sincronía, como si esperaran el arribo de una buena noticia.

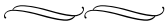
El sol se pulveriza sobre los cuerpos. Dibuja manchas y extrañas sombras que desfiguran los perfiles: un agujero en la mejilla, una cara sin boca, un hombre sin cuello. El resto de la piel resplandece bajo esa luz. Brilla hasta perder su palidez y teñirse, poco a poco, de un rosa furioso, como una herida.

La fotografía cubrió las portadas de los diarios e invadió millones de pantallas. Tal vez por eso la quise guardar; para poseerla y luego olvidarla. Recuerdo que la copié y la arrastré a una nueva carpeta en mi computador. Y que mi problema, en ese momento, fue cómo nombrarla. Cómo describir a esa mujer, su perplejidad, mi rabia. Esa rabia vieja, a punto de brotar. Finalmente, dejé un espacio donde debía haber palabras. Y la carpeta se mantuvo así, sin nombre, poco más de tres años.

La imagen, sin embargo, siguió rondando en mi memoria. Eso pienso mientras examino el color turquesa del pañuelo, el resplandor sobre las piedras, la línea verde de un quitasol. Todo continúa allí, donde lo dejé, salvo el hombre que la vigila. A él no lo recordaba. Está atrás, en segundo plano, pero su mirada lo une a la mujer. Tiene unos cincuenta años, el torso desnudo y la cara partida en dos pedazos: uno de luz, otro de sombra. Por el ángulo de la fotografía parece estar desvestido, pero nada en su actitud refleja desnudez.

Como si hubiese cuerpos que no se desvisten. Como si su poder los cubriera.

El hombre endereza la espalda, gira el cuello y enfoca. Mira con la excitación que anticipa a la violencia. Y su piel, toda su piel, es el augurio de esa violencia. Rosada, casi roja. Un color que su cuerpo no podrá soportar. Solo esa idea me tranquiliza. Saber que por la noche ese hombre no podrá dormir. Que se girará sobre la cama, inquieto, incapaz de huir de su propio cuerpo. Que hora tras hora el ardor lo mantendrá en vela. Y que en el filo del amanecer, desesperado, encenderá la luz y verá cómo su propia piel se despega de su cuerpo.



¿Puede la imaginación reemplazar a la justicia?

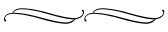
Imaginar, por ejemplo, que toda esa piel se despelleja o que el policía arroja el gas pimienta sobre su propia cara o que por la tarde el alcalde toca a la puerta de la mujer y le pide disculpas. Fue un error, le dice, un error imperdonable.

La imaginación ensaya, urde, da una estocada y fracasa. El daño sigue ahí, lejos de ser imaginario.



Mi insolación tampoco lo fue. Ocurrió cuando tenía doce años y pasamos unos días en Isla Negra. No recuerdo detalles de la playa, tampoco el motivo de mi mal humor. Todo se confunde con otros veranos salvo el ardor de la quemadura. Al verme afiebrada,

temblorosa, mi abuela ordenó que me acostara en su cama y cerró las cortinas. El sol se filtraba por una ranura, mientras ella salía y entraba con puñados de barro entre sus manos. Mi abuela tarareaba una canción y esparcía el barro sobre mi piel. Brazos, piernas, pecho, manos. Y yo, muy quieta, con los ojos cerrados, adormecida, me iba transformando en una estatua. Una enorme estatua de greda. Fue el mejor día de ese verano. El día en que el sol me salvó. A partir de entonces no tendría que usar traje de baño. Ya nadie se atrevería a insistir. Nadie miraría mi cuerpo, tampoco yo. Me pasaría las tardes en el refugio de la sombra, en la arena fría, la piel a salvo bajo mi ropa. La comodidad de la ropa. La protección de la ropa en la desprotección de la playa.

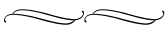


Más tarde entendí que insolarse no era necesario. Bastaba repetir: no sé nadar, estoy enferma, no tengo calor. Fingir fiebre, tos, y así evitar los camarines, los paseos de curso, los cumpleaños con piscina. O decir, directamente: se me olvidó el traje de baño. Entonces, desde la sombra, observar a las otras niñas treparse a las rocas y zambullir sus cuerpos en el agua. Y comparar sus piernas y mis piernas, sus brazos y mis brazos, sus caras y la mía, sudorosa, las gotitas acumulándose en mi frente.



Tal vez la incomodidad también se aprende. Se estudia como se estudian los gestos de las madres. Como se aprende a ceder y a

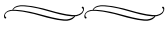
guardar silencio. A agradar. A complacer. Como se aprende a fingir.



Esa tarde, hace años, no fingí. Habían pronosticado 38 grados en Nueva York y decidimos pasar el día en la playa. Compramos un quitasol destartalado, cremas, frutas y emprendimos camino. Una micro hasta el metro, el metro hasta la terminal y treinta minutos a pie por un descampado. Ahora pienso que el tedio del viaje escudaba a ese lugar. Una playa sucia, de vidrios rotos y jeringas enterradas en la arena, pero que tras el largo trayecto refulgía como la playa más perfecta.

Recuerdo que caminamos hasta quemarnos las plantas de los pies. Atravesamos desconcertados la zona de los hípsters, con sus barbas podadas y sus torsos esculpidos; la de los latinos, con sus niños bulliciosos y felices; la de los octogenarios rusos, con sus trajes negros y severos. Avanzábamos cada vez más confundidos, como los tres protagonistas de un mal chiste: un colombiano, una argentina y una chilena, sin hijos, sin bikinis, sin bronceado, sin lugar.

Atrás quedaron las mujeres solas, los hombres solos, las familias también solas, hasta que llegamos a algo parecido a un carnaval: la playa *queer*, con sus globos de colores, su música estridente y todos esos cuerpos, tantos cuerpos, bordados de cicatrices.



Ninguno de nosotros tenía tatuajes.

Los tres cuerpos más desnudos de cara al mar.

La mujer de la fotografía también está desnuda. Viste unas calzas negras, una túnica turquesa y un pañuelo del mismo color. Pero hay cuerpos imposibles de cubrir. Hay telas que no sirven para nada.

¿En qué momento aprendemos el verbo cubrir?
Cubrir las piernas, el escote.
Cubrir el deseo, las estrías.
Cubrirse en la noche.
Descubrir la vergüenza.

Poco antes de esa insolación, me obsesioné con una idea: todas las playas, también esa playa de mi niñez, albergaban un lugar secreto. Lejos del acceso y de la orilla, a medio camino, en un doblez del tiempo y del espacio, existía un espacio milagroso. Bastaba desplegar la toalla, recostarse y esperar. Entonces, desde los bordes de la tela, en el instante en que la toalla tomaba contacto con la arena, una membrana translúcida, protectora, se alzaba alrededor de los cuerpos, de mi cuerpo. Solo esta idea me permitía quedarme

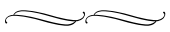
tantas horas en la playa, tan cerca de los otros, pero siempre sola frente al mar.

Creo que la mujer de la fotografía conocía ese secreto. Parece estar lejos del acceso y a salvo de las olas, en ese preciso doblez. Llegó sin compañía y con un solo objetivo: descansar. Y se recostó de perfil, ni de espaldas ni boca abajo; de perfil, como solo reposan los cuerpos extenuados.

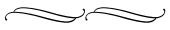
La imagen fue obtenida en Niza en el verano del 2016. El autor es un francés que fotografiaba aves en vuelo. No quiso dar entrevistas cuando la imagen dio la vuelta al mundo. Ante las preguntas, se encogió de hombros y dijo que ya había dicho todo lo que quería decir.

La mujer, en cambio, sí habló. Sin mirar a las cámaras, con los ojos clavados en el suelo, dijo que su nombre era Siam, tenía treinta y cuatro años, y todo lo que quería era pasar la tarde en esa playa.

Yo tenía treinta y tres años ese verano del 2016. Y a muchos kilómetros de distancia también quise pasar el día frente al mar. Y ahí estaba, con mi traje de baño, boca arriba, rodeada y sola, cuando sin pensarlo abrí los ojos. Un viejo capricho infantil. Mirar el sol unos segundos y luego, sin dejar de parpadear, comprobar cómo se perfora el paisaje. Las olas repletas de agujeros negros, los cuerpos acribillados, el cielo manchado aquí y allá. Recuerdo que estuve así un largo rato, herida de luz, hasta que un pensamiento me sobresaltó: me sentía bien. Me sentía a gusto. Había tardado treinta y tres años en sentirme a gusto en una playa.



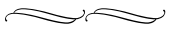
Me imagino que también ella se sentía bien. Contenta, sí, mecida por la brisa húmeda, por el murmullo de las olas. Tal vez ese sonido la adormeció. De lo contrario, los habría visto venir, los habría oído acercarse.



Busco al culpable en esa fotografía. Huellas ocultas en la indolencia, en el desparpajo. Uno a uno los ausculto y los castigo con la mirada. Tal vez fue el hombre del jockey blanco o el de anteojos de sol. O acaso fue la dupla de bikinis deportivos. A lo mejor una de ellas agarró el celular y alertó a la policía. Esa que frunce la nariz y la frente, como si sintiera un aroma repugnante. Quizás ella se sobrepuso a la náusea y habló:

Aló, dijo la voz.

Hay una mujer.
Hay una mujer sola.
Hay una mujer sola y vestida.
Hay una mujer sola y vestida y con un pañuelo en la cabeza.
Un pañuelo.
Así es.
Un pañuelo musulmán.



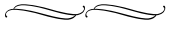
Algunas palabras son más peligrosas que otras. Palabras inflamables, prohibidas. Pero no basta decirlas para que exploten. Solo el silencio, el nuestro, es capaz de detonarlas.



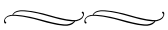
Madamme. *Madamme*. Las dos palabras que la despiertan. O tal vez la sobresaltan los gritos: *Go home*. Eso decía la noticia que dio la vuelta al mundo. Que los franceses gritaron *go home*, en inglés. Para que se fuera a su país. Para que volviera a su casa.



¿Cuántas veces es necesario cruzar el umbral de una puerta para que una casa se transforme en un hogar? ¿Cien veces? ¿Mil veces?



Porque Siam es francesa. Sus padres son franceses. Sus abuelos franceses. Pero eso no tiene la más mínima importancia.



«Cualquier policía está facultado para multar a aquellas personas que no utilicen un atuendo acorde a la moral o al secularismo». La multa consiste en el pago inmediato de 38 euros.

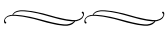
Las autoridades francesas dicen que la situación es excepcional, que el terrorismo, que el Estado laico, que el islam. Y agregan que siempre es posible evitar esa sanción.

Es posible no ir a la playa.

Es posible no ser musulmana.

Es posible ser musulmana y ocultarlo.

Es posible desaparecer.



Rodeada de cuerpos, de gritos, la mujer se sienta, yergue la espalda y mira hacia arriba. Quisiera saber si le incomoda la huella de las piedras contra su espalda, el cuello tenso, el calor latiendo bajo su ropa. Quizá se sorprende al descubrir que está ahí, en la playa. A lo mejor el sueño la había ausentado y se sobresaltó al sentir la boca seca, los ojos secos, la piel quebradiza por la sal. Y por un instante, un pestañeo, creyó que estaba en su casa. Se atrevió a pensar, esa mujer, que esa playa era su casa.

El policía le pregunta su nombre. Si habla francés. Si está sola. Por qué está sola. Qué hace una mujer musulmana sola en la playa.

Ella contesta. Eso revelan las imágenes. Que contesta su voz, pero más rotunda es la respuesta de su cuerpo.

Unos kilómetros más allá, una bandada de tordos sobrevuela el horizonte. Dibujan una esfera, una estela, un agujero negro en el cielo. El fotógrafo dispara y falla. Dispara y falla otra vez. Entonces, derrotado, baja el lente y la ve. A la mujer, a los policías, a los hombres que la rodean. Alza la cámara. Enfoca. Clac.

La mujer escucha, en la distancia, ese disparo. Es un tronar lejano, como el de un objeto muy frágil que se rompe. Ese sonido, casi un susurro, la sobresalta. Como si las olas hubieran enmudecido, ese ruido la lleva a abrir los ojos. Clac.

La mujer se sienta, yergue la espalda y mira hacia arriba. Es extraño el tropiezo. Como si la realidad se hubiera plegado y desplegado. Como si hubiese otro lugar, otro desenlace para esta historia. Sorprendida, piensa: estoy en la playa. Y parpadea una, dos, tres veces, como si dudara.

La mujer se examina las manos, las piernas, mira a un lado y al otro. Está ahí, sobre la arena, y a su alrededor, envolviéndola, una membrana delgada y translúcida. No la había notado hasta ese momento, pero sabe que siempre ha estado ahí. Un doblez del tiempo y del espacio, piensa. O tal vez eso pienso yo. Porque ella, sobre mi página, está sola. Sobre mi página ya no hay policías, no hay miradas que la cubran o la descubran. Aquí, en el papel, hay una mujer. Se llama Siam, tiene treinta y cuatro años y camina hasta la orilla del mar. Hunde los pies en la espuma, las piernas en el agua tibia y mansa. El mar le ciñe la cintura. La sorprende el silencio, la insistencia del sol. Entonces, sin saber por qué, alza la vista. Allá, en un punto lejano, una bandada de tordos atraviesa el cielo. Dibujan esferas, estelas, manchas. Como si el cielo se hubiera horadado, piensa, pero enseguida cambia de opinión. Es como si allá lejos, allá arriba, algo secreto, suyo, estuviera a punto de empezar.

Mil imágenes, una palabra: Palestina

Dejar de seguir. Es así de sencillo. La imagen de la cabeza de un niño asomada entre las ruinas de un edificio —sus ojos entreabiertos, una lágrima atravesando la piel plomiza y la feroz pregunta: si aún respira— me confronta a esa decisión. Dejar de seguir. De ver. Dejar de saber. Así como la guerra del Golfo marcó el inicio de la televisación bélica —los haces de luz acarreando las bombas, esa luz mortecina encubriendo la muerte—, la masacre palestina ha ido de la mano de su viralización en redes sociales. Seguir o no, compartir o no, se han vuelto preguntas que determinan una posición política y ética donde la presencia o ausencia de la imagen es elocuente.

Sitios de noticias, periodistas en terreno y organizaciones de derechos humanos condensan en fotografías la Nakba, la continua catástrofe palestina. Sigo, veo, comparto, vuelvo a empezar. Hasta cuándo y para qué son preguntas que remecen a diario. Hasta que termine, me repito, contemplando los escombros de la ciudad. Para no bajar la mirada, me respondo después ante otra escuela hecha añicos. Frente a la pantalla, con desazón, recuerdo una frase que solía decirse a la hora de dar un pésame: «ayudándote a sentir». Como si el sentimiento, el dolor, pudiese ser más llevadero en conjunto o como si hicieran falta ojos, miles de ojos parapetados tras miles de pantallas, para sostener la mirada del pueblo palestino. Veo a una madre que gime al cielo. El desamparo de un niño ante el

cuerpo de su padre. Los cadáveres amortajados al borde de un camino. Y constato cómo semana tras semana aquello que fue viral deja de serlo. ¿De qué sirve compartir estas fotografías? ¿Es una forma de denuncia o contribuye, a largo plazo, a la normalización de la violencia? ¿O acaso se trata, en palabras de Didi-Huberman, de que las imágenes tomen posición y solo nos afirmen como testigos?

Hace poco más de cien años Ernst Friedrich se formuló algunas de estas preguntas. En los albores de la fotografía, cuando su potencia era aún inexplorada, Friedrich la pensó como un arma contra la muerte. En *Guerra a la guerra*, el ya clásico libro donde colecciona imágenes de las trincheras, Friedrich reunió los registros más crudos —amputaciones, rostros deformados, cuerpos mutilados— con la secreta esperanza de que consiguieran detener el horror. No pudieron, desde luego. Su ciega confianza fue defraudada. La Gran Guerra siguió su curso y tras su fin se desencadenaron otras peores. Sus preguntas, sin embargo, no se extinguieron con ese conflicto y la postura ética ante imágenes que registran y denuncian la violencia, pero que a su vez la causan en quien las ve, continúa siendo fundamental.

Susan Sontag, examinando la misma obra de Friedrich, añade que las fotografías de una atrocidad pueden producir reacciones diversas. «Un llamado a la paz», señala, «un grito de venganza. O simplemente la confundida conciencia de que suceden cosas terribles». ¿Es eso todo lo que podemos hacer? ¿Acumular evidencia como constatación histórica o para un juicio irremediablemente tardío? Al obligarnos a ver de forma descarnada el corolario del conflicto bélico, Friedrich apostaba a una operación pedagógica que se tradujera, cuando menos, en conciencia e indignación y, en el

mejor de los casos, en acción pacifista. Y esa misma posibilidad ronda a la viralización de imágenes de Palestina. Conciencia, indignación y, eventualmente, acción. O cerrar los ojos y volvernos cómplices de los bombardeos y sus esquirlas.

Tras los ataques de Hamas del 7 de octubre del 2023, también se dio una tensa disputa en torno a la imagen de sus víctimas. La reproducción en noticieros y redes sociales de fotografías de mujeres y niños muertos o habitaciones manchadas de sangre enfrentó de igual modo a la decisión de si compartirlas o no. Hacerlo supuso, cuando menos, una condena a Hamas y un gesto de solidaridad con sus víctimas, aunque también, en muchos casos, el apoyo a una acción bélica israelí. Pero a esta primera circulación siguió otra menos conocida y que complejizó las interrogantes en torno a la imagen y su poderío.

A través de sus embajadas y con el apoyo de organizaciones locales, Israel promovió en las semanas siguientes a esos ataques la exhibición de un registro audiovisual embargado para el público general. En salas de cine de diversas latitudes se congregó una audiencia exclusiva —compuesta por un elevado número de periodistas— para ver de primera mano un material obtenido de cámaras corporales y de seguridad. Qué hubo detrás de la decisión de exhibir estas grabaciones es una pregunta que nos habla, una vez más, del poder de la imagen. Lo que se sabe, por declaraciones de militares israelíes, es que se debió a la frustración de que la cobertura mediática de los ataques de Hamas diese paso al reporteo de los bombardeos israelíes a hospitales, escuelas y zonas densamente pobladas, con su resultado de miles de niños y niñas asesinados y el creciente reproche internacional. Pero las razones

para retirarlas de la vista del público y volverlas disponibles selectiva o estratégicamente son más esquivas: su crudeza, tal vez, un intento por evitar la revictimización, el respeto por las víctimas, eludir una imagen de falibilidad en el escenario internacional, negar la efectividad de Hamas, proteger a los familiares de los rehenes, motivos religiosos o nacionalistas, incidir afectivamente en la opinión pública, e incluso —y este es el punto al que me referiré a continuación— el temor de que esas imágenes pudieran a su vez instigar mayor violencia.

Si Friedrich, hace casi un siglo, pensaba su pedagogía de la imagen como una herramienta para que quienes se expusieran a ella se abstuvieran de participar en otras guerras en el futuro —tal como décadas después las contundentes imágenes del holocausto buscaron no solo reafirmar una verdad histórica sino también prevenir su repetición—, aquí se abre, entre muchas otras, la interrogante inversa: si las imágenes más crudas de las víctimas israelíes serían capaces de incitar más violencia y si por eso, entre otras razones, fueron retiradas del escrutinio público. «¿Pueden matar las imágenes?», es la pregunta que asoma no tan descabellada y que la filósofa Marie-José Mondzain responde afirmativamente a propósito del ataque a las Torres Gemelas en Estados Unidos.

El embargo de una parte del registro audiovisual de los ataques de Hamas podría apuntar también a un posible y extraño sí. Evitar una exhibición escabrosa de la violencia para así prevenir su normalización y eludir una eventual incitación es un ángulo menos explorado del debate sobre el poder de la imagen y que permite, a su vez, abrir otras reflexiones en torno a Palestina. Si las imágenes,

en palabras de Mondzain, son capaces de matar, ¿hubo imágenes del pueblo palestino que promovieran la actual masacre llevada a cabo por Israel con el apoyo casi irrestricto de gran parte de su propia ciudadanía?

Edward Said, en *Orientalismo*, elabora argumentos sobre la construcción del árabe como sujeto otro y exhibe cómo se ha urdido esa inferiorización a través de textos e imágenes creadas en Occidente. Judith Butler, en *Vida precaria*, va un paso más allá y reflexiona sobre la incidencia de los medios de comunicación y de las producciones culturales no solo a la hora de definir la otredad sino, dentro de esa otredad, qué vidas merecen ser lloradas y cuáles no. Partiendo de una relectura de Emmanuel Levinas —para quien el rostro es la zona donde se alojaría lo propiamente humano, enfrentándonos al mandato «no matarás»—, Butler explica cómo en Occidente se ha elaborado, por una parte, una identificación de ciertos rostros con lo inhumano y, por otra, un verdadero borramiento del rostro para así extirpar la humanidad de determinados sujetos. A partir de esta educación de la mirada, que Butler ejemplifica con las imágenes de la guerra de Irak, se nos enseñaría a no ver a un ser humano en ciertas caras y a suprimir otras, como precisamente ha ocurrido en la circulación de fotografías y videos de Palestina. Y esto, para Butler, es lo que permitiría la siguiente operación: afirmar que en esos rostros —deshumanizados o borrados— jamás hubo una vida y por lo tanto no hay nada que llorar, nada que lamentar, porque ningún asesinato ha sido ni puede ser cometido.

Si se cree, se piensa y se aprende a través de la imagen y, no solo eso, sino que, de acuerdo a Mondzain, en la imagen se juega el

lugar que se le otorga al otro, entonces ciertas imágenes y palabras —como las de la matanza de Sabra y Shatila o del muro alzado por Israel o de los campos de refugiados en condiciones infrahumanas o de los *check-points* que selectivamente impiden el paso de los árabes y, en el campo del lenguaje, las declaraciones de autoridades sionistas que han calificado una y otra vez a los palestinos como «animales»— anteceden o prefiguran esta masacre. Y eso, inevitablemente, nos fuerza a repensar el poder de la representación en un mundo donde el límite entre lo real y lo virtual se ha desvanecido.

Afirmar, en este contexto, que hubo no solo conductas y palabras sino también imágenes deshumanizadoras que cimentaron la antesala de la aniquilación de un pueblo —tal como las hubo en la Alemania nazi como deshumanización previa al holocausto— podría llevar a otra ríspida interrogante: si acaso las imágenes actuales de la catástrofe palestina pueden hacer-cesar, como pretendía Friedrich, o si en realidad son un dispositivo cruel que sirve a Israel para decir no nos importa, no nos vamos a detener, y que, en el peor de los casos, el más siniestro aunque plausible, no solo normalizan el sufrimiento palestino buscando insensibilizar o anestesiar a sus millones de testigos, sino que incluso impulsan a otros —dentro y fuera de Israel— a su imitación, operando como una herramienta pedagógica que prefigura la muerte. «La fuerza de la imagen», señala Mondzain, «estaría en impulsarnos a imitarla, y de este modo el contenido narrativo de la imagen podría ejercer directamente una violencia al obligar a hacer». ¿Es ese el objetivo que subyace a la circulación de ciertas imágenes de Palestina? ¿Operar como una invitación a «culminar» la actual violencia y como una advertencia a

otros pueblos que también padecen la ocupación y la colonización? ¿Y qué hacer ante ese escenario? ¿Dejar de seguir, de ver, dejar de compartir?

A diferencia del control ejercido por Israel respecto del registro audiovisual de los ataques del 7 de octubre del 2023, las fotografías y videos provenientes de Gaza circulan o desaparecen cernidas por la opaca política de los algoritmos. Entre aquellas que sí son exhibidas, muchas dejan de ser imágenes desnudas y poco a poco comienzan a aparecer parapetadas tras un filtro. Una frase oída en mi infancia parece extrañamente apropiada a esta nueva circulación: «las siguientes imágenes no son aptas para personas sensibles o menores de edad». Y tal como yo, algunas veces, sí cerraba los ojos de niña, me sorprendo, contrariada, conservando el velo en su lugar. Tras meses como obsesiva testigo, opto, con más frecuencia de la que quisiera admitir, por mantener oculto el sufrimiento. No ver. No seguir. No compartir. Y me confronto a las consecuencias de esa toma de posición ante el poder ambivalente de este registro.

En su ensayo sobre el uso de la música como arma de tortura en los campos de concentración nazi, Pascal Quignard nos recuerda que los oídos no tienen párpados. «No podemos cerrar la escucha», dice, «no podemos cerrar los oídos». Examino el filtro que difumina la fotografía en mi pantalla. El párpado es ahora un vendaje, anoto, pero se halla fuera del rostro. Cuando el vendaje es total asoma apenas un patrón de colores —rojo y gris, escribo después, sangre y ruinas— y cuando es parcial, la pregunta acerca de qué es merecedor de ser borrado y qué puede o exige ser exhibido se vuelve decidora. Las ruinas, sí. Una pierna ensangrentada, sí. El gesto devastado de una niña, sí. Bebés en incubadoras, sí.

Hospitales hacinados, sí. Piel carbonizada, sí. Cadáveres amortajados, sí. Niños desnutridos, sí. El rostro de un cadáver, no. ¿Qué se borra? ¿Qué se expone? ¿Dónde está la frontera y cómo es posible eludirla?

La fotografía de Mohammed Salem, ganadora del World Press Photo 2023, brinda algunas respuestas. Una mujer envuelta en su túnica y velo abraza el cadáver amortajado de un niño. No es posible desprender si se trata de una madre y su hija o hijo, pero aunque no lo sea —de hecho se trata de Inas Abu Maamar sosteniendo el cuerpo de su sobrina Saly, cuya madre y hermano fueron asesinados en un bombardeo—, la referencia a la Pietà es evidente. El dolor de miles de madres y el asesinato de miles de niños y niñas como resultado de los bombardeos israelíes queda condensado en una imagen que parece gemir. La mortaja deja entrever la gasa hospitalaria que envuelve los pies de la niña. Un nudo ciego en la nuca clausura su cuerpo. No hay rostros en la fotografía. El de la mujer está doblemente oculto, por su velo y su contorsión. Y tampoco el de la niña se ve. La mano desnuda esconde y sostiene la tela que cubre la muerte. Esa mano, en ese gesto, es la única piel desnuda. Esa mano frágil y fuerte sosteniendo lo insostenible. La fotografía es desoladora. El abrazo es desgarrador. Algo todavía vivo en la posición del cuerpo resulta insoportable.



Vuelvo a los filtros de redes sociales y pienso cómo esta fotografía los elude. Sin una gota de sangre, sin necesidad de exhibir o explicitar, sin rostros, incluso, y en un espacio dolorosamente estéril, da cuenta del dolor y la desesperación del pueblo palestino así como de su dignidad alojada en la verticalidad de los cuerpos. La imagen se escabulle de esa nueva forma de párpado que, con la excusa de proteger la sensibilidad de los usuarios y el resultado de censurar —

intencionalmente o no— la circulación del sufrimiento, vela las imágenes.

El párpado, sin embargo, se impone con el paso de los meses, las fotografías dejan de circular o aparecen cada vez más borrosas, y es la imagen de las ruinas —ese interminable horizonte gris, esa devastación que no admite recortes ni filtros— la que acaba imponiéndose en noticiarios y redes, deslizando el relato de un lugar «invivible», donde ya no quedaría «nada», y borrando así a los miles de palestinos que aún sobreviven a la masacre y que se resisten a abandonar su hogar. Fotografías aéreas que permiten redimensionar el sufrimiento palestino, pero que con su distancia —ese *zoom out* que da cuenta del calibre de la destrucción y que desbanca cualquier excusa de selectividad que pudiera esgrimir el gobierno israelí— urden también otro relato que podría operar como siniestra «invitación»: el de un lugar «vacío», sin rostros, sin vida. Un contenido narrativo alojado en la perspectiva aérea de esas fotos y videos que ha posibilitado la superposición de otras imágenes de una crueldad aterradora: aquellas generadas por inteligencia artificial y donde un resort opulento a orillas del mar de Gaza desplaza esa «nada» y a esos «nadie» que la perspectiva del dron oculta o borra.

Ante el poder y ambigüedad de las imágenes, cuando el paso de las semanas y los filtros apartan la tragedia de mis ojos y no solo se normaliza el bombardeo a hospitales, escuelas y otras zonas supuestamente seguras, sino también una hambruna masiva e intencional, noto que una nueva batalla está en curso. Cómo nombrar, si acaso decir muertos o asesinados, menores o niños, civiles o personas, bajas o víctimas, se vuelve, como bien plantea Lina Meruane en *Palestina en pedazos*, fundamental. En ciertos sitios

de noticias la avanzada colonial de Israel deja de ser llamada *respuesta bélica* o *autodefensa*, como sucedió poco después del 7 de octubre, y conceptos como *crímenes de guerra*, *ocupación*, *apartheid*, *colonialismo*, *hambruna*, *inanición* resuenan en algunos —aunque al principio escasos— reportajes y notas. Las palabras, al fin, se entrometen recordándonos su poder. Y una en particular, *genocidio*, aparece como la más afilada de las armas.

Sudáfrica es el país encargado de enarbolarla en los tribunales. Con una denuncia ante la Corte Internacional de Justicia acusa a Israel de estar perpetrando un genocidio contra el pueblo palestino. La palabra genera crispación entre las autoridades israelíes y sus aliados. La califican como antisemita —acusación habitual cuando se critica el actuar del Estado de Israel— y se revela como un arma que apunta y acierta a la hora de nombrar el crimen que comete Israel en los territorios palestinos ocupados. Acaso por ello la censura se hace inmediatamente presente. Un memorándum del *New York Times* a sus colaboradores, filtrado por *Te Intercept*, ordena «restringir» las palabras *genocidio* y *limpieza étnica*, evitar del todo *territorios ocupados* y solo en casos excepcionales referirse a *Palestina* por su nombre. A su vez, asteriscos reemplazan a algunas vocales en redes sociales, g*n*c*d** se torna un término cifrado, los algoritmos se ponen otra vez en acción e incluso en la literatura el término entra en disputa. *Palestina: Anatomía de un genocidio*, libro editado en Chile y que reúne contundentes ensayos de intelectuales árabes y judíos, tenía planificada una presentación en la Feria del libro de Lima que la Embajada de Israel intentó impedir por contener esa palabra en su título.

No se trata de un término cualquiera. Fue durante la Segunda Guerra Mundial cuando Raphael Lemkin y Hersch Lauterpacht, dos reconocidos juristas judíos, se embarcaron en una búsqueda lingüística central para el derecho internacional. Lauterpacht acuñó el término *crímenes contra la humanidad*, que pretendía proteger al individuo frente a abusos de gran escala, y Lemkin el de *genocidio*, centrado en la protección de grupos o pueblos frente a persecuciones o asesinatos basados en su origen étnico, racial, religioso o nacional.

Esos términos, hoy de uso común, debían fundar un orden internacional capaz de prevenir y eventualmente detener horrores semejantes a los de la Segunda Guerra y, sin embargo, se han vuelto estériles ante la avanzada israelí. No solo Israel ha desobedecido incontables resoluciones de Naciones Unidas que han ordenado el cese al fuego e incluso el término de la ocupación, sino que parece ser ciego y sordo a las medidas provisionales decretadas por la Corte Internacional de Justicia. El orden posterior a la Segunda Guerra está en crisis y la parálisis de los organismos internacionales no es más que otro de sus síntomas. ¿Qué hacer entonces cuando lo visible se torna un arma de doble filo y el lenguaje del derecho se vuelve inútil? ¿Dejar de ver, de seguir, dejar de compartir y, además, enmudecer?

Mientras continúa la masacre israelí en Gaza y la violencia crece en Cisjordania, con una cifra de asesinados que ni siquiera ha podido ser establecida y una hambruna inútilmente registrada en miles de fotografías, la palabra desnuda, ya no en su dimensión jurídica sino política, parece recobrar su fuerza. Decir genocidio, escribir genocidio, gritar genocidio, tipear genocidio. Las marchas —aunque

durante un tiempo mermaron— han sido multitudinarias y las acciones virtuales se siguen multiplicando y hacen reverberar cada vocal y cada silencio.

Son decenas los abogados que han puesto el grito en el cielo al ver la masificación de una palabra antes propiedad exclusiva de los tribunales, y que se han encargado de aclarar, como guardianes de la lengua, que el uso en la esfera pública de este concepto es impreciso, sin entender el punto central: que es la política y no su dimensión probatoria, técnica o legal lo que siempre ha dotado y seguirá dotando de potencia a las palabras. Si el derecho es el lenguaje del poder, ese poder se torna inútil ante un Estado en plena acción genocida y que ha transformado, con su accionar, al derecho internacional en letra muerta. Pero no ocurre lo mismo con el poder del lenguaje, que escapa a la arbitrariedad de los Estados. La sola palabra, desnuda, sigue generando escozor y mantiene su poderío ya sea escrita en pantallas o en muros, pronunciada en solitario o gritada en colectivo. Y si dejara de tener ese poder, si incluso ese término se desactivara de cara al exterminio de un pueblo, entonces la palabra *humanidad* acabaría por perder las pocas letras que le quedan. Contundente y estremecedora, la palabra *genocidio* se empecina en nombrar y a diferencia de la circulación de imágenes en redes sociales, no parece haber filtros ni párpados contra ella. Y es esa palabra —junto a otras como *ocupación*, *apartheid* y también *Palestina*— la que al describir una imagen la califica, la completa, la construye o destruye y puede así devolvernos algunas herramientas ante este escenario de muerte e impotencia. Ni una imagen ni mil palabras. Ni mil imágenes ni una palabra. Acaso en la labor conjunta de ojo y boca, en ver y nombrar, se halle para esta época lo que

Friedrich no encontró hace ya más de cien años para la suya: una manera de decir basta y que decir y hacer confluyan al fin.

Tentativa de agotar un silencio

Dejamos nuestros abrigos en la sala contigua al gran salón del Musée Carnavalet y subimos al escenario precedidos por el sonido de nuestros nombres: Miguel Bonnefoy, premio Femina en francés, yo con el Prix Femina Étranger, Paul Audi con el galardón al mejor ensayo y Colm Tóibín con el reconocimiento a la trayectoria literaria. Cada uno estrecha la mano de la presidenta del jurado y, ante unas sesenta personas, en su mayoría fotógrafos, periodistas y editores, nos invitan a decir unas palabras.

El viaje, hasta ese momento, no había estado exento de tropiezos. El vuelo de Air France que debía llevarnos desde Santiago a París, sin escalas, se canceló a último momento por un pájaro estrellado contra el radar y a esa decidora y mortal desorientación siguió una sucesión de hechos no menos extravagantes. Tras treinta y seis horas transcurridas entre aviones, salas de espera y vaivenes migratorios, atravesábamos al fin la puerta del hotel, nos desplomábamos sobre la cama y cuna respectivas, y en un pestañeo el despertador advertía que empezaba el día de la premiación.

Sin pretender agotar un lugar, el inventario al estilo Perec parece una buena estrategia para describir esas horas en París: seis croissants en el mesón del desayuno, tres chilenas con jet-lag, un recepcionista tunecino, la Rue Jacob al mediodía, la pregunta de si también yo soy árabe, viento, adoquines, un discurso en el bolsillo, un desfile de caballos de la guardia nacional, tres galgos, la luz

parpadeante de un farol estropeado, tiendas de perfumes, de macarrones, de anillos y perfumes otra vez, olor a café, a humedad, olor a pan recién horneado, el cielo encapotado en la superficie del Sena, la entrada trasera del museo, los arbustos cercenados en su jardín interior y otro pájaro, esta vez un cuervo, curioseando al otro lado del ventanal.

En el mismo orden en que se pronuncian nuestros nombres tomamos el micrófono. Yo, que no hablo francés, puedo apenas descifrar unas oraciones del discurso de Bonnefoy: gratitud a su familia y editorial, su origen latinoamericano y una frase sobre el racismo que solo puedo deducir por el contexto. Es mi turno y conmigo sube Anne Plantagenet, la traductora de *Limpia*, y como siempre que me toca hablar en público saco un papel de mi bolsillo para anclarme a la tinta como los borrachos con un pie al costado de la cama.

Unos días antes del viaje, mi madre, con menos ingenuidad y más experiencia, me había advertido que estuviera preparada para posibles reacciones adversas, pero yo, con un optimismo más contumaz que realista, subestimé esa posibilidad. Preparé dos discursos antes del despegue: uno breve, que leería en el anuncio del premio, y otro más largo para esa noche. Pero ante el riesgo de que no hubiese instancia nocturna por tratarse de una celebración en un bar, me cercioré de que esas brevísimas palabras nombraran lo que quería nombrar y de publicar la versión más extensa en cuanto fuese posible.

Es una de las pocas veces que me ha tocado ser traducida en simultáneo y me entrego al vaivén de nuestras lenguas con asombro y curiosidad. Agradezco en castellano. Pausa. Anne lo hace en

francés. Menciono a las juradas y a mi editora y, tras una nueva pausa, Anne viaja con esa frase al otro idioma. Subrayo el honor de que mi novela sea la primera latinoamericana en obtener el galardón y oigo a Anne decir esa frase luego del breve silencio. Hasta aquí su lengua y la mía bailan en una sincronía perfecta. Y hasta aquí la escritora chilena se comporta como se espera de ella: es relativamente joven —el galardonado francés lo es aún más, pero solo la juventud femenina parece ser llamativa—, se ha vestido para la ocasión, es consciente del origen feminista del premio y está agradecida, qué duda cabe, aunque inexplicablemente seria. Algo sucede en ese momento. El guion sufre un giro repentino. Una palabra que no necesita de intérprete tensiona el silencio entre las lenguas hasta hacerlo chirriar.

«Palestina» es esa palabra y palestino el origen de mi nombre. Mi madre se llama Alia, digo, también mi abuela. Mis bisabuelos maternos migraron a Chile desde Damasco y desde Hurfeish, hoy territorio palestino ocupado. Y aunque rara vez he creído que ese lugar de enunciación sea necesario para validar una posición política, sé que el terreno es escabroso y sigo adelante con esa estrategia. Digo entonces que día a día se perpetra un genocidio en Palestina. Y es esa oración la que provoca que el silencio amable y atento que apartaba mi lengua del francés se vuelva espeso y extraño. Al mismo tiempo, en el rabillo del ojo, percibo un ademán algo brusco a mi derecha. Un gesto y una tensión a la que sigue un pensamiento intruso y fugaz: me van a quitar el micrófono, no puede ser. Aunque no estoy segura, leo a tropiezos las dos oraciones siguientes, incluyendo la frase que cierra mi intervención: «El horror, siempre, se propaga en el silencio». Este silencio, debí decir. Este, aquí.

Existen silencios voluntarios y estratégicos, silencios expectantes, silencios cómplices, otros combativos, silenciosas resistencias y silencios impuestos a la fuerza. Los escritores palestinos residentes en Gaza han sido víctimas del más feroz silenciamiento: el asesinato. Hablo, entre muchos, de la poeta palestina Heba Abu Nada, cuyas palabras aún resuenan en el presente: «La noche en la ciudad es oscura, excepto por el brillo de los misiles; silenciosa, excepto por el sonido del bombardeo». Otros han alzado la voz desde fuera de su país y han sido objeto de constante hostigamiento, como es el caso del poeta Mosab Abu Toha. Son decenas, a su vez, los que han sido censurados, sus contratos terminados y sus premios retirados como formas de acallar y de enviar un mensaje al medio literario: hablar sobre Palestina trae consecuencias. El ejemplo más conocido hasta ahora es el de la escritora Adania Shibli, cuya premiación fue cancelada en la Feria del Libro de Fráncfort del 2023. Y qué duda cabe de que algunos de los autores y autoras que han guardado silencio en Europa o América Latina han sido también parte de una forma de silenciamiento más sutil: aquella que de manera falaz asocia lo propalestino y lo antisemita, generando temor a ser objeto de esa grave acusación y, como consecuencia, suscitando un incómodo mutismo. El desaire de esa mañana, lo sé muy bien, es una anécdota menor y no se compara con lo sucedido con otros escritores y escritoras. Pero dejarlo pasar sería hacerme parte, aunque de modo también sutil, de esa trama de silencios que hoy hace posible que continúe el genocidio palestino.

Al terminar mis palabras, los pocos aplausos en el salón del museo resuenan como campanadas en un desierto. Anne se baja del escenario y yo me quedo ahí para oír a Paul Audi, cuyo libro traza la

historia del antisemitismo en Francia y cuya voz no genera, por fortuna, la tensión de la mía, y luego escucho a Colm Tóibín referirse a las elecciones que Kamala Harris perderá esa misma noche en Estados Unidos. Los cuatro discursos de esa mañana habrán excedido lo «propiamente literario» —como si eso existiera—, pero solo uno resultaría problemático.

Hablar o no, compartir o no, denunciar o callar, se han vuelto decisiones que de manera activa o pasiva nos posicionan políticamente. Y tomar posición ante una de las crisis políticas y morales más profundas del siglo xxi parece en sí mismo un imperativo para cualquiera —de allí las marchas en casi todo el planeta—, pero para quienes integramos el campo literario posee elementos particulares. No digo que se trate de un deber mayor al de los integrantes de otros oficios porque tanto o más eficaces han sido las acciones de los trabajadores portuarios de Grecia —que bloquearon la carga de veintiún toneladas de municiones con destino a Israel—, o de los estibadores de Bélgica o Barcelona que han emprendido acciones similares. Pero la literatura es lenguaje y el lenguaje puede ocultar o develar, normar o subvertir, por lo que alzar la voz puede, tal vez, trizar los discursos que normalizan el actuar de Israel y al mismo tiempo complejizar las engañosas dicotomías que causan temor y confusión. Porque denunciar que Israel lleva a cabo un genocidio contra el pueblo palestino no es antisemita. Y, a la vez, el antisemitismo es real, se encuentra en alza y es urgente combatirlo. Porque decir que Israel es una fuerza de ocupación no implica negar su existencia ni una posible solución de dos Estados, por más que una salida pacífica parezca una lejana ilusión. E incluso suscribir campañas de boicot, por más delicado que

esto sea, no pretende estigmatizar al pueblo judío sino presionar, como se presionó a Sudáfrica, a terminar con un régimen de Apartheid y una arremetida asesina feroz. Y contar con un micrófono o un papel permite nombrar estos y otros puntos que muchos no han querido o podido nombrar. «Es lo mínimo que podemos hacer», ha dicho la escritora Sally Rooney, y suscribo sus palabras.

Terminada la ceremonia empezará un cóctel, fotografías, entrevistas y las felicitaciones de rigor, salvo que casi nada de eso me tendrá como partícipe. Por largos segundos me quedaré sola al pie del escenario preguntándome si la tensión es real o imaginaria, si eso que percibí mientras hablaba realmente ocurrió, si nadie se acerca por rechazo o por timidez, y qué le pasa a ese cuervo que insiste en entrar al salón. Me distraerá la geometría de los arbustos y me preguntaré por ese afán tan francés de domesticar la naturaleza: las ligustrinas cúbicas en el centro, los manzanos en *espalier* a un costado. Pensaré entonces en la palabra *domesticación* y emprenderé un último ejercicio oulipiano para agotar ese silencio: paredes vacías en el salón de un museo, caras de póker, miradas esquivas, una jurada claramente molesta, una brisa fría, nubes, un cuervo que hurga al borde de la puerta, un fotógrafo que se niega a apretar el gatillo, el sol refractado sobre esos muros decidoramente blancos, una editora que solidariza, una traductora que confirma que nada fue imaginario, ninguna solicitud de entrevista, copas llenas de champán, una agente sorprendida, copas vacías, un escritor irlandés que dice «well done», una pulsera palestina en la muñeca del representante de la embajada chilena, un cuervo que no se rinde y picotea el vidrio, diez juradas que no se acercan, una que sí viene a felicitarme «no solo por la novela», un cuervo que emprende vuelo

hacia el radar de algún avión y finalmente salir del Musée Carnavalet y de París, con el Prix Femina como un recuerdo que se fundirá con el estruendo de los motores y tantas nuevas y elocuentes formas de silencio.

III

El desvelo de la lengua

Cincuenta veces once

> Quizás cuiden de nosotros ciertos recuerdos, como ángeles.
>
> Marguerite Yourcenar

1. Es un número primo, el once. También es capicúa. Es el nombre que recibe en Chile la hora del té, pero en ese caso es femenina: la once. El once es otra cosa. No alcanza a ser una docena y se pasa del magnético diez. El once es indivisible, indestructible, es una cifra final. De niña me gustaba dibujarlo: imaginaba a dos hombres altos que asentían uno detrás del otro en una fila. Pero no podía ser mi número preferido, así que elegí el veintidós.
2. Didier Eribon, en *Principios de un pensamiento crítico*, escribe sobre la autobiografía de la escritora argelina Assia Djebar. Ella, en su libro *El amor, la fantasía*, afirma, categórica: «Nací en 1842», es decir, cuando las tropas francesas destruyeron la aldea de sus mayores, a quienes llama «mi tribu de origen». Ese año y no un siglo después, cuando efectivamente abrió los ojos al mundo, empezó la que sería su vida.
3. ¿Y yo?, escribo al margen del libro de Eribon, ¿cuándo nací? Constato la respuesta con una mezcla de tristeza e impotencia. Nací el once de septiembre de 1973, diez años

antes de mi verdadero nacimiento, cuando destruyeron la aldea de mis mayores, mi propia tribu de origen. No estoy sola en esa raíz. Así lo indica el calendario intervenido por el artista Alfredo Jaar que repite ese número, el once, en cada recuadro desde entonces. Muchos que hoy tienen setenta años comparten ese origen. Otros cumplen recién cincuenta. Algunos apenas veinte. Y hay niños y niñas que siguen naciendo ese lejano once de septiembre del que no tendrán recuerdo alguno y donde se iniciará su biografía.

4. Lo llamaba «día negro». No sé de dónde lo habré sacado. Hablo de esa infancia enrarecida, cuando había terminado la dictadura pero la democracia no alcanzaba a merecer su nombre. Nunca pude ir a los cumpleaños de mi amiga Virginia porque era once, era peligroso y podía pasar algo, decía mi mamá agitando la cabeza de lado a lado. Lo que olvidaba ella es que ese *algo* ya había pasado tiempo atrás. Lo que ignoraba yo es que ese *algo* sucedía todavía.
5. En Chile se aplicó una inusual figura para ese *algo* que sucede sin un final. «Secuestro permanente», se llamó, y fue la triquiñuela que encontró el juez Juan Guzmán para esquivar la ley de amnistía de 1978. Si el hecho se seguía cometiendo de manera continua, sin terminar, entonces rebasaba el tiempo cubierto por esa ley y podía ser investigado. ¿Pero qué era ese hecho permanente? La desaparición, que no tiene fin. Pero en definitiva, la muerte. Pienso en las madres, en los hermanos, en los amigos de esos hombres y mujeres atrapados en un continuo morir. Cada mañana, muriendo. Cada noche, muriendo. En el documental *La memoria infinita*, de Maite

Alberdi, una de las escenas más conmovedoras tiene lugar cuando Augusto Góngora, quien padece de Alzheimer, vuelve a llorar como por primera vez la muerte de su amigo José Manuel Parada, asesinado durante la dictadura. Góngora revive el duelo con su cuerpo, su cara compungida, sus manos agitadas. En su memoria, ya agujereada, esa muerte no ha dejado de suceder. Esa es la herida de Chile: no dejar de morir jamás.

6. Tenía siete años en 1990 y mis padres, como ahora, veían obsesivamente las noticias. Yo me sentaba a los pies de su cama y miraba con ellos el televisor. Una noche, la conductora advirtió que las imágenes que se exhibirían no eran aptas para menores de edad. No recuerdo si me dijeron que me cubriera los ojos. No tiene importancia, rara vez obedecí. Lo que vi entonces quedó grabado en ese lugar mudo de la infancia: era un pozo rectangular y polvoriento, repleto de cadáveres. La ropa endurecida aunque intacta sobre esos huesos pulidos, blanquísimos. Recuerdo, años después, leer el poema *Cadáveres* de Néstor Perlongher y sentir que con sus versos esa memoria recuperaba la palabra. Pero más recuerdo la exclamación que escuché esa noche a mis espaldas. Fue un dolor también mudo. Un sonido similar a un derrumbe. Es también la herida de Chile: lo que no se puede nombrar.
7. Chile no está solo en esta historia. Es la de España, la de Argentina, la de Uruguay, la de Brasil. Pero cómo arde medio siglo en un país que no consigue deshacerse de la Constitución de Pinochet. Una franja de tierra demasiado angosta para la atronadora voz de los nuevos fascismos. Sin

un acuerdo sobre el carácter injustificable de un golpe de Estado o la importancia del Nunca Más. Cómo me avergüenza pertenecer al país donde el dictador murió tranquilo en su cama. Tras ser comandante en jefe del Ejército, tras jurar como senador vitalicio, luego de evadir la justicia en Londres y en España, un día y a una hora precisa, Augusto Pinochet murió. Y a diferencia de sus víctimas, enseguida dejó de morir.

8. Con frecuencia me detengo en la relación entre literatura y justicia. Si acaso la justicia es una ficción. Si la ficción puede hacer justicia. Desde la dictadura en adelante, la literatura chilena no solo contó historias y se encargó de registrar la belleza o el horror, lo cotidiano o lo trascendente. Desvelar, denunciar, testimoniar fueron verbos que debían escucharse en el estrado y que se desplegaron en nuestros libros. Es una abismal diferencia con la literatura que se escribió al otro lado de la cordillera, donde hubo más irreverencia, desparpajo y carcajadas. Pero en Argentina, me recuerdo, el dictador murió condenado y preso. Y lo que ocurre con la justicia, querámoslo o no, desemboca en el torrente de la literatura.
9. Esa misma justicia, el 2023, dictó sentencia sobre el caso del cantautor Víctor Jara. La Corte Suprema tardó cincuenta años en condenar a los siete responsables de su secuestro y homicidio. Dos de ellos, los oficiales retirados Raúl Jofré y Nelson Haase, tras vivir medio siglo en libertad, tras celebrar cumpleaños y Años Nuevos con sus seres queridos, se dieron a la fuga. Otro, Hernán Chacón, al oír que la policía tocaba a la puerta de su casa, tomó un arma y se suicidó. «Han pasado tantos años», declararon las hijas de Víctor Jara al enterarse

del fallo, «que se hace difícil sentirlo como justicia». La pregunta reverbera, descarnada: ¿hay justicia posible medio siglo después?

10. Es curioso el verbo que antecede a la palabra justicia. A diferencia de la literatura que se escribe y que se lee, que es capaz de interpelar y conmover, de acompañar o disgustar, de violentar o entristecer, la justicia, la verdadera, no se describe ni se imagina, no se narra ni se concluye. La justicia se *hace* igual como se *hace* el pan.
11. Yo iba a ser abogada de derechos humanos porque quería *hacer* justicia. Estudié derecho, terminé, pero lo abandoné a poco andar. Me había encontrado con la literatura y en su camino, con la memoria. Y la memoria, como la justicia, se *hace* también. Obras de teatro, novelas, películas, documentales, canciones, poemas y hasta una conversación. El quehacer de la memoria ha sido prolífico en Chile. Y aunque la tristeza prevalece, en la memoria no solo habita el dolor de lo que ocurrió en el pasado. En el origen improbable de una biografía, en la labor incansable de un juez, en la persistencia de una familia, en el llanto de un amigo que no quiere olvidar, en la rabia, en la impotencia, en el fondo de la herida de Chile, hay, también, un gesto desesperado hacia el futuro.

El veneno y su antídoto

Coleccionar palabras. Ese fue el refugio del filólogo judío-alemán Victor Klemperer ante la expansión del nazismo. Escuchar con atención los discursos políticos, inspeccionar línea a línea las nuevas ordenanzas y constatar, con una mezcla de angustia e indignación, cómo ese lenguaje irrumpía subrepticiamente en el habla de sus estudiantes, de sus colegas, de sus propios vecinos.

Ante su alarma, la reacción de su entorno fue casi unánime: «Te lo tomas demasiado en serio». Y él anotó esa frase en su diario de 1933. «Ya verás», le dijo uno de sus colegas de la Universidad de Dresde, y Klemperer, una vez más, tomó nota en su cuaderno: «cuando Hitler acceda al poder, tendrá otras cosas que hacer que insultar a los judíos». Su consternación no mermó, pero intentaba combatir la impotencia. «De ningún modo debo desanimarme», anotó para sí mismo meses después, «el pueblo no participará por mucho tiempo en esto». Lo sucedido en la siguiente década no necesita recuentos. Victor Klemperer sufrió los campos de trabajo forzado y solo evitó la deportación y el exterminio gracias al ambiguo estatus que le otorgó el estar casado con Eva Schlemmer, una mujer considerada de «origen ario». Proscrito de impartir clases en la universidad, humillado y perseguido, el filólogo se resistió a abandonar lo que sabía hacer mejor, y se abocó a recoger, pulir y exhibir, como evidencias de una catástrofe en ciernes, cada uno de

los términos que irían conformando el andamiaje lingüístico del totalitarismo alemán.

Recogida en sus monumentales diarios y en el libro *La lengua del Tercer Reich*, la labor testimonial de Klemperer adquiere alarmante vigencia a la luz de la expansión de la ultraderecha y del rebrote de grupos neofascistas. Mi primera lectura de su trabajo ocurrió justamente en la antesala de la primera elección de Donald Trump y el desasosiego que me recorrió solo se ha profundizado. Una obra terriblemente actual, que invita no solo a observar las singularidades del discurso nacionalsocialista sino también la trayectoria de conceptos surgidos en la posguerra y que se encuentran en el centro de las disputas políticas del presente.

Klemperer, en *La lengua del Tercer Reich*, desmiente el mito de que el nazismo habría acuñado nuevas palabras. Un nuevo uso de palabras cotidianas, el empleo de abreviaciones y siglas y la adopción indiscriminada de ciertos prefijos habrían permitido al nacionalsocialismo hacer del lenguaje «su medio de propaganda más potente, más público y secreto a la vez». Un doble carácter: público —difundido a viva voz y por escrito—, pero secreto —al no revelarse abiertamente como propaganda—, que se alza como uno de sus rasgos más aterradores y que Klemperer exhibe con lucidez y audacia no solo para su tiempo sino para el nuestro.

LTI: *Lingua Tertii Imperii* es el nombre que Klemperer otorga al diccionario del régimen nazi que se inmiscuyó en el habla de la sociedad alemana hasta intoxicarla con «dosis ínfimas de arsénico». Entre esas palabras, algunas fueron empleadas para nombrar específicamente la aniquilación: *solución final* como eufemismo para el uso de las cámaras de gas; *liquidar*, ese verbo comercial, como

sustituto de exterminar; *emigrado* en lugar de deportado. Y son ellas las que aún portan el signo de la infamia nazi. Pero hay otros términos, menos imbuidos de muerte y anteriores al nazismo, que también integraron ese diccionario, produjeron similar «efecto tóxico», y han recobrado no solo vigor sino un inquietante protagonismo: *patria*, *nación*, *seguridad*, *soberanía*.

Klemperer explica que este lenguaje no fue exclusivo de los nazis sino que se inmiscuyó también en el habla de sus adversarios. «Despotricaban contra el nazismo y lo hacían con sus expresiones», advierte, dando pistas sobre cómo ciertas palabras se camuflan en el lenguaje cotidiano más allá de los deseos o posturas de quienes las usan.

La metáfora del arsénico es decidora y el filólogo la utiliza en más de una ocasión. Un veneno invisible y letal que conduce no solo a la muerte sino a la pregunta por su antídoto. ¿Existieron en el siglo xx palabras que neutralizaran el lenguaje del nazismo? Y, de ser así, ¿mantienen estas palabras-antídoto su poder, han expirado con el paso del tiempo o acaso eran, en realidad, meros placebos que jamás contrarrestaron la eficacia del veneno?

Mientras Victor Klemperer recolectaba palabras como estrategia íntima de resistencia intelectual, Hersch Lauterpacht y Raphael Lemkin se encontraron a su vez sin palabras. Ante las dimensiones del horror que afectaba a sus propias familias, decir *asesinato*, *matanza*, *homicidio* o *persecución* parecía un sinsentido. Esas palabras, de pronto, ya no eran capaces de nombrar la realidad que padecía el pueblo judío y otros grupos perseguidos por el régimen nazi. El lenguaje había alcanzado su límite y con él había llegado

también a su límite la herramienta que Lauterpacht y Lemkin conocían a la perfección y que prometía ampararlos: el derecho.

Conviviendo, sin conocerse, en la pequeña ciudad de Lviv —llamada Lemberg, Lwów o Lvov, según el país que la hubiese invadido—, ambos juristas se embarcaron en una búsqueda lingüística y jurídica que, años más tarde, daría frutos en el juicio más importante del siglo xx: el de Núremberg. Como mencioné algunas páginas atrás, Hersch Lauterpacht acuñaría el término *crímenes contra la humanidad* y Raphael Lemkin el neologismo *genocidio*. Conceptos que buscaron no solo castigar las atrocidades del nazismo, sino nombrar una realidad antes innominada para volverla moral y legalmente inaceptable.

La preocupación de estos abogados —como relata Philippe Sands en su libro *Calle Este-Oeste*— era dar un estatuto especial a crímenes gravísimos y ofrecer una respuesta al problema de la soberanía y sus límites. ¿Podía un Estado actuar a su antojo dentro de los confines de su territorio? ¿Era su soberanía total? ¿Podía discriminar a un grupo específico por motivos religiosos o raciales? ¿Podía, incluso, asesinar? La respuesta del viejo imperio fue, con escasas excepciones, *sí*. La del «nuevo orden» sería, por primera vez, *no*. Un *no* que causó resquemores en círculos legales, sacudió los cimientos del derecho, pero que, para juristas como Lauterpacht y Lemkin, serviría como un arma contra el horror.

Estas palabras-antídoto y el ordenamiento legal que fundaron —la Corte Penal Internacional, los tribunales regionales de derechos humanos y sus respectivas Declaraciones y Convenciones— debían servir como un acuerdo elemental sobre ciertas conductas prohibidas y reconocer un marco mínimo de derechos para la humanidad. Si

durante años Klemperer había rastreado las huellas lingüísticas del Estado total, Lauterpacht y Lemkin acuñaron dos conceptos que pretendían prevenirlo. Otro orden parecía en ciernes y ambos juristas sobrevivieron para verlo en acción, mientras que yo lo estudié medio siglo más tarde en las frías salas de la Facultad de Derecho.

Confiando precisamente en esas palabras que prometían impedir la violencia totalitaria que había asolado también a Chile, no dudé en especializarme en derechos humanos tras mi ingreso a la universidad. Se trataba de una disciplina nueva, no muy popular y que sacaba carcajadas entre los expertos en el «verdadero» derecho: profesores de Civil y Procesal que alguna vez se rieron en mi cara por tener fe en lo que llamaron «un montón de frases vacías». Y tenían algo de razón.

Pese a sus encomiables intenciones, esa nueva rama del derecho no ha servido para impedir limpiezas étnicas, ocupaciones ilegales y ni siquiera genocidios, como lo demuestra el de los tutsis en Ruanda y el perpetrado por Israel contra el pueblo palestino. La trayectoria del llamado «nuevo orden mundial» fue más errática de lo que Lauterpacht y Lemkin anticiparon y hoy no solo está en duda su efectividad sino su propia existencia. Una crisis que se manifiesta en un vaciamiento del concepto «derechos humanos» y en un presente en que contemplamos no solo el genocidio en Palestina sino a los organismos internacionales pronunciar palabras que nacen agónicas o muertas.

Debido a su aura de corrección y a su amplia legitimidad, el llamado «lenguaje de los derechos humanos» ha seguido una sinuosa trayectoria. De ser un bastión para las víctimas de violencia

estatal y una inagotable fuente de incomodidad para todo tipo de autoritarismos, ahora forma parte incluso de las agendas más conservadoras. No es extraño oír hablar de un supuesto «derecho» a la libre competencia o del «derecho a la libertad» ya no como libertad individual o religiosa sino entendida como la «libertad de elegir» entre planes privados de salud. Y qué decir de la interpretación del «derecho a la vida» que le permite a evangélicos y católicos arremeter contra los derechos reproductivos de las mujeres.

A esta cooptación lingüística y su corolario de debilitamiento normativo, se ha sumado otro fenómeno también preocupante: la explícita deslegitimación del orden internacional imaginado por Lauterpacht y Lemkin por parte de movimientos de extrema derecha. Cada vez que han ganado posiciones de poder —como ha sucedido en Estados Unidos, Hungría, Argentina o Brasil—, han amenazado con retirar a sus países de los pactos de derechos humanos recurriendo a las mismas palabras que integraron el diccionario del nazismo. La *soberanía* para justificar muros, zanjas y expulsiones ilegales. La *patria* para esbozar una fantasía de homogeneidad bajo supuesto peligro. El *orden* como principio supremo tanto en lo económico como en lo policial. Y la *seguridad*: esa promesa nacida del temor en estos tiempos de incertidumbre.

La estrategia, a la luz de Klemperer y Sands, a la luz de la historia del siglo xx y a la sombra de sus palabras, es clara: cuestionar sistemáticamente el antídoto y hacernos tragar arsénico por montones. Y es que, más allá de las muchas falencias del sistema internacional de los derechos humanos —sus pretensiones universalistas, que suelen omitir especificidades culturales, y su

indudable falta de eficacia por depender de la voluntad estatal—, tener derechos, ser sujeto de derechos y vivir en un mundo donde ciertos crímenes puedan ser perseguidos más allá de las fronteras, fue una de las grandes revoluciones del siglo pasado y que solo recientemente ha ingresado como expectativa a la subjetividad y al lenguaje de sectores cada vez más amplios. Y hoy, por medio de excusas como la defensa de la *soberanía*, sembrando el caos para enseguida invocar el *orden*, propagando el miedo para luego ofrecer *seguridad*, el veneno se expande mientras el antídoto pierde efectividad.

El consenso transversal en torno a una palabra como *derechos* impide que la ultraderecha y grupos neofascistas se declaren a sí mismos antiderechos, tal como en la Alemania nazi no se decía *exterminio* sino *solución final*. Como plantea Umberto Eco «el fascismo nunca nacerá hablando de reabrir Auschwitz o de camisas negras», pero las políticas en materia migratoria o penitenciaria de países como Estados Unidos o Hungría hablan por sí solas. Encarcelar y expulsar a personas migrantes sin debido proceso se ha vuelto una práctica que está lejos de escandalizar a sociedades que ya demonizaban a la migración como la supuesta causa de todos sus problemas. Y la dictación de leyes antiprotesta e incluso la instauración de un estado de emergencia semipermanente es rara vez cuestionada incluso por los adversarios de estos gobiernos.

Como plantea Klemperer, los movimientos que se autodenominan fundacionales o refundacionales —el nazismo en el siglo xx o la ultraderecha actual— suelen estar marcados por dos tendencias: la voluntad de lo completamente nuevo y la necesidad de establecer un nexo con el pasado. En el Reino Unido del Brexit, esto se tradujo

en el eslogan *Make Britain Great Again*, que exudaba nostalgia de una era de dominación colonial. Un eslogan reapropiado por la campaña electoral estadounidense y su deseo para nada oculto de un país blanco y masculino, un anhelo cowboy-industrial opuesto a cualquier forma de internacionalismo en materia de derechos. Y en América Latina, a falta de reminiscencias nostálgicas de la época imperial, ese nexo con el pasado se ha expresado en añoranzas dictatoriales indecibles hace una década y hoy explícitas en Chile, Brasil o Argentina.

Las preguntas son dolorosas e ineludibles. ¿A quién amenaza el ideal de que los seres humanos —todos— seamos sujetos de derechos? ¿Qué ha llevado a la ciudadanía de territorios tan distantes a confiar su representación a grupos racistas, misóginos y xenófobos? ¿Qué sucedió en los últimos años para que ideologías supuestamente superadas encontraran terreno fértil para resurgir?

Descontento, desesperación, rabia, desorientación, castigo, desesperanza, hartazgo, apatía y miedo son palabras que podrían describir el abanico afectivo que parece mover a millones de votantes hacia el extremo del arco político. Pero sería simplista y algo miope atribuir el auge de la ultraderecha a una reacción puramente afectiva. Y aunque la precarización e incertidumbre actuales puedan tentar esa respuesta, creo necesario escarbar más. Si además de ese factor reactivo existe algo más hondo y prospectivo, algo así como una utopía neofascista, es una pregunta aterradora y tal vez fundamental. Si acaso crece, subterránea, una pulsión autoritaria, un anhelo supremacista, un deseo de opresión sobre migrantes, disidencias y mujeres que gana adeptos en pos de

un proyecto de hipervigilancia, homogeneidad y seguridad, es tal vez la interrogante que debería quitarnos el sueño.

El filósofo Bifo Berardi, siempre provocador, es enfático al negar esta posibilidad. A diferencia del de inicios del siglo xx, al que describe como un «fascismo futurista» y de «potencial masculino, juvenil», el actual se caracterizaría por lo que él llama «una impotencia senil». Un fascismo «de la ignorancia, del sufrimiento»; un fascismo sin porvenir. Enzo Traverso, en tanto, se pregunta si acaso el concepto *fascismo* siquiera captura las características del fenómeno actual y se aboca, empleando el término *posfascismo*, a identificar sus peculiaridades. Coincide con Berardi en que este sería eminentemente antiutópico: un movimiento privado de todo horizonte de expectativas y que solo reclama una vuelta al pasado. Y en el pasado se encontraría el diccionario del fascismo recopilado por Klemperer: la seguridad, la soberanía, las jerarquías de género, la familia tradicional y la homogeneidad cultural que parecen movilizar con fervor a sus partidarios. Lo que agrega Traverso es que también las izquierdas padecerían del mismo mal: la falta de futuro. Un punto que podría discutirse considerando la fuerza del feminismo latinoamericano y su disputa por las palabras —y el horizonte que estas bosquejan—, pero que es innegable al observar la cooptación neoliberal de las izquierdas. Y ese abandono de la ilusión y el deseo, esa renuncia a la imaginación política, habría causado, para Traverso, una «retirada reaccionaria al pasado».

Más allá de su nombre y de si es cierto el carácter antiutópico del fascismo contemporáneo, los elementos en común con el fascismo histórico son innegables: exaltación nacionalista, apología del orden, demonización del *otro*, retorno al tradicionalismo cultural, religioso y

familiar. Pero acaso el factor en común menos examinado sea la herramienta más penetrante de sus adherentes y en la que insisto con la esperanza de agitar un poco nuestros diccionarios: su lenguaje y, en particular, la capacidad de ese lenguaje de inmiscuirse, como ocurrió durante el nazismo, no solo en el habla de sus partidarios sino también en el vocabulario de sus detractores.

¿Qué ocurrió para que un discurso antes minoritario penetrara tan amplia y profundamente? ¿En qué momento sus palabras pasaron a dominar el debate político? ¿Y qué ha sucedido con ese lenguaje en relación a sus supuestos opositores? ¿Es que no solo las izquierdas y los progresismos abandonaron su horizonte de futuro sino que además dejaron de disputar algo tan esencial como las palabras?

En un escenario revuelto y vertiginoso no aspiro a esbozar grandes respuestas pero sí la siguiente intuición. Ya no es suficiente apuntar a los peligros que la ultraderecha o el neofascismo entrañan para las democracias, las mujeres, las disidencias sexuales o el medioambiente. Ya no basta decir «no pasarán» o «nunca más». Porque ya han pasado no solo al triunfar electoralmente, sino, sobre todo, al inmiscuirse en el lenguaje, es decir, en la subjetividad de millones de personas, haciendo de ese vocabulario el germen de lo que parece ser un nuevo «sentido común».

De allí la centralidad de poner atención a las palabras, a su historia y también al horizonte que estas nombran o dejan de nombrar. «Hay que comprender que crear un futuro sirve mucho más al presente que al propio futuro», escribió la periodista brasileña Eliane Brum en la antesala del triunfo de Bolsonaro. «No se puede vivir viendo por delante solo horror o vacío», añadió. Mientras que Francesca Albanese, relatora de Naciones Unidas para Palestina,

enfrentada a lo más abyecto de lo que es capaz el ser humano —un genocidio, esa palabra que debía ser antídoto y que es herida a la intemperie— afirmó algo difícil de olvidar: «La esperanza es una disciplina que necesitamos practicar juntos».

Me detengo en esos términos, *futuro* y *esperanza*, no para exhibir mi ingenuidad o mi obcecación, sino como posible punto de fuga en una época de impotencia y cerrazón. Una esperanza que no es don ni gracia sino precisamente disciplina: que se entrena, se busca y se invoca en conjunto hasta que haga su esperada aparición. Y un futuro que solo podremos proyectar a partir de esa invocación colectiva.

Los triunfos de la extrema derecha y del fascismo no son mérito exclusivo de sus adherentes. Van de la mano de la falta de imaginación política de sus adversarios. Y para desmontar las estrategias de poder de grupos capaces de hacer resonar sus palabras como nunca antes, no solo es necesario desenmascarar el uso de esas palabras sino disputar sus sentidos. Solo dotando a ese lenguaje de otros horizontes y significados y esgrimiendo nuevos términos capaces de convocar, proponer y alumbrar, el diccionario del fascismo podría perder poder. Y para ello es crucial tener a la vista la historia del siglo xx y las cicatrices que el lenguaje tejió en la piel de una época.

Hersch Lauterpacht y Raphael Lemkin sobrevivieron al nazismo mientras buscaban fundar un orden internacional capaz de limitar al «Estado total». Si ese ordenamiento es cuestionado por la extrema derecha, si algunas de sus medidas al asumir el poder han sido retirar a sus países de los tratados y tribunales que lo fundan, y si hay en curso un genocidio con el apoyo financiero y militar de esos

gobiernos, es porque su proyecto político alberga autoritarismos que ven en los derechos humanos un obstáculo. Y ese es uno de los objetivos de los derechos humanos: ser un obstáculo para las formas más impensables de violencia, y prevenir así que otros deban cosechar nuevamente palabras-veneno.

El discurso de la ultraderecha que pone en su centro conceptos como *patria*, *soberanía*, *familia*, *seguridad* y *orden* —público y neoliberal— encubre un proyecto autoritario que no es ni será idéntico a los totalitarismos del siglo xx, pero que ha operado del mismo modo en que lo hizo el lenguaje del nazismo: como su arma más pública y secreta a la vez, y que nos ha hecho ingerir arsénico en dosis preocupantes. Ya me había tocado en más de una ocasión oír la frase «ideología de género» entre sus partidarios, pero de pronto este concepto ha aparecido en circulares universitarias como si fuese el nombre de una disciplina más. Y hace muy poco, en un almuerzo, oí esas palabras en boca de un familiar que intentaba criticar a estos movimientos y utilizaba inconscientemente su vocabulario. Poco a poco, el arsénico comienza a surtir efecto. Ya es hora de tomárselo en serio o tal vez «demasiado en serio», como anotó Klemperer hace casi un siglo que, lamentablemente, parece ayer.

Imaginar

> El poder de la imaginación, la capacidad de la imaginación, la inmensa e irrefutable *realidad* de la imaginación.
>
> Mary Oliver

Matilde caminaba junto a su madre frente a la Facultad de Leyes de la Universidad de Chile, cuando de golpe se detuvo. Un grupo de estudiantes, de traje, sombrero y corbata, discutía en las escaleras si el origen de la ley era humano o divino, si su papel debía ser civilizatorio u opresor. Agarrada con fuerza del brazo de su hija, su madre hizo un ademán para que retomaran el paso de una vez. Pero Matilde parecía ausente. Junto al grupo de alumnos, como una aparición delirante, absurda, impensable en 1887, había visto fugazmente a una mujer. Y ya no pudo arrancar esa imagen de su cabeza. Cinco años más tarde, en junio de 1892, Matilde Troup se titulaba como la primera mujer abogado en la historia de Chile.

El diploma de Troup llevaba impresa, en una caligrafía pomposa e intrincada, su nueva y flamante profesión: abogado. Y con ese papel entre sus manos, con orgullo y alegría y una pizca de incredulidad, a Matilde no le quedó más alternativa que verse en el redondo espejo de esa «o». Esa letra al final de la palabra, esa vocal rotunda y

clausurada, debía incluirla también a ella. Es más, esa «o» junto al nombre y apellido de una mujer era una verdadera conquista a finales del siglo diecinueve. Matilde Troup, abogado.

Ciento diecisiete años más tarde sería mi turno. Ante un grupo de jueces compuesto exclusivamente por hombres, en un salón del que colgaban retratos de masculinos próceres de la patria, alcé mi mano y prometí que desempeñaría fielmente mi profesión. Un instante después, recibía un diploma con la misma palabra estampada en tinta negra: abogado. Y por más que la escudriñé e intenté enfocar y desenfocar mis ojos, por más que quise sumarme a la perfecta redondez de esa vocal, no encontré allí lo que Troup sí había hallado. La «o» había perdido su inocencia.

Si una de las primeras conquistas del feminismo fue la incorporación de las mujeres a todos los oficios y labores, y muchas de esas mujeres aceptaron voluntaria o estratégicamente que el masculino que designaba a sus profesiones también las nombraba, esa promesa de igualdad probaría muy pronto ser falaz. Siguiendo los pasos de Matilde Troup, otra Matilde, de apellido Brandau, ingresó a las mismas aulas de la Facultad de Leyes cinco años más tarde. Y tras escuchar a sus profesores hablar de los derechos políticos del hombre, de las facultades patrimoniales del marido y de la incapacidad relativa de la mujer, se abocó a glosar los márgenes de sus cuadernos y códigos con otra visión. Recién egresada, Matilde Brandau concluyó una tesis titulada *Derechos civiles de la mujer*. Y es que por más que quiso interpretar las palabras de otro modo, una «o» era una «o» era una «o» era una «o». Y *hombre* en esos códigos, quería decir sexo masculino, y *buen padre de familia* quería decir padre y no madre.

Tras años de verse proyectadas en el engañoso reflejo de un *nosotros*, tras emprender una y otra vez el ejercicio de leer *humanidad* donde literalmente decía *hombres*, el peso de la realidad acabó por imponerse. Ni las palabras ni las vocales eran inocentes y mal podían reflejar lo que en rigor no incorporaban. Las declaraciones de derechos humanos, décadas después de su promulgación, agregaron *niñas* allí donde decía *niños* y borraron *hombres* para escribir *seres humanos*. Y las últimas mujeres *abogados* en la historia de Chile se titularon ese año junto a mí. Las que juraron al año siguiente ya no tuvieron que imaginar que esa «o» las contenía.

Imaginar, sin embargo, ha sido siempre un motor del feminismo. Una imaginación avezada y a veces incómoda que ha permitido a las mujeres desbordar los estrechos márgenes establecidos al proyectar otras formas de vida, de familia, de comunidad y también de habla. Las obreras que fundaron las primeras mancomunales debieron imaginar otras condiciones de trabajo para ellas y sus hijas. Las sufragistas debieron imaginarse marcando sus votos sobre un papel. Las casadas se vieron divorciadas y las solteras concibieron para sí mismas una vida alternativa. Y escritoras como Octavia Butler o Ursula K. Le Guin, entre muchas novelistas y poetas, poblaron sus páginas con nuevos paisajes y otras voces. A lo largo de siglos, las mujeres se han proyectado en espacios que no las contemplaban: escuelas, museos, fábricas, bibliotecas, universidades, parlamentos, hospitales, laboratorios, naves espaciales y hasta ficciones. Y cada conquista supuso imaginar y pronunciar palabras que no existían, o restituir a las existentes la fuerza que habían perdido en el camino.

El 2018, en Chile, se puso en marcha esa imaginación. Estudiantes secundarias y universitarias alzaron la vista y constataron que en los óleos colgados de los salones de honor, en las bibliografías, entre los docentes y en los cargos directivos, se repetía una misma ausencia: mujeres. Comprobaron que se seguían comentado sus escotes y no sus ideas, y que muchas entre ellas habían sido acosadas por sus propios profesores. Reclamaron, denunciaron, desafiaron el silencio que durante siglos ha naturalizado el abuso de poder y constataron, a poco andar, que denunciar de poco servía. No había protocolos o simplemente estos no se aplicaban. Hacían falta al menos cuatro voces contra un mismo profesor, al menos cuatro casos que revelaran una misma conducta, para que las autoridades tomaran el peso de sus palabras. Porque la palabra de una mujer valía un cuarto e incluso menos. Y porque valían menos les pagarían menos y correrían más peligros a lo largo de sus vidas. Para ser escuchadas debieron volverse multitud.

En un hecho que fue calificado como inédito pero que encuentra sus raíces en una historia larga y silenciada, las estudiantes chilenas pusieron un verbo en acción: tomar. Y masivamente se tomaron ya no solo las salas de clases, sino el debate público y privado en un país desacostumbrado al conflicto. Así como las sufragistas cien años antes envolvieron piedras con papeles que llevaban escritas sus consignas y luego las lanzaron contra los ventanales del parlamento inglés, las estudiantes chilenas encabezaron su propia insurrección y rompieron otros cristales. En la prensa, en las redes sociales, en las aulas, en las casas y en las calles había reaparecido la palabra feminismo en boca de una nueva generación.

La imaginación política de ese movimiento sobrepasó la visión que motivó a Matilde Troup a atravesar las puertas de la Facultad de Leyes. En los grupos que fueron capaces de ver más allá del *no* como consigna —*no* ser acosadas, *no* ser violadas, *no* ser asesinadas—, ese feminismo pareció alzarse como un proyecto que excedía un reformismo «con perspectiva de género», que resistía los impulsos punitivos tan populares en otros territorios y que consideraba insuficiente agregar palabras como *femicidio* o *travesticidio* a un diccionario de atrocidades ya demasiado extenso. Pareció perfilarse como un movimiento capaz de imaginar otras formas de habitar el mundo —con los cuidados y la interdependencia como nuevos paradigmas—, y también, y esto es central, otro modo de nombrar ese mundo.

Aunque las demandas de ese momento se articularon en torno a consignas tan concretas como la educación no sexista, el aborto legal o el derecho a no morir asesinadas, en los intersticios de ese feminismo pareció asomar una pretensión más profunda: interrogar no solo las categorías que reproducen las relaciones de poder, sino también su lenguaje. Ese feminismo se preguntó, entre otras cuestiones igualmente espinosas, *qué es* ser mujer y *qué es* ser hombre. «La revolución feminista es con camionas, travestis y colizas», decía un esténcil en la Facultad de Artes de la Universidad de Chile. «Pedagogía disidente y feminista», decía otro lienzo. Y a la entrada de la Universidad Diego Portales: «Frente a la violencia machista, todas desobedientes y chorizas». Frases que chocan con un presente fuertemente reaccionario y donde incluso sectores progresistas banalizan las exigencias de mujeres y disidencias. Argumentando que se trataría de meras «demandas identitarias»

contrarias a las preocupaciones de clase propias de las izquierdas, califican como superfluo y contraproducente a un feminismo que precisamente ha hecho del cruce entre género y clase una de sus prioridades, y que movilizó y sigue movilizando a millones de personas.

En voces polifónicas, surgidas de cuerpos colectivos y de cuerpos individuales que buscaron eludir los binarismos, las feministas de hace unos años se preguntaron si acaso la masculinidad tóxica no era la principal causa de la violencia contra las mujeres, y si no sería el momento de decir basta a una feminidad de buenas madres agobiadas e infelices. Se preguntaron también por el modo en que se suman las exclusiones de clase, raza y género. E interrogaron no solo a los hombres sino también al macho que habita en todas las mujeres. Pero esas nuevas voces también cuestionaron en qué medida seguir hablando de hombres y mujeres, de rasgos masculinos y femeninos, de palabras con «a» y con «o», no profundizaba un sistema de pensamiento que reproduce la desigualdad, interrogando las dicotomías fundantes del pensamiento patriarcal. Y entre extrañas palabras con «e» y capuchas decoradas con brillantinas, pareció asomar una visión.

Las resistencias a ese movimiento fueron inmediatas y hoy no es exagerado hablar de una restauración conservadora. Yo misma releo estas páginas escritas en la intensidad de esos días y, con desazón, constato cómo se estrellan con un presente cada vez más clausurado. Incómoda y contrariada, dudo incluso de si incorporarlas o no a este libro. Y de hacerlo, titubeo sobre si mantener sus párrafos intactos, como registro de una época y de cómo esta atravesó mi escritura, o intervenirlos con mi mirada actual, más

poblada de desilusión. Evoco ese tiempo lejano y cercano, propio y ajeno, lento y fugaz, y finalmente decido que sí. «La imaginación no puede vivir en un mundo derrotado», recuerda el filósofo Gaston Bachelard. Y aunque crucemos una coyuntura de pesadumbre, donde incluso el lenguaje parece haberse replegado, confío en que ese pasado preserve un germen de futuro o al menos ciertas palabras que sirvan de ancla para no naufragar.

Fiel a su alegoría de las olas, el feminismo ha vivido muchísimas resacas. Tras el ingreso de las primeras mujeres a oficios antes dominados por hombres, los periódicos de los años treinta del siglo pasado se llenaron de columnistas que proponían limitar su inserción laboral por el temor a que las nuevas trabajadoras abandonaran a sus familias. Tras la obtención del derecho a sufragio, algunas décadas después, desde el Estado chileno se promovieron políticas destinadas a reafirmar el rol del hombre como proveedor y de la mujer como dueña de casa. Y tras la despenalización del aborto en tres causales fue posible ver, al menos en Chile, a la derecha y al centro cerrando filas para impedir su implementación y cualquier avance hacia la legalización del aborto a secas.

Las voces de alarma durante y después del «mayo feminista» del 2018 fueron igualmente reactivas. Los más burdos, desde sus tribunas, gritaron «feminazis». «Rabiosas» y «exageradas», dijeron los más asustados, recordándonos cómo sus antecesores exclamaron «brujas», «histéricas», «locas de atar». Las estrategias para despojar a las mujeres de su humanidad, calificándolas como monstruosas, anormales o vedándoles emociones tan políticas como la rabia, son atávicas, sobre todo cuando las mujeres se aproximan al poder. Y es que en la historia de Occidente, como explica la

clasicista Mary Beard, ha habido siempre una separación radical —cultural, real e imaginaria— entre las mujeres y el poder. Basta echar un vistazo a la tradición griega: Medea sufre el destierro, los hijos de Clitemnestra conspiran para matarla y Antígona muere ahorcada. Y por más anacrónicas que suenen estas referencias, su vigencia sigue intacta. En una visita a Brasil, la filósofa Judith Butler debió esquivar a un grupo de fundamentalistas religiosos que le gritaban «bruja» y «pervertida», y que minutos después quemaron una muñeca montada sobre una escoba con su fotografía en la cara. La mitología que subyace al patriarcado no ha sufrido cambio alguno, en palabras de Luce Irigaray. Y ayer y hoy se manifiesta en esas voces estridentes.

Pero esas voces solo fueron las más extremas. Desde espacios más tradicionales como los diarios y las universidades, otros más comedidos advirtieron que ese feminismo tenía una impronta autoritaria y punitiva. Con resquemor constataron que había cambiado lo que era aceptable en las aulas y en sus trabajos, y que de golpe se desnaturalizaba una trama de violencia y discriminación. El uso de redes sociales como medio para denunciar esos abusos fue masivo y generó escozor. Pero no obedeció, a mi parecer, a un ánimo punitivo ni a un deseo de eludir el debido proceso, como muchos vociferaron entonces. Más bien a la recuperación de voces y palabras históricamente silenciadas y a una justificada desconfianza hacia las instituciones. En una región —y en un mundo— donde el poder judicial ha sido lento e ineficaz a la hora de responder a la violencia contra las mujeres y donde incluso la ley exculpaba esos actos de violencia —para proteger la honra masculina, por ejemplo —, el debido proceso puede ser poco más que una fantasía. De allí

la propensión de muchas mujeres a recurrir a las redes sociales como instancia paralela a una justicia que sigue siendo esquiva o inexistente, y cuyo uso probablemente mermará solo cuando los tribunales, sentencia a sentencia, consigan relegitimarse como un espacio donde sí son escuchadas.

En el terreno del lenguaje, las disputas en el 2018 y en los años siguientes no fueron menos intensas y muchos las calificaron como intentos por «destruir el castellano». En España, donde el feminismo también tuvo un fuerte despertar, el escritor Arturo Pérez-Reverte declaró que «una cosa es el feminismo necesario y otra el talibanismo radical que se basa en retorcer las palabras». Y en Chile se multiplicaron las voces que advirtieron sobre las nuevas formas de «coerción social» agazapadas en el lenguaje de algunas feministas. Usando expresiones como *talibanismo* y *coerción*, Pérez-Reverte y otros escritores e intelectuales denunciaron que se estaba imponiendo «una dictadura de lo políticamente correcto» y que «ya no se podía decir nada». De un momento a otro, un grupo numeroso de hombres en posiciones de poder ya no sabía cómo hablar, cómo seducir o cómo impartir clases en una sala repleta de mujeres. Y parecieron olvidar, en una amnesia bastante decidora, la definición que sus propios diccionarios confería a las palabras *dictadura*, *política* y *corrección*.

Aún no conozco a una sola mujer que no haya experimentado un episodio de violencia machista, sea físico o verbal. Muy pocas han tenido el privilegio de vivir en un mundo *correcto*, real o político. La mayoría simplemente no quiere que le griten en la calle, no quiere que la violen, no quiere que la maten, no quiere que le paguen menos. Tampoco quieren ser las exclusivas responsables de la

reproducción y, con certeza, no quieren que sus profesores les pregunten si acaso vinieron a dar un examen o «a que las ordeñen». Pero tampoco pretenden, o eso quiero creer, que el arte se llene de representaciones modélicas de la feminidad ni abogan por silenciar a quienes expresan visiones o palabras incómodas. Pero llamar la atención sobre el machismo agazapado en el lenguaje no es censurar. Lo que ocurre es que los criticados se han quedado sin repertorio verbal ante un presente que ha revelado sus palabras y sus prácticas como parte de un entramado de desigualdad.

La lengua es portadora de una historia. Es el relato gramatical de un orden político: el patriarcado. Y la disputa por el lenguaje es reflejo de la impugnación a ese orden que, como señala Santiago Kalinoswki, «se mide en mujeres muertas, mujeres que no cobran lo mismo por el mismo trabajo, mujeres que no pueden caminar en paz por las calles, mujeres que sufren agresiones dentro y fuera del hogar». En ese contexto, cómo hablar o escribir —si decir *nosotras*, *ellos y ellas*, *alumnos y alumnas*, e incluso *alumnes*— tiene menos que ver con la corrección o la incorrección gramatical que con darle un estatuto lingüístico a una diversidad de sujetos, disputar políticamente la lengua y restituir la secreta potencia a ciertas palabras ya gastadas de tanto pasar de boca en boca sin ser capaces de nombrar. Y se trata de una tensión no solo presente en el castellano, sino también en el francés, el alemán y el inglés, como refleja la reciente prohibición del lenguaje inclusivo en documentos oficiales estadounidenses bajo el gobierno de Donald Trump.

Esas y otras resistencias demuestran que el lenguaje nunca ha sido neutro y que las causas de la irritación de ciertos grupos son menos lingüísticas que políticas. Todo lenguaje, no solo el llamado

«inclusivo», es «lenguaje de género» al menos hasta que el género deje de ser la fuente de disparidad que es hoy día. A más de un siglo de que se titularan las primeras profesionales, pretender que la palabra *abogado*, *alumno* o *ciudadano* nombre a las mujeres es no solo anacrónico sino contumaz. Y poco sentido tiene discutir con los portavoces de la Real Academia. «El masculino gramatical funciona como término inclusivo en referencia a colectivos mixtos», dicen a espaldas de una realidad donde el masculino genérico, poco a poco, ha dejado de ser preciso.

Un feminismo transformador se juega su fuerza y su futuro en estas disputas. En revertir en cada hombre y cada mujer y también más allá de ese binomio, el «despotismo de la costumbre», como lo llamó John Stuart Mill, y ello implica urdir otras formas de habla y otras formas de comunidad, incluso cuando los vientos soplan en contra.

Ante cambios profundos y complejos, no es sorprendente que quienes históricamente enseñaron de un cierto modo, caminaron por la calle de un cierto modo e incluso sedujeron de un cierto modo, se sientan interpelados. Tampoco es fácil identificar los propios modos de hablar o de escribir que siguen impregnados de machismo. Es un proceso que requiere de reflexión, serenidad y también de una labor de relectura. Releer, por ejemplo, los textos escolares que solapadamente designan roles fijos y jerárquicos para niños y niñas, reproduciendo la desigualdad desde la infancia. Releer el modo en que hombres, mujeres y disidencias ocupamos el espacio público, desnaturalizando el miedo y el acoso. Releer las prácticas que llevan a dudar de la palabra de las mujeres dentro y fuera de los tribunales. Y releer incluso, a nivel más íntimo, las viejas formas de

seducción, no para imponer un manual que protocolice los vínculos sexuales o afectivos, sino para que la libertad y el placer no sean atributo solo de algunos. Releer: la labor feminista por excelencia, en palabras de la poeta y ensayista Adrienne Rich.

Si es cierto que las palabras determinan nuestra manera de ver el mundo, que concebimos un pasado, un presente y un futuro porque nuestro lenguaje no permite ver más allá de esos tres tiempos, si es verdad que *somos* nuestras letras y los silencios entre esas letras, no es extraño que escuchar palabras terminadas en una excéntrica «e» resulte ajeno. Que soltemos carcajadas nerviosas al no reconocer esas palabras y, sobre todo, al no poder imaginar el mundo que designan. Porque a diferencia del lenguaje escrito, donde poner una «x» no atraviesa nuestros cuerpos, a la hora de encarnar el lenguaje, la resistencia puede ser total. Nuestra lengua nos define y esas palabras desafían las fronteras de nuestra identidad.

Pero es preferible interrogar la risa y la parálisis que causa el desconcierto. Esquivar el rechazo visceral y emprender, una vez más, una labor de relectura. También hubo carcajadas e indignación en la revuelta de la «a». Durante décadas, *ingeniera*, *abogada* y *doctora* designaron a la esposa del ingeniero, a la esposa del abogado, a la esposa del doctor. Y cuando las primeras mujeres se incorporaron a esas labores, hombres y mujeres, entre risas, calificaron como superficial, confuso e innecesario el deseo de nombrar esas profesiones en femenino. Porque pronunciarlas implicaba admitir otra realidad. Porque decirlas suponía aceptar algo nuevo e impensable. La resistencia duró más de un siglo. Pero ahora, esas mismas palabras y lo que ellas designan —*ingeniera*, *abogada*,

doctora— forman parte de un imaginario posible e iluminan una realidad que durante mucho tiempo no fue más que una visión.

Imaginar ha sido siempre la primera transgresión del feminismo. Y la historia del feminismo es una historia de transgresión. Entonces, sobre este papel, limitada como estoy por mi lenguaje, por mis binarias configuraciones de género, por mi propia historia y mis prejuicios, me pregunto, sin una pizca de ironía, asumiendo mis resistencias y carcajadas, si no tendremos que prestar un poco más de atención. Y preguntarnos qué ven esos ojos cuando apuntan y dicen *nosotres*. Qué visión aparece frente a ellos cuando usan esa vocal que nadie había empleado de ese modo. Y en lugar de silenciarlos con nuestras risas o expresiones de rechazo, escuchar. Escuchar cómo esos cuerpos que se tomaron las calles y las aulas, esos cuerpos escurridizos, que se atrevieron a eludir las dicotomías, se nombran con otras palabras, con palabras *otras*. Escuchar con atención esas «e», ese *nosotres* torcido e incorrecto. Y ver si acaso, lentamente, se nos acostumbra el oído. Si repetición tras repetición se tuerce la lengua y se transforma el habla, y si con ellas, con cada una de las nuevas palabras —esas que hoy parecen absurdas y esas otras que aún no existen—, va apareciendo el vasto paisaje de una nueva realidad.

Contra el derecho

Me senté atrás, en la última fila. Éramos cien, tal vez más. Más de cien estudiantes en la sala de clases y frente a nosotros, un profesor. El crujido de la madera bajo sus pies marcaba el ritmo de sus palabras. Un paso, «buenos días»; otro paso, «bienvenidos». Saqué mi cuaderno, mi lápiz y escribí: *Introducción al derecho*. Era mi primer día, y esa, mi primera clase. El profesor esperó a que guardáramos silencio y nos miró con curiosidad y una pizca de desilusión. O tal vez la curiosidad y la desilusión eran mías y nos examinó expectante y algo nervioso. Frunció el ceño, carraspeó, alzó la vista y dijo: «¿Qué es el derecho?». No sé si alguien respondió. Imagino que una mano se alzó en la primera fila y que una voz pronunció palabras como «norma» o «prohibición». Yo estaba atrás, muda, mis ojos fijos en el pizarrón mientras el chirrido de la madera bajo sus pies marcaba el lento paso de los cinco años que pasaría en la Universidad de Chile. ¿Qué era el derecho? ¿Para qué servía el derecho? «El derecho», dijo al fin el profesor, «es un arma contra la crueldad».

Esa frase acompañó mis estudios como acompaña una piedra en el zapato. Nunca le pregunté a Pablo Ruiz-Tagle, mi profesor de esa cátedra, qué quiso decir esa mañana. Si acaso realmente creía en esa definición o si su objetivo era arrojar una luz sobre lo que el derecho *debía ser* algún día. Ignoro si todavía iniciará su clase con esas palabras. Si acaso es posible pararse hoy frente a un centenar

de estudiantes, la mitad de ellas mujeres, y decirles, sin ironía, que el derecho *es* una herramienta contra la crueldad.

Me tomó un largo tiempo y bastante esfuerzo olvidar los artículos y plazos que debí aprender como una cantinela en esos años de juicios imaginarios. Tardé mucho en dejar atrás ese rumor de clasificaciones y jerarquías que ya Franz Kafka había definido como «un aserrín masticado por miles y miles de bocas». Pero esa frase, por más que quise, no la pude olvidar, y aún reaparece con la porfía con que aparecen las promesas incumplidas. Cada vez que leo sobre una mujer imputada por abortar, ríos desviados por la minería o pueblos despojados de sus tierras, me vuelvo a preguntar dónde está ese derecho que prometía combatir la crueldad. Si acaso ha existido alguna vez para tantas mujeres y niñas, si ha sido un escudo para las disidencias sexuales, una defensa para los migrantes o una salvaguarda para los territorios devastados por la codicia. Y cuando además compruebo la importancia del derecho en la política contemporánea —particularmente en el Chile de los dos procesos constituyentes—, esa promesa contra la crueldad da paso a la inquietud. ¿Qué es realmente el derecho? ¿A quiénes ha servido? ¿Quiénes lo susurran a los oídos de las parlamentarias y parlamentarios? ¿Cuál ha sido su rol en la acumulación de riquezas por parte del 1% de la población? ¿Su contribución a la precarización de las vidas de millones de personas? ¿Su responsabilidad en la catástrofe ecológica? ¿Se trata de un discurso, nada más? ¿De un puñado de palabras?

Intelectuales como Michel Foucault y Giorgio Agamben han formulado en su producción teórica algunas de las críticas más incisivas al discurso jurídico. Describiéndolo como una fachada del

poder económico o como un instrumento que cristaliza el dominio de unos cuerpos sobre otros, sus visiones persuaden al desvelar un aparato discursivo que muchas veces ha pretendido ser neutral para borrar las huellas de sus prejuicios y que se ha escudado tras la palabra consenso para así ocultar una imposición.

Pero ha sido el feminismo —o en rigor, los diversos feminismos— una de las corrientes más prolíficas a la hora de formular críticas al derecho acaso porque su historia ha sido también una historia contra la ley. Contra el dominio masculino ejercido dentro y fuera de los códigos y que ha conducido a reformas y promulgaciones desde el siglo dieciocho hasta el presente. Desde la *Declaración de los derechos de la mujer y la ciudadana*, proclamada en 1791 por Olympe de Gouges como respuesta irónica a la nada universal *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, hasta la ley de aborto publicada en el 2021 en Argentina, por mencionar un hito del pasado y otro más reciente.

Esa relación paradojal con el derecho —un vaivén que va de la suspicacia a la ciega fe— se refleja en el campo teórico en un amplio abanico de posiciones. Desde aquellas que, como Catherine MacKinnon o Andrea Dworkin, definen el derecho como una herramienta de dominación patriarcal, a otras que confían en el discurso jurídico como única arma de transformación. La filósofa Sara Ahmed, a medio camino entre estas posturas, afirma que la historia del feminismo ha sido una historia de transgresión. Que enfrentadas a estructuras legales y culturales fundadas en relaciones de dominio, la mayor resistencia de este movimiento ha sido desobedecer. Y qué duda cabe de que en la insubordinación individual y colectiva ha radicado parte de su fuerza. Pero infringir

normas y costumbres ha sido solo una de las expresiones del feminismo y a ella han seguido también contundentes afirmaciones. «Ideales normativos», como los llama Judith Butler, que incluso se han plasmado en leyes a favor de la igualdad.

Un vistazo a la historia legislativa de Chile permite constatar ese movimiento que va del quebrantamiento a la dictación, de la derogación a la promulgación o, en otras palabras, de la desconfianza a la confianza en el derecho. En 1934, por ejemplo, se aprueba el voto femenino para las elecciones municipales y en 1949 para las elecciones parlamentarias y presidenciales. En 1989 se deroga la incapacidad relativa de la mujer casada, estableciéndose, en su lugar, su absoluta capacidad legal. En 1999 se reemplaza en la Constitución el término «los hombres» por «las personas» y el mismo año se incorpora la cláusula: «hombres y mujeres son iguales ante la ley». El 2004 se dicta la esperada y tardía ley de divorcio. Y el 2019, tras la revuelta popular que colmó las calles de todo Chile, se inicia el primero de los procesos constituyentes que pareció mover el péndulo de la destitución a la constitución y que tuvo como uno de sus motores precisamente al movimiento feminista.

Desde esos primeros días de protesta, entre ensordecedores cacerolazos, surgieron algunas consignas que parecían apuntar contra el derecho: fin a las pensiones de miseria, fin al lucro en la educación, fin al negocio del agua y fin al abuso, palabra que condensó un malestar acumulado durante años ante casos documentados de colusión y corrupción. «Fin», decían las pancartas. «No más», se leía en las paredes, anunciando en ese final, en esa caída, la siguiente interrogante: si acaso junto con el posible fin de ese derecho neoliberal que había privatizado las pensiones, la

educación y los recursos naturales, otro derecho podría servir para cimentar la imaginación política de la revuelta o si el descontento no encontraría su cauce o su lenguaje en la salida constitucional.

Para indagar en la posible emergencia de otro derecho, el feminismo es una herramienta clave ya que su relación paradojal con este discurso se tomó parte de la agenda. ¿Por qué depositar —dijeron algunas— las expectativas políticas del feminismo en el mismo instrumento que había subyugado históricamente a las mujeres? ¿No sería preferible —afirmaron las más desconfiadas— situarse por fuera de la ley patriarcal fundada en principios como «por la razón o la fuerza» o en el «buen padre de familia» como estándar de conducta? ¿Y si esta era —respondieron otras— una oportunidad histórica para incidir sobre las definiciones del propio derecho y escribir, entonces, una constitución feminista? ¿Pero qué sería una constitución feminista? ¿Existe en alguna parte del mundo un derecho donde las palabras «precedente» o «costumbre» no sean fórmulas para perpetuar una larga historia de desigualdad? ¿Era deseable transformar el derecho? ¿Y era realmente posible?

«La constitución es el conjunto de normas de más alta jerarquía de un país». Aprendí esa definición cuando era estudiante y la repetí infinitas veces al oír titubeos sobre el vínculo entre la desigualdad y la Constitución chilena. Me remitía entonces a recordar el germen autoritario de sus redactores y a revelar cómo el marco normativo neoliberal operó como chaleco de fuerza, impidiendo reformas en materia de derechos sociales durante toda la transición a la democracia. Pero una constitución, en realidad, desborda ampliamente esa definición basada en la pirámide normativa del filósofo Hans Kelsen. Y es que antes que norma suprema, antes que

declaración de derechos, antes que carta de navegación, una constitución es un simple libro. Un pequeño volumen de cubierta azul, que se vende en los kioscos de Chile, y que tiene incisos en lugar de versos y artículos en vez de estrofas. Y acaso esa definición, la que desacraliza el derecho y lo aproxima a la literatura, permita reflexionar desde otro lugar sobre el proceso constituyente que ya nadie o casi nadie quiere recordar.

El poeta y abogado chileno Armando Uribe, en un coloquio sobre derecho y literatura donde se discutía la obra de Martha Nussbaum, dijo en su peculiar tono malhumorado: «La ley tiene un imperio que la literatura no tiene». Y tras una pausa, agregó: «La literatura persuade por la fuerza propia de las palabras; en cambio la ley persuade y obliga porque está respaldada por el imperio, la fuerza y el poder».

La literatura tiene el poder del lenguaje y el derecho el lenguaje del poder. La distinción parece sencilla, casi un juego de palabras que, con o sin intención, desdibuja el poder normativo de una parte de la literatura y el carácter potencialmente emancipador que puede tener el derecho. Hablo de literaturas complacientes y acríticas, mimetizadas con las demandas del mercado o meros panfletos ideológicos, y que hacen suyo, a su manera, el lenguaje del poder. Y hablo, por otro lado, de leyes cuyo principal modo de imposición no es la fuerza o la violencia sino un conjunto de palabras capaces de renombrar la realidad. Ni hay pura rebelión en la literatura ni pura opresión en el derecho. O, dicho de otro modo, la literatura ha sido, en ocasiones, una herramienta del poder y el derecho, aunque excepcionalmente, un lenguaje emancipador en medio del vilipendiado aserrín al que aludía Kafka.

¿Por qué me remito a la literatura en esta reflexión sobre el derecho? ¿Hay algo en la escritura literaria que pueda servir para desentrañar el embrollo de artículos e incisos que mantuvo a Chile en ascuas durante casi cuatro años? Una pregunta para quienes ven en el derecho una fuente de convenciones patriarcales o una mera herramienta de dominación económica fue y sigue siendo la siguiente: ¿y si el derecho se acercara un poco más a esa literatura que experimenta y bosqueja otros mundos sobre el papel? ¿Y si en lugar de recurrir al poder de la fuerza confiara un poco más en las palabras?

Voy a narrar una anécdota que me ha avergonzado durante al menos quince años. En esas frías salas donde estudié derecho, poco antes de terminar la carrera, formé parte de un grupo de estudio de sentencias internacionales de derechos humanos. Una tarde de verano —era verano, lo sé, porque la vergüenza me hizo sudar— leímos un voto minoritario de un juez brasileño que, lejos de ese paradigma del ser humano independiente y autónomo, lejos del liberalismo clásico y de su fantasiosa idea de individuo, admitía la existencia de una relación entre un grupo de indígenas guatemaltecos y sus ríos, sus bosques, sus volcanes, su tierra. Esa relación se traducía, en su opinión, en un derecho a la posvida: el derecho a ser enterrados en un territorio que a su vez formaba parte de sus propios cuerpos. El texto era hermoso. Recuerdo haber subrayado los nombres de las aves, la descripción de las montañas y haberme desconcertado ante la posibilidad de otra relación con el territorio, otra forma de humanidad y otro horizonte para el derecho. Sin embargo, durante esa reunión, no me atreví a levantar la mano. Los profesores se burlaron del juez, mis compañeros lo calificaron

como delirante, lo llamaron escritor frustrado e impostor, y todas las bocas se estremecieron en unas carcajadas cómplices, de las que yo también participé. Esa risa, la de los abogados y abogadas, trazaba una frontera: entre lo permitido y lo prohibido, lo decible y lo indecible, lo imaginable y lo inimaginable, el derecho y la literatura. Y yo quedé con esa risa tallada en la boca, grabada como una vergonzosa cicatriz.

Quisiera remitirme a esa cicatriz, escribir contra esas carcajadas y, sobre todo, volver a examinar esas bocas: las bocas históricamente autorizadas a pronunciar las palabras de la ley. Las bocas de los jueces y legisladores, hombres y blancos, con sus también blancas y pomposas pelucas, señalando un modelo de conducta a su imagen y semejanza: el «hombre medio», el «buen padre de familia», el «hombre» a secas. También las bocas de los parlamentarios dictando con sus voces en apariencia expertas leyes a favor de la gran minería, de la pesca industrial, de la tala de bosques o de la impunidad. Las mismas bocas que en *El proceso* anuncian que Joseph K. está detenido y frente a las cuales Kafka deja a su protagonista perplejo y mudo. Voces roncas, a veces crípticas, donde nos hemos acostumbrado a escuchar autoridad. Voces solemnes, incomprensibles, y frente a las cuales hemos guardado silencio o, peor aún, hemos sonreído con complicidad, como sonreí yo esa tarde de verano. «Voces poderosas», diría la historiadora británica Mary Beard al reflexionar acerca de dónde percibimos poder y dónde no hemos sido entrenadas a escucharlo. Voces que en esa ocasión, hace quince años, yo no supe desautorizar, pero que un coro multitudinario puso en entredicho en las protestas chilenas del 2019.

Ese coro, tras semanas de manifestaciones reprimidas con violencia por la policía, exigió, entre otras demandas más difíciles de desentrañar, redactar una nueva constitución. Y lo que parecía asomar tras esa exigencia era el deseo de protagonizar, sin representantes de la vilipendiada clase política, la escritura de un marco político propio, un relato propio, un futuro propio, con palabras propias. Pero eso no fue lo único que sucedió.

De la mano del colectivo feminista Lastesis, en el segundo mes de las protestas, cientos de miles de mujeres corearon, primero en Chile y luego en el mundo, «el patriarcado es un juez», apuntando con el dedo a las instituciones públicas y privadas que a lo largo de siglos han normalizado la violencia, la discriminación y una posición subordinada para las mujeres. Un coro estremecedor expresaba un descontento de larga data. Y el derecho, en el sentido más amplio —como discurso, como estructura, como marco de comprensión del mundo— era el objeto de ese descontento. Si en la Comuna de París los manifestantes quebraban los relojes para dar cuenta del fin de una era, en la revuelta chilena las estatuas del pasado fueron las que cayeron de sus plintos: los conquistadores españoles, los próceres de la patria, los jinetes en combate terminaron en el suelo, sugiriendo que en el horizonte asomaba un posible cambio de paradigma.

Un año después, ya en el medio de la pandemia que volvería dolorosamente visible el carácter interdependiente de los seres humanos, una elección apabullante confirmaría ese deseo de transformación. El 78% del electorado aprobó iniciar la escritura de una nueva constitución y enseguida fue el turno de elegir a los representantes que redactarían ese nuevo libro.

La composición de ese órgano no se asemejó a ningún parlamento que hubiera tenido Chile. Tantas mujeres como hombres, representantes de diversos pueblos originarios, de la ciencia, de la docencia y de las voces de la calle. En su primera sesión, Elisa Loncon Antileo, convencional del pueblo mapuche, fue escogida por sus pares como presidenta. El momento era inédito. Loncon saludó en mapudungun, se dirigió a «los pueblos» de Chile y habló de construir un país «que cuide a la madre tierra, un Chile que limpie las aguas, un Chile libre de toda dominación».

Yo estaba viendo las noticias, conmocionada. Repentinamente recordé esas risas y el carácter inconcebible de otro derecho apenas quince años antes. La imagen de Elisa Loncon presidiendo la Convención con el cuadro *Descubrimiento de Chile*, de Pedro Subercaseaux, a sus espaldas, era no solo impresionante sino excepcional. Allí estaba una mujer mapuche como cabeza del órgano político más importante de las últimas décadas, flanqueada por ese cuadro que recordaba la dominación colonial y su estela de sangre: conquistador, armadura, espada en mano. Allí estaban el pasado, el presente y el futuro en una proliferación insólita de símbolos. Y allí estaba también un racismo ubicuo y subterráneo, brotando en las redes sociales y en la televisión, refiriéndose al castellano «incorrecto» de Loncon, a la voz «demasiado aguda» y «sin autoridad», y a la lengua borrada, «incomprensible», que asomaba entre las vocales de la lengua colonizadora. Esa voz femenina y bilingüe no podía, para algunos, encarnar el poder o tal vez el poder comenzaba a dejar de ser lo que había sido: un atributo individual, masculino y autoritario, para comenzar una incierta transformación. «No es fácil hacer encajar a las mujeres en una estructura que, de

entrada, está codificada como masculina: lo que hay que hacer es cambiar la estructura», propone Mary Beard. Y la composición de la primera Convención Constitucional supuso atisbar ese cambio de estructura, resistido con fiereza desde la élite política y económica del país. Semanas después, Loncon arribó a la Convención con varios libros bajo el brazo y sugirió, ante las cámaras, algo inédito: leer literatura y teoría para ampliar el horizonte de lo posible ante el desafío de escribir ese nuevo libro para el país.

La literatura, el feminismo y una cosmovisión indígena largamente negada habían ingresado a un espacio nuevo de poder o, tal vez, el poder de pronto habitaba otros cuerpos y era, después de mucho, pronunciado por otras bocas. Este hito había tenido antecedentes en el movimiento feminista, cuando el 2018 las estudiantes se tomaron las universidades y liceos de Chile exigiendo un cambio de paradigma en la educación. En ese momento las vocerías no recayeron en una o dos líderes emblemáticas sino que optaron por vocerías rotativas, que transformaban la idea de unicidad, singularidad y autoridad, en otras formas de poder colectivo. Algo así como la voz plural que aparece en *El otoño del patriarca*, de Gabriel García Márquez. Una voz que ingresa —sin cuerpo o acaso diluida en el cuerpo colectivo de una multitud— al palacio de gobierno y observa el poder destituido, el salón ya vaciado del dictador. O la voz plural que asoma en *Mano de obra*, novela de Diamela Eltit en la que no es posible señalar de dónde emana el coro porque se trata de una voz que excede las dimensiones de una sola subjetividad. O la voz de *Space Invaders*, de Nona Fernández, cuando dice, acaso para sostener el dolor colectivo de la dictadura: «aullamos un alarido que sale más allá de nuestras bocas, una

consigna inventada y convocada por otros, pero hecha para nosotros».

Hablo de la voz, de las voces, porque la revuelta popular —silenciada con violencia debido a la diversidad, tono y contenido de esas voces— también supuso repensar la relación entre voz y autoridad, la idea de coro e incluso la propia idea de autoría. Un libro escrito a muchas manos con el feminismo como uno de sus aparatos críticos y con la libertad propia de una literatura que mira la tradición como una fuente pero no un destino.

Redactado vertiginosamente, ese libro se atrevió a más de lo que se había atrevido una parte de la narrativa chilena: redefinió la palabra «cuidar», la relación entre lo humano y lo no-humano, y trazó líneas audaces hacia un camino de recuperación ecológica. Un libro escrito con una originalidad imprescindible de cara a un planeta en ruinas. Que estableció derechos sexuales y reproductivos anhelados por muchas mujeres. Que reconoció los derechos de los pueblos originarios, redefiniendo el Estado hacia su plurinacionalidad. Si a esto agregamos un amplio catálogo de derechos sociales, como habitantes de una franja de tierra árida y maltratada, nos encontramos ante una oportunidad histórica.

Al menos eso sentí yo al leer ese texto: esperanza y una sensación que llamaría vértigo o asombro pero que en rigor no tiene una palabra más precisa que ilusión. Porque fue desilusión lo que arremetió apenas unos meses después ante la aplastante derrota. Pero no me adelanto a ese momento y me detengo en lo que supuso esa inesperada fe en las palabras y en lo que un grupo de animales-humanos podía hacer ante a un futuro clausurado. ¿Qué nos quedaba, de lo contrario?, me pregunto apenas unos años

después. ¿Escribir sobre un papel de calco las palabras del libro anterior? ¿Aspirar a menos? ¿A lo mismo?

Vivíamos —y vivimos aún— un presente distópico. Mientras escribo y reescribo este texto, el autoritarismo adopta nuevas caras, se suceden las guerras, los incendios y siniestros islotes de basura navegan por los océanos del planeta. En Chile, desde donde mis dedos presionan las teclas con ansiedad, el territorio atraviesa la crisis hídrica más grave de su historia. Hay árboles muertos en las calles, zonas de sacrificio medioambiental y miles de personas sin agua potable. ¿Qué tiene que ver eso con la ley? ¿De qué modo una constitución podría torcer el que parece ser un destino? Pues bien: Chile sigue siendo el único país del mundo donde el agua es propiedad privada y los ríos se subastan en la bolsa de comercio como si se tratase de bonos o acciones. Esa venta, esa compra, la permitió y fomentó un tipo de derecho donde impera la codicia sin importar sus consecuencias.

El derecho y la desigualdad han estado de la mano no solo en Chile y en América Latina. La disparidad que caracteriza incluso a las sociedades europeas ha sido el resultado de un modelo económico y también normativo: de un tipo de derecho. Hasta octubre del 2019 esa alianza entre desigualdad y derecho, entre neoliberalismo y destrucción, no había sido interrogada por las grandes mayorías. La fuerza destituyente de la revuelta pareció establecer esa causalidad y dio paso a un momento constituyente único en la historia reciente. Un año más tarde, la Convención Constitucional terminó de escribir su libro, una nueva Carta Magna. Un texto que intentó cambiar los paradigmas y que fue *contra el derecho* que conocíamos: contra el derecho que mercantiliza la salud y los recursos naturales, contra el

derecho que hizo de la educación un bien de consumo, contra el derecho que penaliza la autonomía sobre los cuerpos de las mujeres, contra el derecho de la devastación medioambiental. Se trató, por primera vez, de *otro* derecho que puso una palabra insólita en su centro: cuidar.

El momento era inédito y la expectativa, enorme. Fui a votar ansiosa y algo angustiada ante el incierto resultado del referéndum. Y nerviosa esperé toda esa tarde. La derrota fue rotunda, indisputable. Perdí. Perdimos. La nueva constitución no llegó a serlo. Mi voto se contó entre el minoritario 38% que apostó a ese librito azul, a esa imaginación política, a ese nuevo lenguaje, a ese *otro* derecho. La noche también fue larga y extraña. Porque lo que suele suceder tras una elección es que si unos pierden otros celebren, y en esa ocasión, salvo algunos bocinazos en los barrios altos de la capital, buena parte del país se quedó mudo.

Aunque eso no es del todo cierto. Porque bajo ese aparente mutismo se restauraban las viejas voces de la autoridad. El relato sobre lo sucedido —la revuelta popular y el proceso constituyente— comenzó a ser narrado con otras palabras que tarjaban con premura las anteriores. De ser llamada «revuelta social», se impuso el concepto «estallido social» y, poco después, «estallido delictual». «Estallido», pienso y anoto esa palabra con recelo: un término que apunta a un estruendo, a un ruido fugaz y destructor, a un mero arrebato que borra el tiempo fuera del tiempo en que la sociedad entera pasó a hablar de su futuro, de su descontento, de sus fracturas y de sí misma. Y todo para no decir «revuelta», esa palabra arremolinada y díscola que desde *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas, a

la *La pérgola de las flores*, de Isidora Aguirre, ha nombrado momentos huracanados, confusos, ruidosos y, sobre todo, vivos.

Por otro lado, de la discusión sobre el «orden neoliberal», pasamos no solo a la restauración de ese orden económico sino a la centralidad del otro: el orden público. De la preocupación por los derechos humanos vulnerados durante las protestas —con el saldo de más de 400 personas con daño ocular por acción directa de la policía—, pasamos a la dictación de leyes para blindar a esas mismas policías. De la validación de diversas hablas y saberes en el discurso político, pasamos al silenciamiento de esas voces, a la reivindicación de supuestas experticias técnicas y al retorno del «no saber» para los sectores populares. Del feminismo en sus diversas corrientes, pasamos a la restauración de un discurso reivindicativo de una supuesta universalidad —blanca y masculina— por sobre lo que se llamó «particularismos» y «gustitos identitarios»: los derechos de las mujeres, de las disidencias sexuales y de los pueblos originarios. Como si la igualdad fuese una identidad, pensé entonces con molestia. Como si el derecho a no ser considerados ciudadanos y ciudadanas de segunda clase fuera una cuestión identitaria y no el más básico de los derechos.

Un proceso de borramiento sucedió ante nuestros ojos: desembozado, resuelto, apabullante. Y cómo no: las voces que habían surgido, ese coro que no parecía hablar el lenguaje del poder era peligroso. Un coro inesperado y rotundo, que fue urgente criminalizar, domesticar y avergonzar. Borrón y cuenta nueva. O como dice la canción, «lo que pasó, pasó»: es decir, lo sucedido era parte del pasado.

El proceso empezó de nuevo, esta vez dirigido por esas viejas voces. Roncas, secas, autodenominadas «técnicas», reaparecieron las voces del poder. Y se rieron de ese derecho con minúscula tan cercano a la literatura que había escrito ese grupo tan extraño —«marcianos», dijeron— apenas unos meses antes. Y acompañados de comités técnicos sin elección popular redactaron su propio libro. Un nuevo librito azul, aunque de novedoso tuvo poco. Porque parecieron copiar párrafos enteros del libro anterior, la Constitución de Pinochet, pero agregando artículos e incisos aún más estrictos, más neoliberales y más difíciles de modificar. Y fuimos de nuevo a las urnas, esta vez a votar por el libro dictado por esas voces. Y perdieron también y por un margen amplísimo. Y tampoco hubo celebraciones. O tal vez sí, en susurros, entre quienes habían leído *El Gatopardo*, de Giuseppe de Lampedusa, y rieron último y mejor al alero de su frase más citada: «Todo cambia para que todo siga igual». Porque el libro azul de antes, el de Pinochet con sus reformas noventeras, siguió siendo la Carta Magna colgada en los kioscos de todo Chile.

Respirar hondo fue lo primero. Lo segundo, las preguntas: si acaso la razón neoliberal no solo había colonizado leyes y novelas sino también nuestras miradas, nuestras subjetividades y nuestras palabras. Y entonces otro orden no solo era imposible sino que fue percibido, por la mayoría, como inimaginable, irreal, extraño y hasta peligroso. Y si acaso tener esa fe en el derecho, una fe de la que participé con entusiasmo, fue, además, irrisorio. Porque la ley, para las grandes mayorías que marcaron dos veces rechazo, nunca había sido garantía de nada y la salida constitucional era entonces percibida como inconducente y desconectada de la realidad.

La literatura ya había anticipado esta segunda posibilidad. En *El desierto y su semilla*, la feroz novela de Jorge Barón Biza, hay una reflexión sobre la ley que tal vez sea mejor lectura de época que cualquier análisis político. «Fueron años en los que las normas eran lejanas», acusa el narrador, «no tenían ninguna explicación, ninguna importancia. ¡Apenas se las podía llamar leyes! Yo había conocido normas y castigos severos desde mi infancia, pero estaban siempre cerca de nosotros. Eran leyes con historia, con recomendaciones para vivir. Podías hablar con esas leyes porque te respondían; y podías hablar con tu gente sobre esas leyes. Creo que la locura llega cuando compruebas que existen normas en contra del amor, en contra de la existencia de la gente, hechas, no para favorecer alguna conducta buena, sino para lograr el frío total. Nos cayeron encima aquellas normas de hielo». Y siguen ahí, pienso ahora, esas normas de hielo. Ese derecho glacial que muchas veces ha hablado contra el amor y contra la existencia. Un derecho que se blinda en tecnicismos y al que no es posible formularle preguntas porque no ofrece respuestas.

Concluidos ambos procesos constituyentes, aturdida por la intensidad de esos meses, me levanté una mañana decidida a retomar la escritura. Me encontré entonces con la ruma de libros que leí vorazmente para evadir la tristeza: dos novelas y dos ensayos abandonados sobre mi velador. Los levanté y vi que abajo se asomaba el librito azul: la nueva constitución que yo había respaldado. Otro trago de amargura, respirar hondo y seguir adelante. Me acerqué a mi estantería y fui acomodando cada uno de los libros leídos: la novela irlandesa con los irlandeses, la mexicana con los mexicanos, los ensayos con los ensayos, pero me quedé con

esa constitución en la mano. ¿Ficción especulativa? ¿No ficción? ¿Novela utópica? No, no. Por supuesto que no.

No sé cuánto tiempo estuve frente a mi propia biblioteca pero el suficiente para que mis ojos se fijaran en otro libro delgado, pequeño y apenas visible. No lo había vuelto a leer y hasta podría decir que lo había olvidado. *Urgencia y paciencia*, de Jean-Philippe Toussaint.

Habitualmente subrayo mis libros, los gloso y discuto imaginariamente con sus autoras o autores, garabateo signos de exclamación en las oraciones que no me gustan y dibujo corazones cuando siento conmoción o admiración. Y ese libro no se había salvado de mis intromisiones. Se trata de un ensayo sobre la escritura; un libro sobre escribir libros. Lo leí el 2016, en medio de un proceso creativo dominado por la desorientación y el desánimo. Así que me encontré con lo que subrayaría una mujer desorientada y desanimada, alguien que buscaba en ese libro una salida o al menos una compañía en medio de otro tipo de aturdimiento.

Toussaint esgrime una teoría hermosa y extraña sobre la escritura: la urgencia es un motor imprescindible, pero no puede existir sin la paciencia. Y los momentos de paciencia son los más difíciles de sostener. Ambas fuerzas están presentes en cada escritor y, yo agregaría, en cada escritora. En Proust primaría la paciencia, en Faulkner la urgencia. Sergio Chejfec y Sylvia Molloy serían buenos representantes de la paciencia, y Carlos Droguett y Diamela Eltit ejemplos de lo que puede alcanzar la urgencia. Pero la urgencia, aclara Toussaint, no es sinónimo de inspiración. «Lo que las distingue», dice, «es que la inspiración es recibida y la urgencia es adquirida. En el mito de la inspiración —ese mito romántico—

subyace una pasividad que me parece desagradable, como si el escritor —el poeta inspirado— fuera el juguete de una gracia externa, Dios o la Naturaleza, que aparece y posa su dedo sobre él. La urgencia», afirma Toussaint y yo subrayo sobre el subrayado anterior, «no es un don sino una búsqueda. Y solo se llega a ella a través del trabajo; uno debe salir a encontrarla, aventurarse en su reino».

La urgencia, entonces, es vértigo y es premura, son los dedos deslizándose presurosos sobre el teclado. Es la proliferación de imágenes, la convergencia de ideas. La urgencia es búsqueda, es velocidad y una inusual forma de armonía. Pero también la urgencia es excepcional y frágil, y así lo explica Toussaint. «La urgencia es un estado de la escritura al que solo se arriba después de infinita paciencia. Es la recompensa por esa paciencia, su milagroso desenlace». La regla, en la escritura, es la imagen borrosa, la lentitud, los dedos pasmados sobre el teclado, la desorientación y, muchas veces, la desesperación. Y sin embargo ambas fuerzas conviven. La velocidad y la parsimonia. La intuición y la reflexión. La certeza y la duda.

La escritura escapa a las dicotomías. Puede ser feliz y desoladora. Pausada y trepidante. Honda y superficial. Y cada libro es en igual medida fruto de esas fuerzas contradictorias. No puede haber urgencia sin paciencia, y la paciencia sin urgencia no es más que escritura burocrática, es decir, no podría ser literatura.

Esto que se aplica a la escritura es trasladable a otros espacios. ¿Al amor? Con seguridad. ¿A la amistad? Probablemente. Y a lo mejor también puede ser útil para seguir pensando el momento político que vivimos como país, su corolario de desafección y

pesadumbre, y observar los movimientos que lo hicieron posible, entre ellos, el feminista. Y entre las muchas preguntas que me rondan, incómodas e insistentes, aparece esta: si acaso el éxito histórico del feminismo no se debe precisamente a una relación profunda con la urgencia y la paciencia.

A mediados del siglo dieciocho, un grupo de mujeres encorsetadas y envalentonadas por conversaciones llenas de urgencias comenzó a tener un sospechoso protagonismo en la vida pública de Chile. Ya Mary Wollstonecraft había escrito su *Vindicación de los derechos de la mujer* y Olympe de Gouges había publicado su *Declaración de derechos de la mujer y la ciudadana*. ¿Qué ocurrió con la sociedad chilena ante esas señoras con aires de independencia que demandaban mayor participación en la vida pública? Legisladores, todos hombres, temiendo una arremetida de esas mujeres, consideraron necesario agregar a la ley electoral de 1884 un artículo que prohibiera expresamente el voto para la mujer por «encontrarse sometida al yugo del esposo quien podía ejercer su poder e influencia sobre su esposa». ¿Cuántos años transcurrieron? ¿Cuántas marchas? ¿Cuántas luchas? ¿Cuántos proyectos detenidos por la misma palabra que al menos a mí me sigue acongojando: la palabra *rechazo*?

Décadas después, en 1949, un 4 de septiembre como lo fue también el día de la derrota electoral, las mujeres chilenas votaron por primera vez en una elección presidencial y adquirieron pleno derecho al sufragio. Desde entonces los avances han sido vertiginosos y, me atrevería a decir, movidos por una imaginación colmada de urgencias. El feminismo imaginó mejores condiciones laborales para hombres y mujeres, igualdad en las más diversas

profesiones, derechos políticos sin limitaciones, una vida menos violenta, e incluso que las mujeres conformaran la mitad de los integrantes de una Convención Constitucional. Para ello hubo marchas, debates, lectura, escritura, incluso violencia. Pero para conseguir esas conquistas hubo también derrotas y reveses. La derrota de la ley de divorcio, que ahora es ley. La derrota del proyecto de matrimonio igualitario, que también forma parte de nuestros derechos. La derrota del aborto en tres causales que, aunque insuficiente, está regulado.

Tras el revés que supuso el primer plebiscito, hubo quienes afirmaron que la imaginación feminista fue la derrotada. No creo que sea así. No hay claridad sobre qué fue lo rechazado, o al menos yo no me atrevo a afirmarlo porque al cabo de un año un proyecto antitético fue rechazado también. Ahora bien: si hubiese algunos que sí desecharon el primer texto constitucional porque consagraba muchos derechos para las mujeres, para las disidencias sexuales o los pueblos originarios, dejo este recordatorio por aquí: también el sufragio femenino fue rechazado. Lo que hoy es obvio y damos por sentado, apenas ayer era inconcebible. Lo que hoy es sentido común, también fue inimaginable y revolucionario. Esa ha sido también la historia del feminismo: estar contra el tiempo. Contra las tradiciones de su tiempo, contra las leyes de su tiempo y contra lo que el tiempo ha normalizado bajo el nombre de «costumbre».

Ya han pasado varios años de ese momento político y a veces vuelvo a sentir amargura. Una oportunidad histórica, me digo, y paladeo la palabra *desperdiciada*. Pero otras veces, más optimista, cambio de opinión y me digo también: «lo que pasó, pasó». No en el sentido que le quisiera dar un sector de la política chilena —que lo

que pasó es parte del pasado y es preciso olvidarlo o borrarlo—, sino en este otro sentido: sucedió, ocurrió, aconteció en las calles y en nuestros cuerpos, con nuestras voces y palabras. Y eso, aunque lo intenten, no se puede borrar. Pasó y no solo eso: quedó consignado sobre el papel y en nuestra memoria. Y tal vez nos han faltado palabras para saber nombrar ese suceso, ese ensayo, esa experiencia, esa imaginación que contiene un ensayo de futuro en una época en que pocos se atreven a proyectar más que ruina y destrucción.

La Constitución del 2022 quiso ser libro y no fue más que borrador. Eso pensé tras la derrota, con el librito inubicable en mi mano. Porque en mi biblioteca no tengo una sección para los borradores. Y no la tengo por esta razón: los borradores siempre me han servido de secreto compás. Nunca alcanzan a convertirse en libro pero vuelvo una y otra vez a ellos porque suele haber allí una chispa, una semilla, una ruta. Porque en los borradores está la urgencia y lo que sigue es la paciencia. No hablo de esperar, la espera es una palabra distinta. La espera es pasiva. La espera significa renunciar. Dice Jean-Philippe Toussaint: «Detrás de escenas escritas en medio de la urgencia hay momentos en que todo progreso parece detenerse, en que los vientos ya no soplan y parecemos irreparablemente paralizados. Es entonces cuando debemos perseverar, resistir, apretar los dientes, seguir *no llegando*, porque la urgencia sigue moviéndose hacia delante, sigue trabajando subterráneamente, acumulando energía». De eso se trata, tal vez: de saber navegar el vaivén, sus olas y resacas, sin dejar de apuntar hacia ese territorio aún desconocido.

Advertencia: Solo palabras

«No lo pienses más», escribió Michelle Carter en su teléfono. «Hazlo de una vez», remató. Esas fueron algunas de las palabras que, en un juicio inédito, la llevaron a la cárcel. Su delito: homicidio involuntario. La víctima: su novio, de dieciocho años. Lo extraño: él estaba en su auto, solo, al momento de morir. Carter, a kilómetros de distancia, tecleaba en su pantalla las letras que armaron una a una sus palabras. Y digo *armaron* porque para el tribunal esa fue su arma letal.

En una sentencia sin precedentes, un juez de Massachusetts determinó que Carter, de diecisiete años, había sido responsable del suicidio de Conrad Roy. Que esos mensajes y llamadas telefónicas reiteradas a lo largo de semanas habían sido la causa, al menos indirecta, de su muerte. Para el juez estadounidense no había duda razonable: las palabras podían matar.

Seguí con atención y perplejidad este caso cuando apareció en las páginas policiales. Leí los debates que despertó en la prensa, vi una serie de televisión sobre el supuesto crimen y hasta escuché la canción sobre Carter que circuló en las radios de Estados Unidos. El hecho dio la vuelta al mundo y cómo no: los tiempos siempre encuentran su caso. Un conflicto judicial donde se ponen en juego las tensiones de la época y la sociedad puede verse reflejada en una u otra posición. Así ocurrió en Francia con la violación agravada de Gisèle Pelicot; en Chile con la censura de la película *La última*

tentación de Cristo; y en Argentina con «Higui», encarcelada por matar al hombre que pretendía violarla. Sucesos que despertaron intensas discusiones sobre la libertad de expresión, la violencia sexual, el consentimiento o las masculinidades, reflejando cómo, a partir de juicios emblemáticos, la comunidad política pone a prueba sus límites.

El procedimiento contra Carter me pareció un hito igualmente significativo, reflejo de una época en que la pregunta por el lenguaje y su poder se ha vuelto crucial. Que una serie de mensajes pudiese ser considerada causa de una muerte decía *algo* no solo acerca del juicio y sus temas colindantes —el suicidio adolescente, la soledad o el impacto de las redes sociales en la salud mental—, sino también sobre debates en apariencia más lejanos: desde la «corrección política» hasta los *trigger warnings*. Lo que estaba en juego soterradamente en la sentencia contra Carter no era solo su responsabilidad penal sino el poder de las palabras y su capacidad de causar un daño o repararlo, mantener un orden social o transformarlo.

La capacidad del lenguaje de *hacer algo* más allá de comunicar está bien estudiada. En el campo de la lingüística, John L. Austin la denominó «acto del habla» y uno de sus ejemplos paradigmáticos fue el contrato de matrimonio. Un rito en el que las palabras «sí, acepto» transforman el estado civil de una persona que pasa de estar soltera a casada y por ende obligada por un nuevo estatuto legal. Pero las palabras, en rigor, *hacen* mucho más que eso. La palabra mentiroso, por ejemplo, pronunciada a la cara del acusado, puede causar que los capilares se dilaten y las mejillas se tiñan de rojo. Las palabras también —la noticia de una muerte inesperada,

por poner otro ejemplo— pueden causar una miocardiopatía de Takotsubo, en que las válvulas no se contraen adecuadamente y generan un infarto transitorio. Una buena o mala noticia puede debilitar las piernas debido a un cambio en la presión arterial y hablar en público puede secar la boca hasta de la mejor oradora. El lenguaje siempre afecta al cuerpo. Lo atraviesa, lo toca, lo roza, lo irrita. Lo estremece, lo excita, lo entume, lo entibia. Pero no solo al propio cuerpo sino al de otros y otras: espectadores, lectores, televidentes. Y ese poder no solo es central en el juicio contra Carter sino en los resquemores acerca de lo que hoy puede ser dicho y aquello que algunos desean con urgencia silenciar.

Hace más de una década, mientras estudiaba en Inglaterra, me cautivó la discusión académica y mediática sobre el uso o abuso de los *trigger warnings*. No conocía siquiera el concepto y lo busqué con curiosidad. Se trataba de *advertencias* que se utilizaban en el aula universitaria para anticipar el contenido del material que se iba a ver o a leer —novelas, ensayos, películas, documentales— con el fin de evitar que este pudiese *gatillar* cierto tipo de reacción en los estudiantes: desde estrés postraumático hasta desazón. Y fue precisamente desazón lo que sentí al enterarme de este fenómeno. ¿Qué debía hacer yo, como futura profesora, ante materiales machistas, racistas o problemáticos por alguna otra razón? ¿Qué había hecho yo, como estudiante, ante ese mismo tipo de material? ¿Se trataba de un «tipo» de obra que se podía encasillar en una simple categoría? ¿Y qué haría yo, como escritora, enfrentada a una exigencia de *trigger warning* en alguno de mis libros? Me irritaba no

tener una postura clara ante esas y otras preguntas. Y como si la claridad fuese una conquista tan forzosa como esquiva, oscilé durante años entre un indeciso a favor/en contra, correcto/incorrecto, sí/no, hasta que entendí que la ruta era otra: lejos de las escurridizas certezas y de esas dicotomías tan tramposas para la escritura y el pensamiento.

Los *trigger warnings* habían surgido en torno al año 2010 en foros virtuales feministas donde grupos de mujeres compartían sus experiencias como víctimas de agresiones sexuales. En ese contexto, algunas pidieron que se añadiera una advertencia cuando hubiese descripciones explícitas de violación porque podía desencadenar en sus integrantes una repetición de lo vivido, es decir, un trauma. Asentí, cómo no. Ese tema no causaba en mí ese tipo de reacción, pero podía presentir esa punzada ante otro hecho doloroso.

Debo haber tenido trece años. Era viernes, lo recuerdo bien. La última clase del día en medio de una ola de calor. El profesor nos llevó a una sala oscura, alargada como un vagón, y sin preámbulos —sin advertencias— apretó *play* en el reproductor. Yo estaba sentada en la última fila y frente a esa pantalla en blanco y negro vi por primera vez las chimeneas de Auschwitz, vi la oscuridad de las barracas, vi montañas de zapatos abandonados, vi el pelo arrancado de raíz, vi la ropa endurecida, y finalmente, vi los cadáveres. Huesos y más huesos bajo esa piel amarillenta y quebradiza. Huesos que yo había visto una vez antes en la televisión de mi casa, cuando tras la advertencia de aquellos años —«las siguientes imágenes no son aptas para personas sensibles ni menores de edad»— aparecieron las fosas comunes del Patio 29, en el Cementerio General. Yo tenía entonces siete años y sé que no cerré los ojos. Ni siquiera pestañeé.

Y tampoco lo hice en la sala de clases. Afuera, sonó el timbre. El día había terminado. Era viernes, de eso estoy segura, porque la algarabía en el patio contrastó con el silencio al interior. Sola, salí del aula. Y sola, me detuve ante esa sensación nueva e insondable. El sol me golpeó la cara como algo inapropiado, excesivo. Cómo podía seguir allá arriba, el sol. Cómo podía entibiar, el sol. Yo tenía las manos frías, los pies fríos, todo el cuerpo entumecido. La misma reacción que tuve años después al recorrer el campo de concentración de Buchenwald. Y al visitar el Museo de la Memoria en Santiago de Chile. Y al leer *La lengua del Tercer Reich*, de Victor Klemperer. Y *Chernóbil*, de Svetlana Alexiévich. Y al ver las imágenes de los hospitales bombardeados por Israel en Gaza. Y podría decir que tuve la misma reacción al visitar Londres 38, ese edificio que hoy alberga un museo y donde fue torturado mi papá. Podría decir que salí recorrida por ese frío. Estremecida por ese frío. Siendo yo misma la definición del frío. Pero no sería verdad. No he pisado Londres 38 porque algo amenazante, desconocido, se oculta al otro lado de su pared. Ese gatillo que no estoy dispuesta a percutar.

Los *trigger warnings*, desde ese origen en foros privados de internet, comenzaron a masificarse y a diversificarse. Hoy son parte de la programación de todas las plataformas de video, de incontables sitios web, de salas de cine, programas académicos, artículos de prensa y su presencia en la literatura ha sido arduamente debatida y resistida. Y a las advertencias sobre violencia sexual siguieron muchas otras. Primero, las más obvias: racismo y violencia explícita. Pero luego un listado que la escritora Roxane Gay enumera en el ensayo «Te Illussion of Safety/Te Safety of Illusion» (La ilusión de la seguridad/La seguridad de la ilusión) y cuya lectura

acompaña mi desconcierto: «desórdenes alimenticios, pobreza, autolesión, *bullying*, heteronormatividad, suicidio, genocidio, esclavitud, enfermedad mental, discusión sobre sexualidad, homosexualidad, homofobia, adicción, alcoholismo, el Holocausto, capacitismo...». «Aparentemente», afirma Gay con una cuota de ironía, «la vida requiere un *trigger warning*... ¿Dónde paramos?», se pregunta después.

No tengo una respuesta. Solo subrayo su texto como forma de sumarme a sus preguntas mientras pienso en esa vida, esta vida, que carece de advertencias. Con guerras latentes y desatadas que se transmiten en vivo por televisión, con hambrunas, violencia sexual, pedofilia y un genocidio viralizado en redes sociales. Donde quienes residen en Chile sabrán que aquel que nace en Vitacura vivirá once años más que quien nazca el mismo día en La Pintana. Y donde los padres de un niño que asista a cualquier escuela estadounidense sabrán que su compañero de pupitre puede dispararle a quemarropa. Todos estamos a la intemperie, aunque algunos mucho más. Y todos, creo, vivimos temerosos de que ese gatillo —el interior— pueda apretarse sin advertencia. La vulnerabilidad es el estado esencial de la vida y más aún de estos tiempos. Y parece que hubiésemos perdido las coordenadas para vivir en esas condiciones: con el dedo sobre el gatillo. Pero a quién pertenece ese dedo no es un punto menor. Y de qué tipo de gatillo se trata tampoco lo es. Porque a nivel individual podemos ser gatillados por la violencia contra los animales o el temor a un tiroteo, pero cuando el gatillo obedece a la pertenencia a un grupo históricamente marginado o a un tipo de agresión estructural, el problema se complejiza. O se colectiviza, tal vez.

Sara Ahmed, filósofa aguda como pocas, describe como «pánico moral» al que subyace a la discusión sobre los *trigger warnings* y enumera las razones esgrimidas por cada posición. En un texto breve y provocador titulado «Feminist Hurt/Feminism Hurts» (El dolor feminista/El feminismo duele), Ahmed hace acopio de los argumentos formulados por sus defensores y detractores, revelando cómo estos se superponen, se repiten, se abren y clausuran de un modo apabullante y hasta caótico.

Sus opositores describen estas medidas como:

- antiintelectuales,
- responsables del declive de la libertad académica,
- un síntoma del neoliberalismo,
- evidencia de narcisismo,
- señal de infantilización,
- una forma velada de censura.

Son apuntados también como inútiles —pocas personas dejarían de ver o leer una obra tras exponerse a una advertencia—, y acusados no solo de no proteger a nadie, sino de:

- acentuar la ansiedad,
- sanitizar el debate público,
- inhibir el diálogo honesto,
- y reforzar prejuicios raciales o de género.

Y entre sus partidarios las razones son igualmente diversas y a ratos confusas:

- la importancia de dar una alternativa a quien lo desee o necesite,
- la autonomía individual,
- la empatía y la solidaridad con el otro,
- la protección de la salud mental,
- la inclusión de las diversidades,
- el consentimiento informado a la hora de enfrentar un material de lectura o audiovisual.

A este abanico se añade otro punto igualmente interesante: la pluralidad de sujetos que apoya cada posición, cosa poco habitual en buena parte de los debates contemporáneos. Entre sus opositores los hay de todo el espectro político, desde teóricos *queer* de izquierda hasta representantes de la extrema derecha, y sus partidarios están integrados por evangélicos a ultranza, activistas por la diversidad sexual e intelectuales feministas. Se trata de un tema delicado, que se ramifica de formas insospechadas y toca conflictos hondos y sensibles. Y por eso me parece un territorio tan fértil para escarbar.

En la misma época en que acumulaba material sobre los *trigger warnings*, ya obsesionada con los tintes coléricos de la discusión, una pequeña editorial inglesa se interesó en publicar mi primera novela. Me enviaron por correo electrónico un cuestionario bastante general y vi que contenía una pregunta acerca de si me parecía que el texto debía contener advertencias. «¡No!», contesté. Recuerdo que usé signos de exclamación. Por ningún motivo quería que mi libro se redujera a un tema o a más de uno que pudiese resultar «problemático» para el público inglés. Porque esa novela, *La resta*,

en la jerga de los *trigger warnings*, contenía crueldad animal, violencia explícita, desaparición forzada, homosexualidad. Y sin embargo no se «trataba» ni de la crueldad animal ni de la desaparición forzada ni de ser homosexual. Y si se trataba de la violencia, ¿qué libro no contendría una advertencia? No, por ningún motivo, respondí con un énfasis exagerado ya que los editores ni siquiera lo habían propuesto. El libro fue publicado en Inglaterra y en Estados Unidos sin advertencias. Tiempo después, lectores de esos países me etiquetaron en sus redes sociales compartiendo impresiones y reclamos. Algunos habían abandonado *La resta* por la escena de un loro asesinado. La lectura de mi ensayo *Las homicidas* había sido interrumpida por las imágenes de un cadáver cercenado y por discutir el derecho al aborto. Y mi novela *Limpia* había sido desechada por abordar un posible suicidio infantil e incluir la muerte de una perra, descrita con «excesivo detalle». *Trigger warning*, reclamaron en sus redes, etiquetándome como quien se queja por un producto defectuoso. «Indignante», afirmaron. Y a mí, sin excepción, me exasperó esa reacción.

¿Por qué respondí ese no rotundo si yo misma no tenía una posición definida? ¿Qué le *hacían* esas eventuales advertencias a mis libros, o en rigor, a cualquier obra literaria?

Un libro puede horrorizar, es cierto, también repeler o disgustar, pero eso no se debe exclusivamente a que aborde temas «difíciles», sino a que adopta una forma y ciertos silencios que le *hacen algo* a quienes leen: rozar, atravesar, estremecer e incluso violentar. Y una advertencia, pensé —¿lo pienso todavía?— imponía una lectura prescriptiva. Sería, para algunos, una intrusión indeseada, una forma de reduccionismo. Como leer un libro previamente subrayado,

pensé, molesta por esa imagen tan invasiva. Que quienes lo prefieran abandonen la lectura, me dije y por un momento creí haber alcanzado una certeza. Estoy en contra, afirmé. Y sin embargo.

En su ensayo «Trigger Happy: From Content Warnings to Censorship» (Gatillo feliz: De las advertencias a la censura), el académico *queer* Jack Halberstam afirma que el problema de la palabra *triggering* (que gatilla o desencadena) es que «reduce al espectador a un ser sin defensa, pasivo e inerte» y que «da lugar a formas paternalistas de protección». Roxane Gay, en la misma línea, se enfurece ante lo que percibe como una forma de condescendencia camuflada. «¿Cómo te atreves a asumir qué es aquello de lo que necesito ser protegida?», inquiere, poniendo en el centro de esta discusión el problema de la vulnerabilidad.

¿Quién exige los *trigger warnings*? ¿Se trata de personas vulnerables o que han sido vueltas vulnerables? ¿Es la vulnerabilidad una condición existencial, universal y compartida, o una determinación social que afecta a unos cuerpos sobre otros? Para Judith Butler y la socióloga Leticia Sabsay, la vulnerabilidad, cuando es esgrimida como identidad de grupo, resulta problemática. Reforzaría prejuicios sociales al subrayar de manera implícita que un colectivo —por ejemplo, las mujeres— sería particularmente frágil. Un punto que Halberstam, fiero opositor de estas medidas, tensa aún más: «¿es que el sujeto gatillado fetichiza la seguridad y demanda una relación higienizada con la realidad?».

Subrayo sus frases como quien subraya sus propias vacilaciones, algo incómoda ante un tono que percibo tajante y casi despectivo. ¿Y si eso fueran los *trigger warnings*? ¿Un simulacro de control ante

el espiral violento de la realidad y sus representaciones? ¿Y si fueran nada más que un guiño político para subrayar que sí, existe el racismo y la violencia sexual, y su modo de poblar las pantallas o el papel no es inocuo sino que afecta desmedidamente a algunas personas? ¿Valdrían la pena aunque no las protegieran? ¿Aunque fueran un mero gesto? ¿Aunque apenas sirvieran para arrojar luz sobre la existencia y gravedad de estos conflictos? ¿O en realidad reforzarían prejuicios acerca de la supuesta fragilidad de ciertos grupos?

Gay responde con ambigüedad y yo me pliego a sus dudas. «Una ilusión de seguridad es tan frustrante como poderosa», dice, pero añade un argumento que parece volverla favorable a estas medidas: los *trigger warnings* no estarían diseñados para quien no necesita una advertencia, sino para quien sí la requiere. Y por qué otros desean o, peor aún, se sienten con el derecho de calificar esa necesidad y desecharla como algo menor o poco relevante es cuando menos sospechoso. Pese a este punto, Gay recula hacia el final de un ensayo zigzagueante y cuestionador: «no creo en los *trigger warnings*», afirma. «No creo que las personas puedan ser protegidas de sus historias». Y yo subrayo con envidia de su certeza y me extravío una vez más.

Así pasaron algunos años en que seguí sin respuesta, acumulando artículos ilustrativos de una u otra posición, hasta que un día yo misma lo hice: advertí. Y el objeto de mi advertencia fue nada menos que una obra literaria, uno de mis cuentos favoritos del brasileño Rubem Fonseca. Se trataba de un taller de escritura que impartí el año 2020. Mis talleristas eran mayoritariamente mujeres.

El relato en cuestión, «El cobrador», narraba un robo y una violación y esta era gráfica, brutal y detallada.

Dije: no sé si estoy a favor o en contra de lo que yo misma voy a hacer.

Dije: les voy a compartir un cuento que contiene violencia sexual explícita.

Dije: no sé si es correcto o incorrecto advertirlo.

Dije: no quiero ser condescendiente.

Dije: solo les quiero dar una opción, en caso de que en este espacio haya una persona que sienta que puede verse violentada —¿eso dije?— con el texto.

Ignoro si alguien pasó de largo del episodio o no leyó el relato. No sé si hubiese hecho la misma advertencia de haber habido solo hombres en el taller. Sí creo que en parte arruiné la experiencia de lectura. Pero si lo hice, pienso —¿lo pienso todavía?—, y había alguien en ese espacio que podría haber revivido traumáticamente una experiencia, entonces, creo, valió la pena. ¿O no?

Silencio. Borro. Avanzo un paso más.

«Un escritor debiera tener la libertad de leer *Lolita* como nada más que una sucesión de oraciones que existen solo porque sí», afirmó el novelista Joy Caspian Kang en una columna titulada «Trigger Warnings and the Novelist's Mind» (Los *trigger warnings* y la mente del novelista) publicada en la revista *Te New Yorker.* Y yo subrayé sus palabras como una forma de oposición. Era cuando menos reduccionista y más bien peligroso arrancar los libros de su contexto, de su época y de su impacto. Las palabras, anoté al margen, no existen «solo porque sí», aunque Oscar Wilde hubiese usado ese mismo argumento cien años antes. «Un libro está bien

escrito o mal escrito, eso es todo», había anotado el escritor irlandés en el epígrafe de *El retrato de Dorian Gray*. Una afirmación que buscaba oponerse a la moralidad pacata de aquellos años —que acabó encarcelándolo por ser homosexual— y defender la libertad en la escritura, aunque no necesariamente suscribir la idea del arte más allá de preguntas morales. Preguntas que el propio Wilde abordó en toda su obra.

Kang, lejos de ser perseguido u hostigado como Wilde, reaccionaba en su texto a una frase pronunciada por su profesor de literatura. «Cuando lean *Lolita*», había dicho frente a sus estudiantes de posgrado tal como yo lo hice ante las integrantes de mi propio taller, «tengan en mente que están leyendo sobre la violación sistemática de una niña». Una frase que lo incomodó porque se trataba de su novela preferida y a la que ya no podría acercarse «sin el peso de ese juicio».

Leí varias veces el texto de Kang. Lo imprimí y discutí con sus páginas como si los márgenes fuesen un verdadero ring de boxeo. Pero más allá de sus reacciones y las mías, había un elemento llamativo en su diatriba. Kang había interpretado la frase del profesor como un juicio sobre él como lector y como ser humano. Percibía —y lo incomodaba percibir— que su admiración por la novela y por el propio Nabokov lo ponía del lado de la pedofilia o de la violación, lo cual no solo era falso sino un sinsentido. En otras palabras, la *advertencia* de ese profesor había incomodado a Joy Caspian Kang y había intervenido su lectura. Y Kang, tras oír esa frase, ya no era capaz de apreciar *Lolita* como una obra extraordinaria, que en efecto trata —entre otros temas— sobre la violación de una niña, que se sumerge en la subjetividad de un

pedófilo y que a la vez formula preguntas imprescindibles sobre el espesor y complejidad de la literatura. Para Kang, solo era posible esa apreciación positiva y elogiosa *no* enmarcando la obra bajo la categoría «violación de una niña». Un punto falaz porque buena parte de la literatura más excepcional es la que se sumerge en aguas pantanosas o en temas difíciles: desde *Beloved*, de Toni Morrison, hasta *Desgracia*, de J. M. Coetzee.

Y había un segundo punto, no explícito en el texto de Kang pero sí en el debate más amplio sobre los *trigger warnings*: ¿podían estas medidas constituir una forma velada de censura?

Aquí voy, otra vez a tientas en la escritura de estas páginas.

Al enfrentarse a una *advertencia* sobre el contenido de una obra, sus espectadores o lectores pueden abstenerse de verla o de leerla, causando una circulación más limitada. Esto, sin embargo, ha sido descartado por estudios que indican que los *trigger warnings* rara vez producen esa reacción. E incluso si lo hicieran, pienso —y titubeo ante el siguiente argumento—, sería impreciso llamarlo censura. La obra se mantiene en la esfera pública, no es recortada ni retirada, pero una interpretación se cierne sobre ella, la persigue, le arroja sombra, la puede reducir, puede ser incorrecta y generar incomodidad, pero no altera su contenido ni la proscribe. Que la advertencia sea interpretada como un acto de censura habla de otro fenómeno al que se refiere, otra vez esclarecedora, Sara Ahmed. «Quizás», dice, «las expresiones de dolor de esos sujetos [de quienes piden o exigen advertencias] son en sí mismas *oídas* como censuradoras. Y eso es lo que está en juego: de qué manera el dolor es escuchado como equivocado (estás equivocado al sentirte dolido) y como una imposición».

Leo ese párrafo con asombro y lo subrayo como diciendo, con esa línea quebradiza: puede ser. Ahmed enlaza, a través de la palabra *dolor*, el contenido del *trigger warning* —la violencia racista o sexual, por citar sus ejemplos— con el sujeto que supuestamente exige esas medidas: mujeres, disidencias o personas racializadas. «El propio dolor», sugiere Ahmed, «se cataloga como censurador: como exigiendo la remoción de aquello que ofende». Ahmed cita entonces a la escritora y activista Audre Lord, que profundiza en este argumento: «Debemos trabajar y luchar no para *sentir* ese dolor, sino para *advertir* aquello que lo causa, es decir, para *desaprender* aquello que aprendimos a no notar».

De eso se trata, tal vez, anoto al margen de su ensayo y enseguida releo la frase de Lord. De *advertir* aquello que produce un dolor para así transformar la conducta repetida a lo largo de décadas: pasarlo por alto, invalidarlo, interiorizarlo. Un apuntar y nombrar que es explícito en el fenómeno de los *trigger warnings* pero que no ocurrió en el vacío, sino en un contexto de protestas y reivindicaciones de movimientos como «Ni una menos», «Me too» o «Black lives matter», donde voces que solían mantenerse en silencio —silenciadas— se alzaron justamente para decir: me duele, me incomoda, quiero que *esto* se advierta, se vea y se nombre como tal. Y con *esto* me refiero al racismo, al machismo o a la homofobia. Denuncias que están en el corazón de esos movimientos, pero cuya centralidad no implica que los *trigger warnings* hayan sido ni sean parte de sus objetivos o conquistas. Por el contrario: partidarios y detractores de estas medidas conviven entre sus adherentes.

Pero el nombrar, apuntar y advertir sobre palabras o imágenes dolorosas —y la realidad también dolorosa donde estas se proyectan

— no solo tuvo consecuencias sobre esa persona que soportaba sola y en silencio su propia incomodidad. La colectivizó. Y esto impactó no solo al campo de la representación —donde se ha situado este debate— sino a la esfera pública y privada, alterando la balanza histórica de la incomodidad. Y me detengo aquí y me desvío, intuyendo que en la incomodidad, esa emoción tan escurridiza, puede encontrarse un pequeño interruptor que alumbre el camino.

Quienes consciente o inconscientemente decían frases racistas, machistas u homofóbicas en el almuerzo familiar o en la sala de clases, se sintieron también incomodados por esa *advertencia* que, de pronto, enmarcaba sus palabras bajo el paraguas del racismo, el machismo o la homofobia. Y esa súbita irritación encontró su escudo en la palabra «censura». Dijeron, indignados: «ya no se puede decir nada». «Ya no», afirmaron, porque antes claro que se podía. «Nada», añadieron, y yo me pregunto: ¿Es que lo único que tenían para decir era esa frase racista o machista, esa burla homofóbica o misógina, y sin esa posibilidad, esa «libertad», ya no tuvieron *nada* que decir? Y avanzo un poco más: ¿De qué modo esa incomodidad desconocida, ese repentino «no saber decir», afectó especialmente a ciertas masculinidades cuya manera de afirmar su estatus se basaba en esas burlas y violencias? ¿Es que esa alteración en la carga de la incomodidad fue generando resentimiento y también una añoranza por ese almuerzo familiar donde eran otros —y otras— los que guardaban silencio o bajaban la mirada adolorida y ellos sí tenían «algo» que decir? ¿Y de qué forma este cambio social y lingüístico ha incidido en una restauración conservadora que, vociferante, reivindica su propia «incorrección política», es decir, el volver a decir lo que durante un breve tiempo pareció indecible?

La incomodidad implica incertidumbre. Un estar «fuera de lugar» o «fuera de juego» poco habitual en quienes detentan cierto grado de poder. Un «no saber» para algunos insoportable. Una pérdida de control. Y no saber qué decir o cómo decirlo —si decir «alumnos», «alumnos y alumnas» o «alumnes», o cómo nombrar a una persona trans— es lo que genera molestia, desconcierto y hasta rabia en sectores poco habituados a estar incómodos. Preferible saber, parece decir ese sector de la sociedad que incluso recurre a nuevas expresiones del fascismo con tal de recuperar la cabecera en la mesa familiar.

Al cuestionar el supuesto consenso sobre ciertos códigos lingüísticos y representacionales, movimientos antirracistas y feministas parecen haber transferido parte de su incomodidad y dolor a los demás. A incontables padres y abuelos y hermanos y tíos que no solo repiten la frase «ya no se puede decir nada», sino que han pasado a la ofensiva al acusar a los otros integrantes de la mesa familiar de ser policías de la «corrección política».

Y doy otro paso en esta deriva para ver en acción ese concepto tantas veces esgrimido como arma de burla: la «corrección política» que nadie quiere defender y que es usada como ofensa hacia grupos cuyo discurso «bien pensante» no sería verdadero. Me detengo en las palabras y en su significado, siempre decidor. «Corrección», acusan, describiendo un universo de lo apropiado, de lo «correcto». Pero «política», añaden después, para marcar una hipocresía. Así, apuntar a un contenido racista y llamarlo por su nombre, *racista*, sería un acto de corrección política. No una corrección sentida y verdadera, sino fingida, solo aparente, revelando que lo real, lo verdadero, sería incómodamente incorrecto. Tras la cortina de la

«corrección política» estaría la genuina incorrección: la homofobia, el machismo, la xenofobia y el racismo que nunca han desaparecido. Y eso es algo que para algunos, por verdadero, habría que dejar brotar sin contrapesos pues sería el contenido definitorio de su concepción de «libertad». Mejor la incorrecta verdad, repiten encogiéndose de hombros, como si las palabras y los gestos no crearan realidad.

¿Y si tuvieran razón?, me pregunto inquieta ante esa posibilidad. ¿Y si el discurso igualitario fuese una mentira? ¿Y si el llamado lenguaje inclusivo o los *trigger warnings* no fueran más que una pantalla de fingida corrección? ¿Qué sería preferible? ¿La incorrecta verdad o la correcta mentira?

Escribo y borro mientras pienso en cómo ciertas palabras dejan huellas sobre los cuerpos. El cuerpo acribillado de la activista Marielle Franco, en Brasil, en la antesala del triunfo de Jair Bolsonaro. Los cuerpos calcinados de Pamela Cobbas y de su pareja, Mercedes Figueroa, tras la elección en Argentina de Javier Milei. Crímenes que renuevan la pregunta sobre la capacidad del lenguaje de causar daño y las consecuencias concretas —corporales— de la palabra *odio* como afecto predominante en nuestra época.

Las intelectuales Verónica Gago y Gabriel Giorgi se refieren a este punto en su ensayo «Notas sobre las formas expresivas de las nuevas derechas», donde subrayan que el «odio político» sería la forma de expresión predominante de la extrema derecha en América Latina. En su reivindicación de una subjetividad hipermasculina —con motosierra o ametralladora—, y de aquello que había quedado excluido del pacto democrático —el genocidio, las dictaduras, el racismo o el machismo—, se revelaría en ese sector un deseo de

restaurar las jerarquías raciales, de clase y de género. Es decir, de volver a una «incorrección» supuestamente desplazada por feminismos y otros movimientos a los que responsabilizan de imponer «regulaciones de la palabra, de los sentidos». Y para expresar su deseo de restauración, esas derechas emplean un lenguaje que disputa «lo decible» e impugnan la llamada «corrección», denunciando una pérdida de «libertad».

Esta libertad —cuya medida sería la del consumidor-propietario— se fundaría en una «verdadera guerra contra la vulnerabilidad del otro». Y vuelvo a la vulnerabilidad porque se trata de un punto clave en este debate y en estos tiempos. Sería precisamente en contra de esos sujetos vulnerables —o vueltos vulnerables por el «abandono liberal»—, como reacción a «sus fallas, sus quiebres, su fragilidad», contra lo que se alzaría ese discurso «libertario» e «incorrecto».

¿Qué pasó para que esos valores autoritarios colonizaran el discurso político? ¿Es que la «corrección» operaba como un dique y al romperse brotaron ideas y sentires reprimidos? «¿Por qué ahora?», se pregunta a su vez Nicolás Viotti al observar los sucesivos triunfos de la ultraderecha en América Latina. ¿Hay acaso un nuevo sentido común donde se alojan las ideas antiigualdad de género o antimigrantes y que conforma el pensamiento sumergido de la mayoría? ¿O no hay nada nuevo y se trata de afectos negados pero siempre presentes?

Emparentándolos con la corrección política, esos mismos sectores de ultraderecha se han encargado de caricaturizar a los *trigger warnings* como un fenómeno propio de una generación hipersensible. Antes que poner advertencias plantean que sería preferible y hasta encomiable aguantar y callar estoicamente —

masculinamente— frente a representaciones dolorosas en materia de raza o de género. Así, contra la supuesta corrección de grupos a los que califican con desprecio como *woke* («despiertos») y contrarios a los *trigger warnings*, estarían ellos, «los incorrectos».

Lo curioso es que estos grupos no parecen estar realmente en contra de las advertencias sino de su contenido: de que ellas *adviertan* sobre el racismo o la misoginia, cuando ellos se consideran *gatillados* por otros temas: la disidencia sexual, por ejemplo, donde no solo exigen advertencias sino censura, pidiendo el retiro de libros con contenidos LGBTQ+ de bibliotecas públicas, como ha ocurrido masivamente en Estados Unidos en el segundo gobierno de Donald Trump.

Bajo la supuesta defensa de esa «libertad», el gobierno estadounidense ha emprendido una verdadera arremetida en contra de *otras* palabras —que nunca son solo palabras—. La resolución que ordena a todas las instituciones a declarar por escrito que no operan programas sobre «diversidad», «género» o «igualdad» es otro ejemplo. Y universidades como Harvard, en lugar de resistirse a estas políticas, ya han cambiado el nombre a sus programas de inclusión, en un giro propio de *Un mundo feliz*, de Aldous Huxley: de «Oficina de equidad, diversidad, inclusión y pertenencia» a «Comunidad y vida en el campus». Una genuflexión alarmante imitada por otras universidades que también se han alineado a las restricciones impuestas por el gobierno de Trump y su listado cada vez más largo de palabras «sospechosas»: desde «raza» hasta «aborto», pasando por «vacunas», «cambio climático», «microplásticos» o «mujeres». Palabras que buscan ser borradas

para así borrar aquello que nombran, denuncian o pretenden disputar.

Esta digresión sobre la incomodidad y el lenguaje me lleva de vuelta a los *trigger warnings* y a su estado actual.

Disney, una de las empresas que más tempranamente adoptó advertencias de manera profusa, no solo las cambió de lugar, sino que alteró su contenido tras asumir Donald Trump la presidencia. Esta era la frase a la que se enfrentaban originalmente sus espectadores:

> Este programa incluye representaciones negativas o maltrato de personas o culturas. Estos estereotipos eran erróneos en aquel entonces y lo son ahora. En lugar de eliminar este contenido, queremos reconocer su impacto negativo, aprender de él y fomentar el diálogo para crear juntos un futuro más inclusivo. Disney se compromete a crear historias con temas inspiradores y ambiciosos que reflejen la rica diversidad de la experiencia humana en todo el mundo.

Se trataba de una advertencia larga, explícita y hasta reiterativa. Para muchos, excesiva. Para otros, irrisoria, inconducente y la puerta de entrada a advertencias consideradas absurdas, como la de «descripciones de suicidio» colgada de la puerta del teatro Te Globe ante la obra *Romeo y Julieta*, o de «discriminación» contra seres de «piel verde» en la película *Wicked*. Ciertas representaciones contenidas en las películas de los años cincuenta supuestamente eran, para la Corporación Disney, «erróneas» y «negativas», «antes» y «ahora». Pero unas semanas después de asumir Trump, esta es la nueva frase de la misma empresa:

> Este programa se presenta tal como fue creado originalmente y puede contener estereotipos o representaciones negativas.

Ya no aparece a pantalla completa antes de la película sino en la sección «acerca de», es decir, ya no como una advertencia previa. Y lo que era «erróneo» y «negativo» de manera incuestionable, ahora solo «puede ser».

Los *trigger warnings*, mirados de cerca, son campo de una batalla lingüística —y por lo tanto política— de insospechada importancia. Y no solo nos hablan de fuertes disputas de sentido, sino de nuevas formas de censura respaldadas por sus supuestos detractores, pero que también rondan entre los objetivos de algunos de sus partidarios. Censuras veladas o explícitas que pueden ser una consecuencia —deseada o no— de la masividad de estas medidas, pero que también nos hablan de cómo han afectado a escritoras, escritores, cineastas y artistas en general —es decir, a quienes producen las obras que posteriormente son auscultadas— y ya no solo a sus lectores o espectadores.

Al anticipar la posibilidad de un *trigger warning* en el horizonte de una obra aún inédita, por ejemplo una obra literaria, puede suceder que un escritor o escritora «se cuide» de no narrar un episodio de violencia para eludir el escrutinio, alguna polémica o eventuales inconvenientes editoriales. ¿Problemático? Sí. ¿Censura? Avanzo otro paso. Ese mismo escritor o escritora, sin haberse reprimido, puede enviar su manuscrito y su editor o editora puede pedirle —o exigirle— recortar o eliminar episodios «difíciles» para así no dañar sensibilidades. ¿Problemático? Sin duda. ¿Censura? Otro paso más.

El editor o editora, en particular en Estados Unidos, puede rechazar el manuscrito tras enviarlo a los llamados «sensitivity readers», lectores profesionales que, en el mundo anglosajón, inspeccionan libros en busca de escenas, frases o palabras que puedan generar altercados públicos o herir a ciertos individuos o grupos, y que desaconsejan la publicación de manuscritos en base a ese criterio. ¿Problemático? Sumamente. ¿Censura previa? Y doy un paso más. A lo que ha ocurrido con obras infantiles retiradas de bibliotecas públicas en España por contener representaciones «cuestionables», como es el caso de algunos libros de Maurice Sendak y sus ilustraciones de desnudez. O a lo sucedido con la obra de Roald Dahl, no solo tarjada sino reescrita por contener frases consideradas racistas y puesta nuevamente en circulación como si nunca hubiese contenido esas palabras. ¿Problemático? Desde luego. ¿Censura? Qué duda cabe. ¿Justificable?

Releo. Dudo. Y empiezo otra vez.

Y pienso en la receptora o receptor de esos materiales «cuestionables» —lectores, estudiantes, espectadores— y en la posibilidad de que haya operado un cambio cultural respecto de su posición. ¿Son los *trigger warnings* el resultado de la transformación de esos sujetos en seres más activos, y por ende, más *reactivos* hacia las obras que enfrentan? ¿Ha generado ese cambio una actitud de suspicacia respecto de aquellos que paradigmáticamente han producido obras culturales o pensamiento crítico (docentes, artistas o intelectuales)? ¿O se trata de la mutación de esos receptores en consumidores-clientes que demandan «garantías» respecto de un «producto» y de sus eventuales «fallas», exigiendo incluso su

remoción? ¿Es que los estudiantes, lectores y espectadores son los nuevos censores de este siglo?

Y me asomo, intranquila, a otra posibilidad. A que en tiempos antiintelectuales, en que la reflexión autónoma es eludida por pereza o falta de costumbre, los *trigger warnings* estén cumpliendo una función explicativa de las obras literarias o artísticas, precisamente porque la ambigüedad, la opacidad o la complejidad se han vuelto insoportables. El «resumen» que encarnan estas advertencias, sobre todo en plataformas audiovisuales, ese apunte anticipatorio que señala «lenguaje abusivo», «racismo», «violación», resuelve en sí mismo un problema: pensar o interpretar. O, aún peor: tal vez ante el miedo a una obra difícil o indeterminada, que no encaja con las formas supuestamente aceptables de observar el mundo, ciertos espectadores o lectores prefieren esa nota anticipatoria que soluciona antes que ellos cualquier dilema político o moral. «La obra contiene lenguaje racista». «La novela representa la violencia sexual». Fin de la disyuntiva. O, por último: que por temor a que un espectador o lector no interprete como abusiva cierta conducta —una violación o un acto de pedofilia, por volver a los ejemplos anteriores— se promueva esa advertencia para evitar «malas» lecturas y deslizar la «correcta», tendiendo un manto de protección sobre la obra y sus posibles interpretaciones díscolas. Es decir, que los *trigger warnings* sean un síntoma del adelgazamiento del pensamiento crítico y un reflejo del deseo abierto o reprimido de contar con materiales ya masticados, ya subtitulados, ya vistos por otros ojos que nos *adviertan* del contenido de lo que se verá o leerá. No vaya a ser cosa que un libro, una película o una obra de arte nos incomoden o nos hagan pensar.

Y esto me lleva a otro punto, algo más escurridizo. Y es que la literatura, con frecuencia, no distingue forma y contenido o, en otras palabras, su forma *es* su contenido. «El lenguaje opresivo hace algo más que representar la violencia: *es* la violencia», señaló Toni Morrison en su discurso al recibir el Premio Nobel. Y no es descabellado afirmar que *Beloved*, obra clave de Morrison, podría ser objeto de un *trigger warning* por el uso de un lenguaje que no solo aborda la violencia como tema, sino que le *hace* algo a quien la lee. Violentar, seguramente. Gatillar, es posible. ¿Corresponde entonces agregar una advertencia a esa novela cuyo material primario es justamente la violencia racista de ciertas palabras?

«Vivimos en el lenguaje», escribe Judith Butler en *Palabras que hieren*, y yo subrayo esa frase que de golpe enciende otro foco de luz. Porque si vivimos en el lenguaje y, más aún, si *somos* lenguaje, ¿qué duda cabe de que este puede causarnos un daño? ¿Que nos encontramos, querámoslo o no, a la intemperie?

Butler reivindica la importancia de la exposición al daño en obras artísticas que recurren a un lenguaje «hiriente», como sería *Huckleberry Finn* y su uso de la palabra «nigger». Un término tan problemático en Estados Unidos que llevó a su reemplazo por la palabra «esclavo» en una reedición de la obra. Ante esto, la pregunta de Butler resulta crucial: «¿Qué papel cumple el lenguaje racista cuando lo pronuncia un personaje de una obra de teatro o cuando se reproduce dentro de la música negra, por ejemplo, el rap? ¿Deben clasificarse como casos de lenguaje injurioso los esfuerzos estéticos por exponer y demostrar el poder de estas palabras?».

Uno de los problemas de este debate radica en la insistencia en adoptar una posición estricta dentro de la dicotomía a favor/en

contra. Y entre quienes asumen una postura favorable, la exigencia de articular una regla general que no solo suele ser inútil ante la variedad de casos, sino forzar un ingreso policiaco al contenido de todo tipo de obras: desde ensayos hasta novelas, desde películas a documentales. Y que ese ingreso no distinga la apología de un tema «problemático», de su crítica o exposición, como ha ocurrido precisamente con la obra de Mark Twain. O que, más grave aún, sí lo haga, generando como coletazo la expectativa —y, en ella, el mandato— de que una obra *deba* adoptar cierta perspectiva para poder circular con libertad y abriendo la puerta hacia la censura en lugar de hacia la reflexión o la crítica. Y a esto se suma el inconveniente de qué hacer con una producción cultural cuyo objetivo es hurgar en la herida. Y donde es importante, acaso esencial, que esta circule cruda y sin advertencias.

Butler reivindica el trabajar con palabras y representaciones hirientes «para mostrar ese dolor, para oponerse a él y para drenar el poder lesivo que contiene la expresión». Y yo, algo irritada con la idea de que exista ese *deber* para las artes o la literatura, subrayo la palabra «drenar» con suspicacia. Butler, pienso —y sí suscribo su afirmación—, quiere salvaguardar la resignificación como práctica lingüística y da el ejemplo, que también me nombra, de la palabra lesbiana. Una palabra que la hería —que me hería— y que ella reivindica —que reivindicamos— sacudiéndola de la carga insultante con que nos fue arrojada en el pasado e invistiéndola de lo que llama «el poder creativo de la resistencia».

¿Pero cómo podría producirse esa reapropiación o resignificación si el propio *trigger warning* tiende a entorpecer o impedir trabajar con el material doloroso? «Algo no va bien cuando no podemos

enseñar sobre algún tema sin utilizar palabras hirientes», afirma Butler, clarificando su posición. «Nuestro objetivo es mostrar cómo hieren y argumentar que esa situación debe cesar. Si estas palabras se convierten en tabú, conservan su poder».

Al borde de página escribo: tiene razón. Y sin embargo.

¿No es problemático demandar a la persona herida, que en ocasiones no puede sobreponerse a esa herida, no solo tolerar el arma sino redirigirla a quienes la apuntan? «Soy consciente de que hay palabras que no pueden ser resignificadas», responde Butler, «o tienen que esperar a otro momento y lugar para ser pronunciadas de forma que su poder destructivo sea a su vez destruido». Y lo siguiente no lo dice pero lo infiero de su texto. Que la reapropiación pueda tardar y que en ese hiato las palabras sigan su trayectoria lesiva no puede implicar suspender la circulación del lenguaje hiriente. Pese a la ansiedad o al miedo que pueden causar ciertas palabras o temas, Butler parece dispuesta a tomar el riesgo. Me refiero al riesgo de herir, de nuevo, al sujeto ya herido para poder hundir las manos en el lenguaje con la libertad que requieren la creación y el pensamiento.

¿Será que Jack Halberstam tiene razón y es conveniente escapar de la «política del agraviado» ubicua en el debate sobre los *trigger warnings* y en otras discusiones públicas? ¿Será preferible eludir la retórica del daño y del trauma que reconduce problemas históricos a una cuestión de sentimientos y que acaba generando jerarquías de dolor inconducentes? ¿Es que Halberstam está en lo correcto al afirmar que este debate es propio de una retórica neoliberal que opaca el origen violento de la desigualdad social, individualiza

exclusiones colectivas, y psicologiza y privatiza el dolor y el problema de la diferencia?

Respiro. Escribo. Tarjo. Y, sobre todo, dudo. Y más de una década después de empezar a acumular material para este ensayo que siempre imaginé como una diatriba convincente y poderosa, siembro preguntas y cosecho otras más mientras se derrumban mis certezas.

El lenguaje concentra algunos de los conflictos fundamentales de nuestra época. Michelle Carter escribió «mátate» en su teléfono. Le dijo a Conrad Roy que se sentara en su auto y se quedara ahí, quieto, inhalando dióxido de carbono. Cuando él abrió la puerta y salió, con otro mensaje y una llamada lo incitó volver. Pasó más de un año en prisión, declarada culpable del homicidio. ¿Qué implica que el tribunal haya sentado ese precedente inaudito acerca del poder de las palabras no de provocar un daño, no de gatillar un trauma, sino de causar una muerte?

Butler arroja una pregunta y yo la transcribo aquí como posible respuesta: «¿Podría el lenguaje herirnos si no fuéramos, en cierto sentido, seres lingüísticos, que necesitan del lenguaje para existir? ¿Es nuestra vulnerabilidad ante el lenguaje una consecuencia de nuestra propia constitución?».

El debate sobre los *trigger warnings* no solo trata sobre aquello que se advierte o se deja de advertir, en qué contextos o con qué objetivos. También confronta a la sociedad a la pregunta de qué hacer con el machismo, la homofobia o el racismo del pasado y del presente, con sus heridas y cicatrices. Interroga el poder normativo o emancipador de las representaciones artísticas, habla de la sensibilidad contemporánea, de la incomodidad y de sus consecuencias y, sobre todo, del lenguaje y su inmenso poder. Son

tiempos convulsos y confusos, donde certezas solo aparentes encandilan ante un profundo no saber. Y de eso se trata, en ocasiones, el ejercicio de la escritura. De no saber, de zigzaguear, de divagar, de explorar, de dudar, de imaginar, de interrogar, de escuchar, de afirmar, de negar. Y muchas veces, también, de herir.

Epílogo

Los libros, casi siempre, son totales y parciales, inmensos e insignificantes, llenos de ilusión y decepción. Son tendenciosos, abiertos y cerrados, muchas veces inclasificables. Este carga con mis defectos, revela algunas obsesiones y me acompañó mudo y paciente hasta que, sin querer, le abrí la puerta. Son ensayos de un tiempo doloroso y feliz, desgarrador e inolvidable. Otras historias, otras palabras, otras aristas, otras caras, otras identidades, otras sexualidades y también otras escrituras: ni mayores ni menores, ni centrales ni periféricas, pero que forman parte de la trama inexplicable de una vida.

Mi gratitud a quienes leyeron distintas versiones de estos textos, arrojándoles luz y acompañándome con sus críticas y comentarios.

A Felipe Armstrong, Giuseppe Caputo, Estefanía Vidal, Marcela Chahuán, Carolina Ibáñez, Paz Irarrázabal y también a M., imprescindibles en este camino. A Alejandra Costamagna y Ariel Florencia Richards, por sus lecturas atentas y sensibles. A Sofía Esther Brito, José del Valle, Raúl Rodríguez Freire, Carolina Melys y Marta Michalewska, por su invitación a escribir. A Lina Meruane, por volver a pensar y repensar conmigo. A Paula Porroni, una vez más, por acompañarme en la escritura y la reflexión. A Jaime Barrientos y Fernando Blanco, por ese convite que se transformó en pensamiento. A Pierina Ferretti, por su paciencia, sus cuidados y su inagotable ternura. Y a mi mamá, Faride Zerán —«madre no es lo

mismo que mamá», recuerda Adriana Riva—, que me permitió vislumbrar este libro en medio del barullo de pañales y palabras.

Debo agradecer a la British Library por otorgarme la beca Eccles-Hay Festival para la escritura del otro libro, ese que iba a llamar *Descaro* y que fracasó descaradamente dando lugar a *Las otras*. Sé que están enojados conmigo, pero su apoyo fue fundamental. A los responsables del hackeo de la biblioteca no les agradezco, pero me hicieron pensar. Al Fondecyt de postdoctorado (3210028) le debo también este tiempo de lectura y escritura.

A mi hermano, a veces gemelo, y a mi padre: también gratitud. Y a Loreto «Lolo» Guerrero, gracias por los cuidados que me permitieron una escritura serena en estos tiempos de tanta inquietud.

Algunos textos aquí reunidos fueron publicados en versiones previas, hoy transformadas por las urgencias del presente. Agradezco a las revistas *Anfibia*, *Palabra Pública*, *Origami*, y al *Anuario de glotopolítica*, por abrirle un espacio a mi trabajo. Y también a las editoras y editores de las antologías *Vivir allá* (Ventana abierta), *Avisa cuando llegues* (Bifurcaciones) y *Mayo feminista* (Lom Ediciones).

Una vez más, mi inmensa gratitud a Laurence Laluyaux, por hacer que mis libros encuentren nuevas miradas. A María Fasce, por su apoyo decisivo. A Melanie Jösch, por su porfiado entusiasmo con mi trabajo. A Paz Balmaceda, por la complicidad en los libros y fuera de ellos y por esa lectura que me orientó e impulsó a terminar. Y muy especialmente a Vicente Undurraga, mi editor y guardián de lo que importa: los detalles.

Por último, agradezco a quienes hacen posible que este libro exista. Correctoras, diseñadores, distribuidores, trabajadores de imprenta, libreras y libreros. Y a quien sostiene este ejemplar en sus manos: mi alegría y gratitud.

Mientras escribo estas líneas y termino este libro —que a su vez, recién empieza—, me entero de que el planeta ha cambiado ligeramente su eje. Que una ola de calor ha obligado a suspender el trabajo en el centro de Roma, mientras un frío polar ha dejado a mi hermano aislado en el sur. En mi balcón, germinan las flores de un jazmín en pleno invierno y un gomero que di por muerto larga un brote y vuelve a la vida. Cada palabra nace de nuevo en la boca de mi hija: *libro*, *cuncuna*, *araña*, *canción*. Me río. Leo las noticias. Lloro. Me río otra vez. No sé cómo se explica la muerte a una niña. La miseria a una niña. La guerra a una niña. Es primavera otra vez. *Avión*, *abeja*, *música*, *rinoceronte.* Voy a un entierro. A un cumpleaños. A votar a una elección. *Lápiz*, *cielo*, *gato*, *risa*. Toca dentista, ginecóloga, otra feria del libro. Leo novelas, poemas y ensayos. A veces subrayo, otras no. Vuelvo a escribir y borro. Pero empiezo otra vez. Imparto un taller. Corrijo. Pago las cuentas. Riego las plantas. La tostadora de pan se prende fuego. Cortocircuito: se apaga la luz. Mi hija dice su primera frase: *El Picho botó el tigre*. Busco al tigre: está en el suelo. El Picho es mi hermano: él lo botó. Pero la muerte sigue muda. También el genocidio y la impotencia. Leo y releo un libro de Mary Oliver, *La escritura indómita*. Me acompaña muchas noches hasta que entiendo la razón. Una frase, repentina, me hace sentir menos sola en las disquisiciones ante una pregunta —un escozor— que me ha acompañado desde que escribo. «Bien», anota Oliver, como resolviendo un dilema o un desvelo.

«Bien», digo al cerrar este libro y resolverlo también. «Antes de nada: el mundo. Después, la literatura». Ahora es de noche y hace frío. Mi hija duerme, tal vez sueña. Y las palabras se alzan, insomnes, para que yo las persiga o me vaya a dormir.

Alia Trabucco Zerán
Primavera 2025

Título original: *Las Otras*

Edición en formato digital: enero de 2026

© 2026, Trabucco Zerán, Alia
© 2026, © 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.
Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789566390435

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com

Índice

Cubierta

I. Pero estoy aquí

- La imagen negada
- Algo que decir
- Anfitrionas
- Descaro
- La última palabra

II. Detonar el silencio

- Entrar al ruido
- Go home
- Mil imágenes, una palabra: Palestina
- Tentativa de agotar un silencio

III. El desvelo de la lengua

- Cincuenta veces once
- El veneno y su antídoto
- Imaginar
- Contra el derecho
- Advertencia: Solo palabras

Epílogo

Créditos